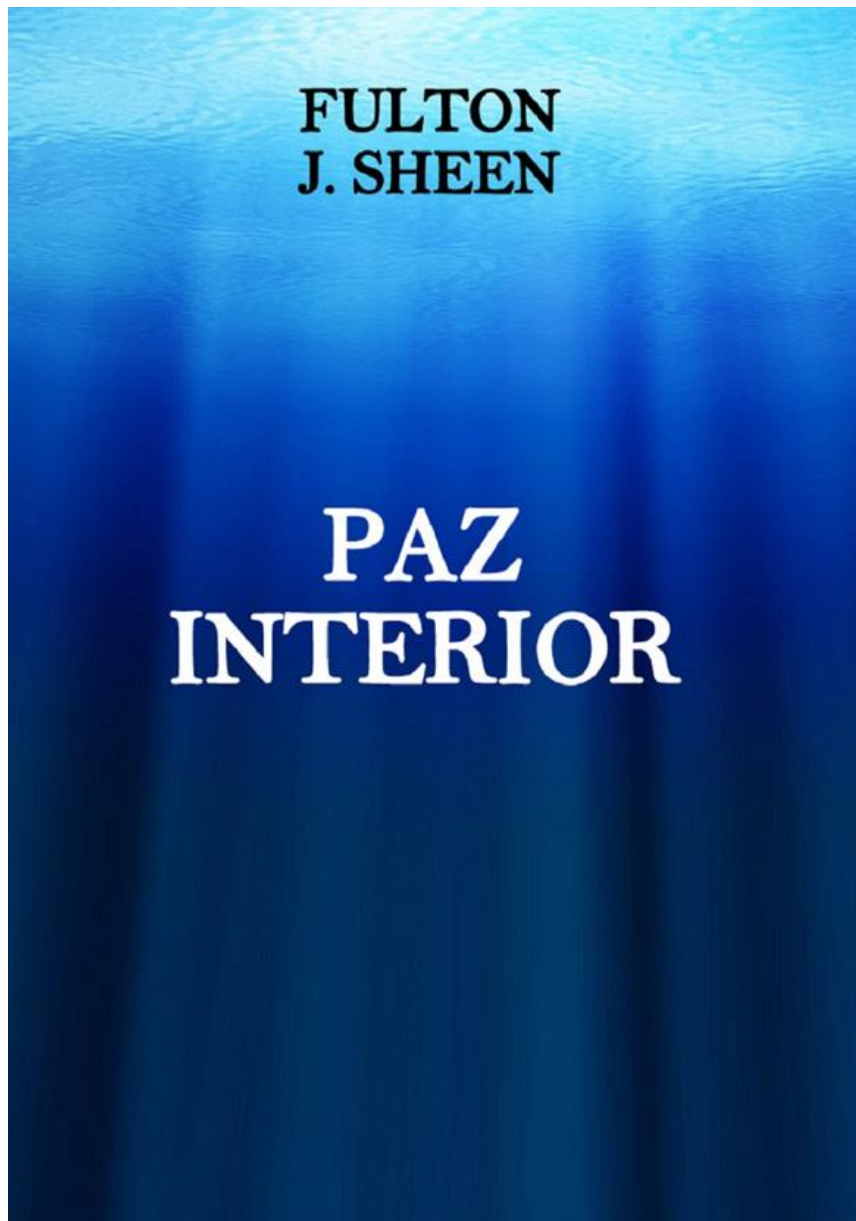


PAZ INTERIOR



Fulton J. Sheen

Título original:
WAY TO INNER PEACE

Traducción del inglés por
JUAN G. DE LUACES

NIHIL OBSTAT
El Censor,
Dr. Gabriel Solá Brunet, Canónigo

Barcelona, 23 de julio de 1955

IMPRÍMASE
† GREGORIO, *Arzobispo-Obispo de Barcelona*

Por mandato de su Excia. Rvma.,
ALEJANDRO PECH, Pbro.,
Canciller-Secretario

ÍNDICE

PAZ INTERIOR.....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
1.....	7
El egotismo es el enemigo de la paz interior.....	7
2.....	10
Tribulaciones buscadas por nosotros mismos.....	10
3.....	12
Fidelidad en lo pequeño.....	12
4.....	14
Sabiduría, pero no verdad.....	14
5.....	16
No hay verdad sin humildad.....	16
6.....	18
Deseo.....	18
BONDAD.....	20
7.....	21
La bondad necesita publicidad.....	21
8.....	23
La perfección no es automática.....	23
9.....	25
Las dificultades de nuestros prójimos.....	25
10.....	28
Esos que quieren la bondad en otros.....	28
11.....	30
Devolver lo robado.....	30
12.....	32
Hospitalidad.....	32
FELICIDAD.....	34
13.....	35
Alegría y tristeza.....	35
14.....	38
Misterio del sufrimiento.....	38

15	40
Nuestras maneras.....	40
16	42
El aumento de casos de perturbación mental	42
17	44
Melancolía	44
18	46
Todas las culpas son nuestras.....	46
INFLUENCIAS EXTERNAS.....	48
19	49
Influencia.....	49
20	51
Pan y reyes.....	51
21	53
Pasión.....	53
22	55
Cinco peces para los anzuelos comunistas.....	55
VIRTUD	57
23	58
Carencia de egoísmo.....	58
24	61
Insinceridad	61
25	63
Cuando los buenos obran mal	63
26	65
La religión impopular	65
27	67
Guerras y rumores de guerras.....	67
CULTURA	69
28	70
Orgullo y humildad.....	70
29	72
Lo que nos estorba el mal.....	72
30	74
Cómo entrar en uno mismo	74
31	76
Lectura.....	76

32	78
La bondad en otros	78
33	80
Él justo impulso hacia la superioridad	80
34	82
Edad.....	82
35	84
La importancia que nos damos.....	84
36	86
El perdido ideal de la verdad.....	86
37	88
Necesidad de la memoria	88
DISCRECIÓN.....	90
38	91
Refrenar la lengua.....	91
39	93
Sensibilidad del inocente.....	93
40	95
Paciencia.....	95
41	98
¿Qué le ha ocurrido a la razón?	98
42	100
Cómo juzgamos las cosas.....	100
43	102
La actitud adecuada con los que difieren de nosotros.....	102
44	104
Cómo se cierran las mentes “abiertas”.....	104
45	106
Silencio	106
TÚ.....	109
46	110
Placeres.....	110
47	112
Psicología del hombre y la mujer	112
48	114
El lado sombrío de lo bueno.....	114
49	116

La formación del carácter	116
50	118
Memoria	118
51	120
Cómo las cosas se encaminan mal	120
FE	122
52	123
Para aquellos que trabajan por Dios	123
53	125
Desnudez interior.....	125
54	127
Preocupaciones	127
55	130
Humildad	130
56	132
Modos de pensar.....	132
57	134
“Mucho hay de noble en la razón”	134
58	136
Pascua de Resurrección	136
59	138
La credulidad de los incrédulos.....	138

I

El egotismo es el enemigo de la paz interior

Me propongo tratar de ofrecer una sugestión psicológica para adquirir la paz del alma. No nos jactemos de nada; no hablemos nunca de nosotros mismos; no intentemos estar siempre en primera fila en las candilejas del teatro; no utilicemos a la gente en ventaja propia y no avasallemos a los demás como si valiéramos más que ellos.

Hay maneras muy populares de explicar la virtud de la humildad, que no consiste tanto en humillarnos ante otros como en reconocer nuestra pequeñez en comparación a lo que debemos ser. La tendencia moderna se inclina a la exaltación del yo al egotismo, y al deseo de rebajar a los otros en lo que creemos nuestro provecho. Esto no ha producido mucha felicidad, porque cuanto más se afirma el *ego*, más mísero se siente el hombre.

La humildad que se inclina a dar preferencia al prójimo, no goza hoy de mucho predicamento, principalmente porque los hombres han olvidado la grandeza de Dios. Al extender nuestro pobre yo hasta el infinito, hacemos que hasta la grandeza del Señor nos parezca trivial. Cuanto menos conocimiento tenemos de una cosa, más insignificante nos parece. Aunque odiamos a una persona, menos la odiamos cuando la conocemos mejor. Un graduado en la escuela superior no es generalmente tan humilde como cuando se gradúa en la Facultad de Medicina. A los 18 años se piensa saberlo todo y a los 28 cualquier doctor se siente consciente de que ignora la ciencia médica que le falta por adquirir.

Lo mismo pasa con Dios. Cuando no le rezamos, contemplamos o amamos, somos vanos y orgullosos, pero cuando le conocemos mejor, sentimos una profunda sensación de dependencia que atempera nuestra independencia falsa. La soberbia es hija de la ignorancia y la humildad constituye la consecuencia del conocimiento.

El orgulloso siempre se cree mejor de lo que es y cuando crítica lo hace porque cree que su prójimo es envidioso o tiene rencor contra él. El humilde se conoce tal como es, porque se juzga, como juzga el tiempo, por un rasero externo a sí mismo, es decir, Dios y su ley moral. La razón psicológica del amor moderno a las noticias que perjudican a otros o llevan el mal a sus vidas, consiste en que ello regocija a las conciencias desazonadas y cargadas de culpa. Hallando a otros más malos que nosotros, en apa-

riencia, creemos, con error, mejorar. Generalmente, las biografías más populares eran antes vidas de hombres buenos y dignos de emulación, en lugar de obras escandalosas que nos inclinan a creemos más virtuosos de lo que somos. El pagano Plutarco decía: “Las virtudes de los grandes hombres me sirven de espejo presente que me ayuda a adornar mi vida”.

La humildad en el trato con nuestros semejantes equivale a una dorida medianía entre la ciega reverencia de unos y la insoportable insolencia de otros. El hombre humilde no exige rígidamente cosas a que no tiene derecho indudable y siempre está dispuesto a olvidar las faltas ajenas por saber que él tiene muchas. No le ofenden grandemente esas menudencias que hacen perder la paciencia a las personas vanas, porque sabe que Dios le pagará con clemencia la que él tenga hacia los demás. Antes de emprender una tarea grande o pequeña, antes de tomar decisiones, antes de empezar un viaje, el humilde debe recordar su dependencia de Dios e invocar su bendición y guía en todas sus empresas. Incluso si está colocado a más altura que sus prójimos por su profesión o por la voluntad del pueblo, nunca cesará de reconocer que Dios ha hecho de la misma sangre a todas las naciones que moran en la Tierra. Si es muy rico, no defenderá los derechos del pobre sin antes despojarse de sus riquezas para ayudarle. Nuestro mundo moderno ha producido una generación de políticos ricos que hablan mucho de su amor al pobre, pero que nunca lo prueban con actos, y ha dado lugar a que los corazones de muchos pobres se sientan llenos de envidia de los ricos y codicia de su dinero. El rico humilde ayuda a los pobres más que el revolucionario que los usa para abrirse caminos hacia los tronos stalinistas.

También conviene la humildad en la sabiduría. Las Sagradas Escrituras nos mandan ser sabios con discreción. La humildad modera nuestra estima de lo que sabemos y nos hace recordar que Dios da a los discretos más talento que a otros y más ocasiones de desarrollarlo. Pero del que ha recibido mucho, mucho también se espera. El dirigente intelectual tiene una responsabilidad tremenda. ¡Desgraciado de él si usa sumisión de maestro para inducir a los jóvenes a error y soberbia! Nótese cuán a menudo los autores tienden actualmente a aparecer en las fotografías con un libro suyo en la mano izquierda, de modo que el título resalte claramente, para que el retrato diga o poco menos: “¡Mira mi libro, mamá!”. Los comentaristas de televisión ponen en sus pupitres libros con el título de cara al auditorio, para impresionarle, cuando nadie que lea libros puestos en una mesa dirige los títulos a otro lado que hacia el suyo propio. Acaso algún día, cuando se construyan paredes diáfanas, ciertos intelectuales coloquen los

tomos de sus bibliotecas con el lomo apoyado en la pared, a fin de que sus vecinos sepan lo inteligentes que son.

Ante la Divina Sabiduría todo lo que tenemos, hacemos o conocemos, es un don de Dios, y sólo un insignificante hormiguero comparado con el monte de la ciencia divina. Los que gozan de relativa superioridad deben preguntar, con San Pablo: “¿Qué tienes que no hayas recibido? Siendo así, no te glorifiques como si no hubieses recibido nada”.

Tribulaciones buscadas por nosotros mismos

La madre de un niño de cinco años de edad preguntó una vez a un pedagogo a qué edad debía empezar a educar a su hijo. La respuesta fue que el chiquillo llevaba ya cinco años de retraso. Esto puede ser una exageración, pero las opiniones mejor informadas coinciden en que las dos edades más importantes para la educación de un joven son las comprendidas entre los tres y los cuatro años para el desarrollo psicológico, y el principio de la adolescencia para el desarrollo ético.

La edad de tres a cuatro años es importante porque entonces comienza a desenvolverse la conciencia. El niño hace ya una distinción clara entre él y lo que le rodea, entre sus actos y las reacciones del mundo exterior. Es también la edad en que el niño se ve a sí mismo, se considera como un espejo, reflexiona y llega a ciertas conclusiones sobre la dureza o facilidad del mundo.

Muchos padres de hoy procuran hacer creer a sus hijos que son los más inteligentes de su escuela; que no hacen nada malo, y que si tuviesen medios de aparecer en la radio o la televisión, como otros muchachos “afortunados”, lo harían mil veces mejor. El resultado es que, cuando los niños crecen, rebosan de falsas fantasías a propósito de su presunta superioridad. Si más tarde no triunfan en los negocios, lo atribuyen a prejuicios o envidias de otros; si se dedican a pintores y alguien critica sus obras, se enfurecen; sus mejores amigos son quienes los toleran, y no tienen sino desdén para los que no los ensalzan y adulan. Toman sus fantasías por realidades y lo falso por auténtico.

Los mimados en la niñez se creen grandes durante toda la vida y están muy expuestos a derrumbamientos físicos y mentales, inducidos por vía psicológica, aunque estén inconscientes del caso. Tales derrumbamientos se deben al empeño de conservar las fantasías. Hay algunos que, sin darse cuenta, buscan enfermedades y dolores musculares para evitar el poner a prueba su “grandeza”. Hay quien dice; “Si no me hallase en cama, habría escrito la mejor novela de nuestros días”. La pompa de jabón de su fantasía' podría disiparse al abandonar la pretensión de una supuesta grandeza. La enfermedad es un modo de impedir la prueba.

Desde el punto de vista espiritual, la dificultad básica de estas personas radica en su soberbia, egotismo o individualismo exagerado. Sus sentimientos se deben en gran parte a falta de práctica en la virtud de la humildad. Han desarrollado sus peores cualidades y su corazón está moralmente mal situado. Ya dijo Nuestro Bendito Señor: “Tenéis vuestro corazón en donde vuestro tesoro”. Poco importa que poseamos el tesoro o no, porque lo fundamental es amarlo. En este caso el tesoro es la exaltada opinión que tenemos de nosotros mismos o el deseo de satisfacer nuestra voluntad a toda costa. Si tal es el tesoro, todos los afectos, deseos y sentimientos de una persona se entremezclan con su *ego*. El verdadero bien de un hombre es lo que procura con más anhelo conservar y lo que más le entristece si llega a perderlo. De aquí la frecuencia con que unos se jactan del dinero que han ganado, y otros del pozo de petróleo que lograron hallar. El heliotropo se inclina hacia el sol, la aguja magnética hacia la Estrella Polar, y el ególatra hacia su fantasía.

Realmente los egotistas siguen siempre siendo niños, porque lo característico de un pequeño es desear todo lo que ve. El buscar constantemente la propia complacencia acaba desafinando la individualidad. Muchas de nuestras preocupaciones de hogaño se deben a nosotros mismos. Nunca en el pasado hubo tantos males fabricados por nuestras propias manos. La mayoría de las tribulaciones y conflictos que soporta la gente debieran llevar este marbete: “Hecho por mí y en mi interior”. Dios nos da fuerza para soportar las aflicciones que nos envía, pero no siempre las que nosotros nos creamos. Los que preparan sus propias contrariedades, nunca piden la ayuda divina y siempre la solicitan los que sufren disgustos que les envía Dios. Las serpientes que nos pican son internas y no exteriores; y la tragedia consiste en que las alojamos en nuestro propio pecho. Incluso al perder los tesoros terrenales los que confían en Dios lo conservan todo.

Fidelidad en lo pequeño

La fidelidad en las cosas grandes es corriente; la fidelidad en las pequeñas es muy rara y muy indicativa del verdadero carácter. Casi todos los maridos se lanzarían al mar o entrarían en una casa ardiendo para salvar a su mujer en peligro, pero adivinar la conveniencia o la felicidad de la esposa en algo menudo, y cuyo olvido quizá no se notase, es una prueba de ternura más elocuente.

En su parte principal nuestras vidas se componen de menudencias que ponen a prueba nuestro carácter. Hay muy pocos que intervengan de modo prominente en los grandes conflictos de nuestra época. Una vasta mayoría se limita a escenarios más humildes y a contentarse con más humildes tareas. Las luchas que un hombre sostiene contra el mal en su propia alma o en el círculo moral donde su influencia parece minúscula componen, en realidad, el esfuerzo de la batalla por la vida y el decoro, y aquí se muestra el verdadero egoísmo tanto como en los ambientes más vastos en que otros ganan fama de jefe o corona de mártir. Los pequeños deberes concienzudamente cumplidos; las pequeñas tentaciones vivamente resistidas con la fortaleza que Dios nos da; los pequeños pecados, suprimidos, son cosas que contribuyen a formar un carácter que, si no popular y esplendente, será moral y noble.

Desde el punto de vista de Dios, nada es grande ni pequeño en la forma que nosotros lo medimos. El mérito y calidad de una acción depende de sus motivos y no de que resalte mucho o presente cualquiera de los otros accidentes que solemos tomar como varas métricas de la grandeza. Nada es pequeño si se hace por un motivo poderoso, como el óbolo que la viuda añadió al tesoro del templo. La conciencia no conoce palabras como grande o pequeño, sino sólo estas dos: bien y mal. “Quien acoja debidamente a un profeta por creer que lo es, recibirá la recompensa dada a los profetas”, porque, aunque no dotado con la lengua del profeta, tiene espíritu profético, y realiza su pequeño acto de hospitalidad en virtud de un profético impulso que en otro más majestuosamente dotado conduciría a fogosas palabras y hazañas grandiosas.

El hombre se siente mucho más inclinado a concentrar sus acciones morales en un gran momento en el que gana méritos de héroe. En cambio,

la mujer disemina muchos pequeños sacrificios a través de la vida, multiplicándolos en una extensión que muchos no reconocen como tal sacrificio por la abundancia con que se prodiga.

En el orden espiritual, es mucho más fácil ejecutar algún acto magno de abnegación que mortificar a diario y pacientemente la carne con todas sus desordenadas afecciones. Con frecuencia los deberes mínimos son los más difíciles de cumplir a causa de su insignificancia aparente y su constante repetición. La infidelidad en lo pequeño puede preparar la infidelidad en lo grande. Un menudo acto de injusticia quebranta poderosamente la línea que separa lo bueno y lo malo. La infidelidad de lo pequeño deteriora el sentido moral; hace al hombre indigno de confianza; afloja los lazos que mantienen unida a la sociedad y contrarresta ese divino amor en que deben cimentarse las buenas relaciones humanas.

Los hombres públicos a quienes se acusa de confiscar grandes sumas de dinero o aprovecharse de su cargo para conseguir dádivas o enriquecerse de un modo cualquiera, principian por ser infieles en los actos mismos de la vida. En algún punto han derribado el muro y separación entre el bien y el mal, y lo trágico de nuestra situación nacional es que no surge en nadie la indignación moral lógica contra tales infracciones de la ley de la honradez.

De cosas pequeñas está hecho el universo. Las nubes concentran la humedad y la reparten en gotas de lluvia; el tiempo es tan precioso que se halla dividido en segundos; las estrellas no recorren sus órbitas a saltos, sino a paso medido. Análogamente, los humanos encontrarán poco que hacer si reservan su energía para las grandes ocasiones. En todos los sentidos lo grande se alcanza a través de lo pequeño. El que una aguja señale a un punto fijo es una cosa común, pero guía a los buques por los mares poco conocidos. Lo más insignificante se convierte en grande si implica la alternativa de obediencia a Dios o rebelión contra Él. Vivir al día y vigilar todos nuestros pasos es el verdadero método del peregrino, porque nada es pequeño si Dios nos lo exige.

Sabiduría, pero no verdad

Nunca hasta hoy, en la historia del mundo, ha existido tanta riqueza ni tanta pobreza; nunca tanto poder y nunca tan poca paz; nunca tanta instrucción y nunca tan poco conocimiento de la verdad. Esta última discrepancia es el signo bíblico de que atravesamos tiempos peligrosos.

Ello no significa que nuestra generación no sea estudiosa, ni que no investigue desinteresadamente, ni que carezca de sed de conocimiento. De hecho no hay en el país un profesor de Universidad que no emplee muchas veces en el año la manida frase de que le interesa “extender los horizontes de la sabiduría”. Todos tendemos a alcanzar lo nuevo, pero no nos preocupamos de utilizar suficientemente lo que poseemos ya. Todos alardean de que les gusta llamar a las puertas de la verdad, mas el triste hecho es que, si la puerta se abriera, muchos morirían de la impresión. Prefieren oír el sonido de sus nudillos en las puertas a aceptar responsabilidades que acarreen la verdad. No queremos oír verdades sobre nosotros mismos.

Saber muchas cosas es diferente de conocer la verdad, como un dibujo hecho de fragmentos es diferente de un grabado que se trace debidamente. Diez mil fracciones de conocimiento aislado no sirven para la comprensión, como la mezcla de todos los frascos de los anaqueles de una farmacia no sirven para dar la salud. Un cadáver tiene elementos químicos como un cuerpo viviente, pero le falta la cohesión, que sólo puede dar el alma. El alma es al cuerpo lo que la verdad a la sabiduría. Lo que el arquitecto y su plano son a un edificio, lo es la verdad a una educación.

Uno de los más peligrosos defectos de reducir la instrucción a la adquisición de conocimientos más que a la verdad, es que olvida la relación entre verdad y carácter. Si un hombre no conoce la verdadera finalidad de un explosivo, puede herirse con él. No se producen los mismos efectos si opinamos de un modo u opinamos de otro acerca del contenido de una botella. Si está llena de veneno, de poco servirá al que lo absorbe sostener que creía sinceramente que contenía coñac. Un boxeador puede ser muy sincero en su creencia de que debe siempre golpear con la derecha, pero puede no acertar al fin. Un labrador puede ser sincero al plantar cizaña, mas no cosechará maíz.

Por otra parte, el hecho de que un hombre conozca la verdad no implica que su conducta haya de ser necesariamente buena. Claro que en todo caso tiene un mapa que 'le permite saber adonde debe ir. Si pierde el camino no puede censurar a sus glándulas mal organizadas ni a su desaparecida abuela. Si pierde el camino, sabe dónde encontrarlo. La tragedia de hoy es que el mundo, no sólo rompe las fotografías de lo que debe ser una sociedad buena, sino también sus negativos. Al negar la verdad, el mundo renuncia a buscarla, como el hombre que cree que la ceguera es normal, nunca intentará curarla. No importa lo más mínimo lo que crea un hombre acerca de la política partidista, porque los partidos en una democracia representan generalmente buenos medios encaminados a buen fin, es decir, la conservación del bien común. Poco importa para el carácter moral de un hombre el que crea que el golf es mejor ejercicio que el tenis, pero importa muchísimo el que crea que el hombre es una criatura de Dios o que es una bestia. Pueden transcurrir algunos años antes de que los yerros de su filosofía se conviertan en actos, como cuesta tiempo el que aparezcan yerbajos en vez de trigo en un campo segado, pero la cosa acaba produciéndose. Si no acertamos en las finalidades de la vida, nos engañaremos en todo. El alma se tiñe con el color de sus creencias. Un remedio muy popular es decir: “Si hago todo cuanto puedo, todo irá bien”. El Ministerio de Hacienda no aceptará semejante filosofía, que tampoco consolará al que pierde el tren o fracasa en sus exámenes para hacerse abogado.

La educación actual tiende a ayudar a los estudiantes para que respondan a esta pregunta: “¿Qué puedo hacer?”. Un lápiz dotado de conciencia no se preguntaría primero lo que puede hacer, sino más bien: “¿Qué soy y cuál es mi fin?”. Una vez establecido esto, el lápiz estaría preparado para escribir. Cuando nuestra juventud descubra la verdad de la vida, se seguirán dos conclusiones: valor para saberse tal como se es, y humildad para reconocer que, siendo producto, resultado y criatura del poder que nos ha hecho, debemos intentar, con la ayuda de este mismo poder, ser un hombre, y más que un hombre, un hijo de Dios.

No hay verdad sin humildad

Siempre que nace una teoría científica, no falta una inteligencia que la ponga en solfa para que todos los demás ramos del conocimiento del mundo dancen a su compás. Cuando Comte trató de sociología, parecía que todo había de socializarse, hasta Dios; cuando Darwin habló de la evolución, todo había de evolucionar, incluso la moral; ahora que la relatividad ha sido establecida, los no científicos lo hacen relativo todo, diciendo que no hay ni verdad ni bondad, las cuales serían relativas al punto de vista de cada uno. Además de que la teoría de la relatividad no niega la existencia de un absoluto —porque se funda en lo absoluto de la difusión de la luz—, es un tanto absurdo aplicar los métodos de una rama del saber a todas las otras ramas. La relatividad, por ejemplo, no significa que tengamos seis dedos en un pie si contamos de un modo y cuatro en el otro contando de un modo distinto.

Negar la verdad es tan fatal para la mente como negar la luz lo es para la visión. La verdad plena no es fácil de alcanzar, incluso si admitimos su existencia. Para descubrirla se necesitan ciertas condiciones psicológicas y espirituales, y entre ellas la más importante es la virtud de la humildad.

La humildad no equivale a falta de fuerza moral, sino al reconocimiento de la verdad sobre nosotros mismos. Explicar la verdad en toda su complejidad traerá consigo momentos en que habremos de confesar ignorancia y admitir francamente que estamos equivocados, o fanatizados, o movidos por prejuicios. Esta franqueza es penosa, pero enriquece el carácter tanto como lo falsifican todas las aproximaciones a la mentira. Si somos soberbios, codiciosos, egoístas, interesados, lascivos y amantes de imponer constantemente nuestro deseo, más nos vale enfrentarnos con nuestra fealdad moral que vivir en un paraíso de necios. La base de toda crítica del vecino, la fuente de los juicios falsos, de los atropellos, celos y difamaciones de la reputación ajena está en nuestra negativa a mirar el interior de nuestra alma. Como el sentimiento de la justicia es en nosotros profundo y no podemos desarraigarlo si no somos como en realidad nos sentimos, conformándonos con la verdad, encontraremos faltas en el prójimo con la vana esperanza de establecer nuestra justicia sobre los de-

más. Todo hombre es más fuerte por conocerse en el sentido peor que pueda y actuar sobre esta base de conocimientos. Si explicamos nuestras preocupaciones en la jerga psicológica, aumentaremos nuestra confusión mental, como negar una dolencia física a veces acelera su curso.

El desarrollo de la democracia ha contribuido mucho a disipar una falsa fatuidad social, haciendo a los hombres más humildes en sus relaciones externas. Pero, desde otro punto de vista, ha debilitado el respeto por la bondad y la verdad, dado que las masas populares se inclinan generalmente a identificar la moral con el nivel común de la sociedad en un momento dado. Si suficiente número de hombres violan cierto mandamiento de Dios, se arguye: “Cincuenta millones de adúlteros no pueden equivocarse. Tendremos que cambiar los mandamientos”. La excelencia de la moral no reside en la conformidad externa para admitir un tipo convencional de ética, sino en una disposición interior bajo la fiscalización de un principio reconocido al que nos sometemos concuerde o no con nuestro criterio.

Se requiere humildad para desafiar a la mediocridad; hay que estar dispuestos a luchar con las burlas de aquellos que golpean la cabeza de quien sobresale del nivel de las masas. La mediocridad puede ser una forma terrorífica de tiranía y tiene mil y una penas para aquellos que rebasan los raseros externos cambiando en su corazón y siguiendo una línea de conducta superior a lo vulgar. Si mil personas andan por el borde de un camino, el que avance en sentido opuesto será ridiculizado por no seguir a la muchedumbre. El hombre debe estar preparado para soportar con humildad estos reproches y osar acertar cuando la masa yerra.

Así, la humildad es el sendero hacia la verdad, y la paz interior se fundamenta en el reconocimiento de las dimensiones que hay más allá del nivel usual de la masa: una consiste en reconocer lo alto, que es la santidad; la otra en aprender la dimensión de lo profundo, que es la existencia del mal dentro del corazón humano.

Deseo

El deseo es al alma lo que la gravitación a la materia. Cuando conocemos nuestros deseos, conocemos la dirección que toma nuestra alma. Si el deseo es celestial, ascendemos; si completamente terrenal, bajamos. El deseo es la materia en bruto de la que sacamos nuestros vicios o virtudes. Ya dijo Nuestro Señor que tenemos el corazón donde tenemos nuestro tesoro. Muy poca gente se retira del mundo lo bastante para preguntarse a sí mismo cuál es ese deseo fundamental. Hay quien lleva una vida aparentemente buena, paga impuestos y contribuye a remediar las necesidades ajenas según se le aconseja, pero experimenta malos deseos básicos en él. Su bondad es a menudo falta de oportunidad para hacer el mal. Son como el primogénito en la parábola del Hijo Pródigo, que acusa a su hermano de “gastar sus bienes en ramerías”. Nada de ello se cuenta en tal historia. Pero la acusación revela que el primogénito hubiera hecho eso en el caso de su hermano.

Por otra parte, hay quienes hacen cosas muy malas, pero tienen el deseo fundamental de ser buenos y esperan el día en que una mano piadosa los saque del pozo. A tal punto se refería Nuestro Señor al decir: “Las prostitutas y los publicanos entrarán en el reino de los cielos antes que los escribas y fariseos”.

El contento depende de saber dominar nuestros deseos. La publicidad sirve a muchas necesidades, pero también hace pasar por necesidades muchos lujos, creando un deseo de cosas que posiblemente el individuo no puede poseer de un modo pleno. El mundo oriental ha dado con el secreto de que la paz interior depende del dominio y limitación de los deseos. San Pablo dice: “He aprendido a sentirme contento en cualquier estado en que me encuentre”. El contento no es indiferencia, aunque el ignorante a veces los identifique. Tampoco inmuniza contra la tribulación, porque puede conocer suspiros y lágrimas, pero los sentimientos del hombre satisfecho no llegan jamás a la irritación. Si no consigue lo que desea, no rezonga al meditar en su decepción, sino que procura alegrarse mediante una sumisión dulce. No es como el fatalista, que rehúsa planear u obrar en la creencia de que nada puede ser alterado. Tal fatalismo caracteriza ciertas filosofías orientales, haciendo imposible el progreso. El hombre contento no se so-

mete sin antes rezar y actuar, pero, tras hacer cuanto puede, acepta los hechos considerándolos la voluntad del Señor.

Hay un mundo de diferencia entre someterse a la voluntad divina a regañadientes y someterse sabiendo que Dios es la sabiduría suprema y que algún día sabremos que cuanto sucedió, sucedió para bien. El alma recibe una paz maravillosa si todas las pruebas y desengaños, penas y disgustos se aceptan como un merecido castigo de nuestros pecados o como una saludable disciplina para conducirnos a mayor virtud. Si las cuerdas del violín fueran conscientes, se quejarían cuando el músico las estira, desconociendo que ese sacrificio es necesario para producir una perfecta melodía. Los males se tornan más livianos con paciencia y resignación y los beneficios los envenena el descontento.

El contento se funda en la idea de que “nuestra suficiencia no procede de nosotros, sino de Dios”. El alma no desea ni echa de menos más de lo que Dios le ha concedido. Su voluntad se ciñe a su estado después de haber agotado sus recursos, procurando que sus deseos no excedan de sus medios. Así, todo lo que pasa se juzga bueno y digno del refrendo divino. Como Sócrates observó: “Más cerca está de Dios quien menos cosas necesita”.

El contento no es incompatible con los esfuerzos para mejorar nuestra condición. Hacemos cuanto podemos, como si todo dependiera de nosotros, pero hemos de confiar en Dios como si todo dependiera de Él. Hemos de poner en acción nuestro talento, mas si sólo nos da un cierto rendimiento no murmuraremos que no nos rinda más. Examinando de verdad nuestras conciencias, reconoceremos que hemos recibido más de lo que moralmente merecíamos. El descontento es mucho mayor entre los muy privilegiados que entre los desposeídos. Los ricos necesitan al psicoanalista más que los pobres. Pocas mentes europeas se derrumbaron después de las dos guerras. Muchas mentes americanas se han desplomado. Los primeros aprendieron a no esperar nada. América necesita aprender la lección.

Bondad

La bondad necesita publicidad

Un órgano puede producir un tormentoso estallido de sonos discordantes, pero, adecuadamente tocado, emitirá melodías sedantes y dulces. Lo mismo ocurre con las pasiones del hombre, que pueden usarse sin respeto a la ley o ser gobernadas a fin de que estimulen la alegría y el afecto.

Un hombre puede saber música y no aprovecharlo. Antes de su locura, Nietzsche tocaba el piano con los codos. Sabemos lo que es el amor y no mostramos amor al prójimo.

Unos se preguntan si una excusa para tal falta de amor no será efecto de elegir por prototipo una persona de cada diez mil y luego escribir una historia de sus pasiones. ¿No tiende esto a sustituir con un promedio estadístico una emoción noble? ¿También esto ha de tratarse científicamente? Supongamos que decidimos escribir una historia de los Estados Unidos y sólo tomamos de cada diez mil días uno. No describiríamos más que un acontecimiento cada veintisiete años.

Generalmente se encuentra lo que se busca. Los críticos por naturaleza casi siempre encuentran faltas en otros. Partiendo del supuesto de que la mayoría de la gente no es honrada, estaremos hablando mal constantemente de los estafadores. Por lo contrario, si creemos que la gente es amable y de buen corazón, apenas encontraremos más que personas así. Los que temen a los accidentes suelen ser víctimas de ellos, porque su principio básico de buscar siempre lo peor hace que lo peor aparezca. A veces es posible decir a una persona que esconda algo en un cuarto y más tarde descubrir el escondrijo tomando de la mano a este hombre y siguiendo sus movimientos instintivos. Cuando uno empieza por la idea de que la infidelidad es común y uno debe localizarla, irá a sitios y tratará a gentes donde sea verosímil dar con la infidelidad, a la par que eludirá el tratar con otros grupos o individuos entre quienes la infidelidad se manifiesta menos probablemente. Los vagabundos que llegan a Nueva York, incluso la primera vez, van a dar al Bowery, no a Park Avenue. Lo que un hombre cree, determina en gran extensión adonde irá. Un alcohólico busca una taberna y un cristiano un templo.

La tendencia de nuestro siglo es crítica, en parte por su inquieta conciencia. La miseria ama la compañía, según suele decirse, y el mal tam-

bién. El bien tiene pocos publicistas. La mayoría de los directores de periódicos tratan de asesinatos, escándalos y robos; poquísimos dedican a la verdad grandes titulares. Y, sin embargo, el mundo está lleno de buena gente, actos heroicos y corazones generosos. Examinemos el más humilde acto de amor que puede verificarse en este mundo, es decir, morir como un mártir y no negando el amor de Dios. Nunca en la Historia ha habido tantos mártires como hoy. Los martirios de los primeros doscientos cincuenta años de historia cristiana resultan triviales en relación a los innúmeros héroes del alma que mueren hoy por la fe. Éstas son las verdaderas lealtad y fidelidad. Y toda civilización que pueda producir mártires en tan elevada escala, necesariamente los producirá en menor escala en otras partes, incluido el hogar. Lo que el calor es al universo natural, lo es el amor al universo moral.

El amor necesita ejemplos, sobre todo porque el amor hace muy poca propaganda de sí mismo. Humilde por naturaleza, como la violeta, pocos propagandistas lo sirven. Si las estadísticas demográficas hablan tanto de nacimientos como de defunciones, ¿por qué los publicistas no se interesan tanto por los que aman como por los que traicionan? Es propio de la perversidad de la naturaleza humana conceder más espacio a un antiguo o moderno Benedicto Arnold, traidor a su país, que a diez mil ciudadanos que hayan muerto en defensa de la patria. Queda en pie el hecho solemne de que la fidelidad, el honor, el dominio de los impulsos erráticos y el amor mantienen la paz del mundo. Convendría en estos días en que los hombres buscan el mal y lo encuentran, buscar el bien

Difundirlo, particularmente entre los millones de casos de amor desinteresado que sirve al prójimo sin esperanzas de recibir ni siquiera el agradecido apretón de una mano vacía.

La perfección no es automática

Cuando se oyen noticias de una nueva teoría psicológica referente, por ejemplo, a la capacidad de prever el futuro de una manera vaga, o se lee que se han inventado medicamentos para retardar la vejez, se llega a la conclusión, en un arranque casi cósmico, de que dentro de pocos años la humanidad quedará libre del error e inmune a las enfermedades. Esta tendencia a la perfección es justa y buena, porque no hay ninguna razón para que el proceso evolutivo se interrumpiera al llegar el hombre.

Pero la falacia consiste en que el hombre siempre piensa en que esta perfección ha de llegarle sin esfuerzo propio ni ejercicio de su voluntad. Se mira la perfección como cosa que se debe conseguir sin coste y no como la coronación de un esfuerzo. Tocar el piano exige milagros de voluntad y el tedio de los ejercicios. Así, se quita a la perfección del campo de lo moral y se reduce al de lo físico; viene a convertirse en algo que se nos da y no que debemos adquirir; y se trueca en un sorprendente legado que no ganamos ni merecemos, en vez de ser un galardón ganado con sangre, sudor y lágrimas. La verdad es que la perfección se relaciona con algo que no somos, y el conseguirla cuesta voluntad, autodisciplina y hasta sufrimientos, implicando un ideal superior a nosotros, hacia el que nos dirigimos.

La perfección es la bondad en su plenitud, o la unión de la bondad y de la dicha en nuestro fuero interno. Esto exige distinguirlo y compararlo. Supongamos que un hombre desea ser un buen arqueólogo como el más famoso de todos ellos: Enrique Schlieman. Tres factores se requieren:

1. Reconocimiento del hecho de que ha de aprenderse mucho.
2. Realización de un ideal y propósito de convertir el condigno trabajo en la tarea de nuestra vida.
3. Sensación de la propia imperfección.

El arqueólogo mencionado comprendió su imperfección a los siete años, cuando su padre le habló de los héroes de Homero y de cómo la poderosa ciudad de Troya fue quemada y arrasada. La idea de la perfección, desde el punto de vista de la arqueología griega, sería descubrir la ciudad de Troya. Cuando el padre dijo que nadie conocía el emplazamiento de Troya, el niño expresó la perfección en esta sentencia: “Cuando sea mayor

iré a Grecia para indagar sobre Troya y el tesoro del rey”. La tercera etapa consistió en desarrollar aquella idea. Schlieman aprendió muchos idiomas y estudió la historia griega hasta saberla de memoria. Finalmente, en 1783, después de sacar más de trescientas veinticinco mil yardas cúbicas de tierra, encontró la ciudad de Troya y el tesoro real.

Hubo en ello no sólo perfección arqueológica, sino también humana, que equivale a nuestro crecimiento en bondad como seres de nuestra especie. Ello entraña tres términos. Los dos primeros son correlativos: sentido de nuestra propia imperfección e idea de perfección en Dios. Cuanto más crea un hombre que lo conoce todo y que no ha hecho nunca nada culpable y que tenga que expiar, menor será su impulso hacia algo mejor. Por eso subjetiva, aunque no objetivamente, cuanto más hinchamos nuestro yo, menos importante nos parece Dios. El enfermo reconoce la necesidad de un médico, el ignorante la de un maestro, y el alma que reconoce su propia indignidad anhela que Dios complete su personalidad.

Entre esos dos términos correlativos, es decir, la sed y la fuente, el hambre y el pan de vida, se halla el tercer elemento esencial para la perfección moral, consistente en un acto de la voluntad por el que uno comienza a eliminar las imperfecciones restringiéndose, sacrificándose, autodisciplinándose e iniciando la positiva consecución del objetivo Divino. Lo que impele a un hombre hacia esta perfección es el amor. Cuando amamos, prescindimos de cuanto puede ofender al ser amado. Una muchacha vestirá de encamado, aunque no le guste, si sabe que complace a su prometido. Preguntaron una vez a Miguel Ángel cómo cincelaba sus estatuas y dijo que era muy fácil. Dentro de cada bloque de mármol existe una forma bella. Basta labrar el mármol para que aparezca la figura. Análogamente, en todo individuo hay una nueva personalidad posible: la personalidad ideal. Lo que hay que hacer en primer lugar es tener una imagen del modelo de perfecciones ante uno y confiar en su gracia. Córtense grandes fracciones de egotismo y personalismo del ser humano, y aparecerá la imagen divina.

Las dificultades de nuestros prójimos

En la parábola del buen samaritano se dice que un sacerdote y un levita pasaron junto a un herido sin atenderlo, después de lo cual le socorrió un hombre de otra raza: el samaritano. No sabemos qué hicieron el sacerdote y el levita, pero es muy verosímil que al llegar a Jerusalén informasen de la situación del moribundo a algún centro social. La moraleja de la parábola es que el prójimo debe ser auxiliado en sus apuros aun a costa de nuestra conveniencia. El prójimo no es el que vive pared por medio ni aquel a quien conocemos de saludarle. Lo que hace a un hombre nuestro semejante es el amor de nuestro corazón. Si esto falta, no sirve de nada que un hombre viva en la misma casa o pertenezca al mismo círculo, porque ninguno de esos vínculos externos puede ocupar el lugar del amor.

Sin duda, los que vieran al samaritano ayudar al viajero herido creerían que era un vecino o un antiguo amigo, pero la verdad del caso es que el samaritano no conocía al herido. Era su auténtica compasión y sus buenos sentimientos los que hacían del samaritano prójimo, amigo y hermano del necesitado.

La historia del buen samaritano fue una vez dicha en respuesta a la pregunta de un abogado: “¿Quién es mi prójimo?”. La réplica de la parábola es: “Todo hombre en congoja”. A veces el prójimo es incapaz de hacer conocer su situación. No hace mucho una revista gráfica nacionalmente difundida publicaba la fotografía de un hombre postrado en las escaleras del “metro”. Durante treinta minutos mucha gente pasó junto a él sin ni siquiera tenderle una mano. La revista comentaba la frialdad del hombre moderno en presencia del sufrimiento. Se olvidó decir que el fotógrafo de la revista no hizo nada por el caído en un término de media hora, salvo sacar fotografías y ganarse la vida. El infortunado viajero del camino de Jericó a Jerusalén no formuló ninguna importuna petición de ayuda. La necesidad a veces es mayor cuando menos se pide. Muchas formas de miseria están al alcance de nuestro conocimiento mientras viajamos por el ensangrentado camino de la vida. Pasamos junto a ellas sin paramos, porque nos estorban o porque nos es posible alejarlas de nuestra mente y vivir como si no existieran.

El mejor modo de ayudar al hombre consiste en identificarse con su pena, poniéndose en su lugar y sintiendo sus dolores como propios. No basta la mera comprensión intelectual de las dificultades ajenas, hemos de ir un tanto más allá y sentir su carga como propia, al modo del samaritano, que cargó al herido sobre una acémila y lo llevó a una posada. Si tenemos una tentación y queremos dominarla, debemos acudir a una persona que haya tenido la misma tentación y haya sabido vencerla. Si uno tropieza con dificultades conyugales y se siente inclinado a dejar a su esposa, la peor persona a quien puede consultar es a un psiquiatra divorciado y que haya vuelto a contraer matrimonio. El mejor para convertir a un beodo es otro beodo ya converso. La capacidad de apreciar la tentación es la mejor condición para librar de tentación a otros. El primer paso que dio Dios hacia la finalidad de que llegásemos a ser como Él fue acercarse a nosotros tanto como cabía.

Los poderosos están siempre obligados a los débiles. Cualquier género de ventajas de que gocemos no es una posesión personal, sino un depósito. San Pablo dice: “Estoy en deuda con los griegos y los bárbaros; con los sabios y con los necios”. Nada debía a los griegos, que le habían perseguido, y no había visto nunca a los bárbaros, pero él tenía la conciencia de que Dios le había dado grandes dotes y se sentía obligado a compartirlas con el prójimo.

Esa espontánea generosidad señala el verdadero amante del género humano. Hay dos clases de licores y jugos: los que fluyen por sí solos y los que han de ser exprimidos y pisados por la violencia. Los últimos parecen darse de un modo forzado y los anteriores, generalmente, parecen más dulces. Quien ayuda sin gusto a otro es como un jugo entregado rezongonamente. Pasará largo rato antes que el socorredor encuentre su bolsa y antes que su mano entre en su bolsillo para buscar cambio. Al dar lo hace de tal manera que parece indicar que, en realidad, se le ha arrancado la limosna del corazón, aun sin darse él mismo cuenta, y que sus ojos no se han complacido en el descubrimiento de lo que es para él una especie de robo.

Amor que desea limitarse al ejercerse no es verdadero amor. El amor limitado se siente más feliz si encuentra un necesitado que si encuentra diez, y aun experimenta mayor contento si no encuentra ninguno. Eso no es amor.

Una de las venturas esenciales del amor se expresa en aquellas palabras de Nuestro Señor que los Apóstoles recordaron tiernamente después de la Ascensión a los Cielos: “Más bienaventurado es quien da que quien recibe”. La humanidad será más feliz y más alegre cuando descubramos la

verdadera fraternidad de los hombres, mas para ello hemos de comprender que somos una raza de hijos ilegítimos si no nos asiste la paternidad de Dios.

Esos que quieren la bondad en otros

Una niña pidió una vez a Dios que hiciese buenos a todos los malos y amables a todos los buenos. Por buenos se refería a los mezquinos en su bondad y, por lo tanto, a gente que no es fundamentalmente buena. Es un hecho espiritual y psicológico que algunos que se jactan de su virtud se molestan si los pecadores se arrepienten. Tal es el caso del hermano mayor en la parábola del Hijo Pródigo, cuando se quejó de que su padre agasajara con un festín el descarriado que volvía. De hecho la parábola es la historia de dos hijos que pierden el amor de su padre, el uno por demasiado malo y el otro por demasiado bueno.

La envidia o el mirar mal el bien ajeno hace que muchas gentes se regocijen en los fracasos y sufrimientos del prójimo. Secretamente, sienten que el pecado en otros los rebaja a su propio nivel o al menos les quita la superioridad de que gozan. El gusto con el que el siglo xx contempla el escándalo, se debe en mucho a la culpable conciencia de esta generación. Viendo las sayas ajenas manchadas de barro, hay quien celebra que la suya, polvorienta y desgarrada, no esté tan mal después de todo.

El primogénito se quejaba a su padre de que él, que le había obedecido, no recibía recompensa alguna. Evidentemente, su buena conducta no dimanaba de afecciones honestas, sino más bien de egoísmo, porque de complacerle la bondad hubiera celebrado la regeneración de su hermano. Incluso parecía deplorar no haberse entregado a los mismos excesos — porque tales los juzgaba— del menor. Mas no se insinúa en la historia que el hijo pródigo leyese nunca libros sobre sexualidad ni se entregara al erotismo. Es el hijo primogénito quien introduce tal nota en su relato. Su ánimo, por lo tanto, no era extraño a los malos deseos.

No podía, pues, comprender la alegría de su padre al ver a su hijo vuelto a la virtud y la gracia. Esto se debía a que, sin prejuicio de practicar la virtud el mayor, no había sabido verla como un ideal. Lo que pensaba era que, al quedar su hermano libre de culpa, le privaba de algo que él consideraba propio.

El padre procura hacer entender al joven demasiado bueno que era suyo todo lo de su progenitor, por lo cual dice: “Nunca has mirado a tu padre como padre, sino como jefe tuyo”. Hay quienes piensan que la religión

se compone de obediencias y mandatos, sin entrar nunca en las alegrías de sentirse hijos del padre celestial. Algunos que quedan en la casa del padre pueden obrar tan mal en el sentido de hijos verdaderos como el que voluntariamente se convierte en ella en un paria. Se informó al primogénito de que recibiría la bendición paterna cuando tratara al más joven como hermano. Al principio el mayor se negó a hacerlo, sin perjuicio de llamar a su hermano, dirigiéndose a su padre, “tu hijo”. Si los cristianos desean festines como recompensa de su virtud, no será Dios quien les pague, sino el diablo. La recompensa consiste en la plena posesión de la herencia del padre, cuyo encendido amor llega incluso a los que alguna vez lo repudiaron. Los hijos que se dedican constantemente al deber se sienten tentados a decir a veces: “¿He mantenido mis manos limpias y purificado mi corazón en vano?” Pero no es una servil atención al deber lo que gana el amor de Dios. El padre tuvo que convencer a su primogénito de que nada perdía restableciendo las buenas relaciones familiares. Ninguna exhibición de confianza y afecto es necesaria en estos casos, porque los hijos mayores están con el padre siempre. El amor en tales circunstancias puede darse por concedido. Frecuentemente, se da a extraños más que damos a nuestra propia casa. Por eso el padre creía adecuado que el hijo mayor se regocijase, ya que los primogénitos deben aprender que los pecadores han de ser perdonados sin que su padre les retire favor alguno.

La lección no debe ser olvidada. En un día no muy distante, cuando Rusia, como el hijo pródigo, vuelva a la casa paterna, la civilización occidental hará bien en no rechazar al que vuelve, ni ausentarse del festín con que se celebre la salvación de lo que se había perdido. La obediencia constante es mejor que el arrepentimiento, pero el verdaderamente obediente siempre se complacerá en el arrepentido.

Devolver lo robado

El más interesante recaudador de contribuciones de la historia del mundo fue Zaqueo, si es que un recaudador de impuestos puede ser interesante alguna vez. Físicamente, era tan bajo que, si había una función pública, tenía siempre que trepar a un árbol para verla. Su nombre significa “puro”, pero él distaba de serlo, porque cobraba un veinticinco por ciento al menos de lo que recaudaba. El final de la historia revela que era mucho mejor de lo que creían sus vecinos.

Un día determinado, Nuestro Bendito Señor llegó al poblado. Zaqueo, como tenía por costumbre, trepó a un sicómoro. A quien le falta estatura le es preciso sustituirla con sagacidad. No muchos recaudadores de nuestros días, y menos si son ricos, como Zaqueo, se humillarían subiendo a un árbol. Pero Zaqueo fue recompensado, porque Nuestro Señor le vio y le propuso que le llevase a su casa. Si el Señor desea conceder un favor, con frecuencia empieza pidiendo otro.

Cuando la puerta se cerró tras los dos, la gente se enojó, no con el recaudador de tributos porque no fuese honrado, sino con Nuestro Divino Señor porque comía con pecadores y gente mal reputada. El punto de vista del Salvador era que había encontrado una oveja descarriada. A los pocos minutos habló la conciencia del recaudador, porque las conciencias duermen, pero nunca mueren. Zaqueo prometió enmendarse dando la mitad de sus bienes a los pobres y devolviendo cuatro por uno a todos los que había defraudado.

La restitución es un deber fácilmente olvidado por una civilización que insiste principalmente en las ganancias y el dinero. Cuando se defrauda a cualquiera, cuando los capitalistas pagan mal a los obreros, cuando los dirigentes sindicales, en el curso de una huelga, vierten gasolina en la leche destinada a los hospitales, cuando los que reparan aparatos de radio y televisión cobran gastos inexistentes por la falsa sustitución de una pieza, cuando no se rinde lo que se debe en una jornada de trabajo y se cobra, en cambio, el salario debido, no existe la distribución de ese equilibrio, ni es justo contrabalanceo de las cosas que hacen al mundo digno de vivirse. No basta el remordimiento; no basta la vergüenza; no basta enmascarar la honestidad diciendo que tiene uno un complejo de Edipo o que temía mu-

cho a su abuela. Lo esencial es restaurar la propiedad robada. Si no se encuentra al estafado, hay que dar a los pobres una cantidad igual a la estafada. Por la restitución devolvemos a una persona a la condición de que, por contrariar el derecho y el deber, la hemos separado.

La razón de que debamos satisfacciones por nuestra falta de honradez es clara. La ley natural y la ley terrena afirman que todo hombre debe poseer sin molestias los bienes a que tiene derecho. Si robamos al vecino a las nueve de la noche, no pasa a ser lícitamente nuestro a las diez. En otras palabras, el paso del tiempo no cambia el derecho ni hace legal lo ilegal. Bajo la ley levítica los judíos estaban obligados a devolver “cinco bueyes por uno y cuatro ovejas por una”. El tiempo nunca cancela el deber de restaurar lo que hemos tomado injustamente a otro, prescindiendo que hayamos sentido o no disgusto por el robo. La prueba mejor de ese disgusto consiste en devolver los bienes robados.

Ganar dinero deshonestamente y ponerlo a nombre de la esposa no nos libra de la obligación de restituir. Como quien se adueña de propiedad ajena nunca la posee de modo legal, tampoco puede legalmente transferirla. Si un hombre vende un pañuelo haciéndolo pasar por seda cuando realmente es de algodón, la restitución procede. Un vendedor de coches de segunda mano que dice a un comprador que un automóvil está en condiciones perfectas, mientras le consta que cubrió la transmisión trasera con serrín húmedo para esconder los defectos del vehículo durante un ciento de millas, es un ladrón obligado a restituir.

Se relata un cuento —solamente un cuento— de un hombre que pidió confesión a un sacerdote. Mientras duraba la confesión el hombre hurtó el reloj del cura, a quien luego dijo que había robado un reloj. El padre dijo: “Tiene usted que restituirlo”. El ladrón repuso: “Se lo doy a usted, padre”. “No —opuso el sacerdote—. Déselo al propietario”. El penitente observó: “El propietario no lo acepta”. “En ese caso, puede usted guardárselo”, respondió el sacerdote.

Si esto fuese algo más que un cuento, el delincuente estaba obligado a restituir el fruto de su robo, no sólo al hombre sino también a Dios. La honradez no es una política; es un deber.

Hospitalidad

Las grandes virtudes pueden desaparecer de la civilización a causa de ciertos cambios en la estructura de la sociedad. Cuando había pocas ciudades y los viajes resultaban largos y arduos, la hospitalidad era una de las virtudes más frecuentemente practicadas. El historiador griego Herodoto cuenta cómo, habiendo naufragado en una costa muy poco poblada, toda una familia acudió, sin alimentos, pero sin gajes, a cuidarle. Uno de nuestros misioneros del Pacífico afirma que nunca podía decir a indígena alguno de la isla que tenía un dolor de cabeza, porque, si no, aquella gente pasaría toda la noche junto a su tienda haciendo cocimientos de hierbas y dispuestos a prestarle ayuda si la necesitaba.

La hospitalidad no ha desaparecido del mundo, pero en gran extensión se ha tornado corporativa u organizada. Existen instituciones que cuidan del viajero y del necesitado, mas las atenciones son menos personales y la responsabilidad menos individual. Hace pocas décadas, nadie que fuera en un carricoche por un camino se negaba a detenerse para recoger a cualquier viandante. Hoy, pocos automovilistas frenan para dar asiento a los que andan por las carreteras, principalmente porque muchos hacen la hospitalidad imposible con su conducta desagradecida. A pesar de esto, nada es peor que pensar que el mundo no merece confianza y que todo hombre es un pícaro hasta que pruebe su honradez.

Admitiendo que las cosas cambien, persiste la necesidad de las virtudes hospitalarias, que no quedan satisfechas simbolizando la hospitalidad con la oferta de una copa. La esencia de la hospitalidad son la amabilidad y la simpatía. Sólo el egoísmo nos hace pensar que las oportunidades de ofrecer hospitalidad han pasado.

Pensaba que en la casa del camino nadie habitaba; pero ayer, que vi crespones en la puerta, supe bien que alguien había residido allí.

La edad de los descubrimientos no ha pasado todavía y el mayor que nos falta por hacer es que todo individuo descubra que hay otras personas en el mundo además de uno mismo. Cierta princesa de Gales dijo un día: “El número diez de Downing Street nunca sustituirá a un buen vecino”, y en ese caso están las casas comunales y las instituciones sociales. El contacto personal directo y la decidida aceptación de las molestias y cargas

implicadas en las relaciones personales completas e íntimas, son como el riego sanguíneo de una sociedad sana.

En su último día Nuestro Bienaventurado Señor dijo que nos juzgaría por nuestra actitud respecto a la hospitalidad: “¿Cuándo te vimos con un forastero y no te hicimos entrar?”. La hospitalidad, por lo tanto, no sólo impone los deberes que conocemos, sino también la terrible consciencia de que ese forastero es o puede ser Cristo. En todos nuestros tratos nos entendemos con el mismo Señor, aunque no lo sepamos. Acaso si examinásemos bien nuestras guerras pudiéramos ver entre dos trincheras enemigas, o entre un avión en el cielo e Hiroshima en tierra, el cuerpo de Cristo acribillado a balazos. El mal que unos hombres hacen a otros se lo hacen a Él, sea un acto de bondad o de rencor, y de esos actos dependerá la forma en que se nos juzgue.

Un atrevido caballero de la Tabla Redonda viajó por montañas y desiertos en busca del Santo Grial, el Cáliz de Vida donde bebió el Salvador la noche de la última Cena. Las idas y venidas del guerrero resultaron infructuosas. Con el espíritu deprimido y el cuerpo fatigado, inició el regreso al palacio de Arturo. En el camino vio a un pobre hombre retorciéndose en la cuneta. Movido a compasión, desmontó, dio una copa de agua al que padecía, y la copa irradió fuego como si adquiriera vida con las alegrías del nuevo pacto de amor. El caballero encontró el Santo Grial, no en sus hechos hazañosos, sino en su hospitalidad con quien lo había menester.

Los pozos son más potables cuanto más agua se saca. Aquellos de los que un hombre no extrae bebida para sus compañeros y sus bestias, se corrompen. Las riquezas se tornan mejores y nos dan más paz cuando sirven de combustible para alimentar la caridad. El pobre no puede recompensar nuestra hospitalidad, y, en consecuencia, es Dios quien tiene que hacerlo. A los pobres quiere Él que invitemos a nuestras comidas; y es interesante notar que nunca las llama así, sino banquetes.

Felicidad

Alegría y tristeza

El hombre sabio dice: “Aleja la tristeza de ti, porque ha matado a muchos y no es buena para nadie”. Apenas hay cosa tan idónea para poner nuestro corazón en un estado agudo de irritabilidad y disgusto como la tristeza. Los que la han estudiado psicológicamente dicen que uno de sus principales efectos consiste en turbar nuestros juicios, haciéndonos mirar la vida de un modo más sombrío que el justificado por los hechos. Así, la tristeza conduce al pesimismo, y viceversa. Todos los pesimistas son necesariamente tristes, y el desastre, a su entender, les acecha a la vuelta de la esquina. Un segundo efecto de la tristeza es hacernos rudos y severos con los demás, tornándonos suspicaces e inclinándonos a dar la peor interpretación a los actos de todos los que nos rodean.

Hay diferentes modos de procurar vencer el sentimiento de tristeza. Algunos hombres recurren al alcohol para olvidar. Otros se entregan a los placeres carnales, esperando que la intensidad de un estremecimiento momentáneo compensará su falta de finalidad en la vida. Todas las personas tristes se parecen en que a veces dicen —acaso casi sin conciencia de sus palabras— que no se aman a sí mismos. Éste no es un sentimiento de inferioridad. Se trata más bien de que la parte más elevada de la personalidad examina a la inferior y la reprende por su lamentable condición. Los animales no reflexionan en sí mismos como lo hace el hombre, de lo que se desprende que no pueden sentir el mismo género de disgusto.

Hay un remedio para la tristeza, y lo sugieren las Escrituras. Ciertas mentes pueden creer que se da a ese método demasiado alcance cuando se dice: “Si estáis tristes, orad”. Tales palabras tocan una profunda verdad psicológica, porque implican que hemos de reconciliarnos con nosotros mismos para ser felices. Mientras seamos meramente el campo de batalla de una guerra entre lo más alto y lo más bajo de nuestro ser, no tendremos alegría ni descanso. Para resolver el conflicto y terminar la batalla, hemos de vemos tal y como somos realmente. Es inútil maldecir el bastón de golf porque cometemos una falta en el juego, o al cántaro porque derramamos la leche. La falta debe ser mirada como nuestra en los menudos yerros de esta clase y en nuestros estados de ánimo también. El descubrimiento de que somos censurables por ser como somos, supera a cualquier descubrimiento efectuado por cualquier explorador. Localizar así nuestros propios

defectos es imposible a menos que haya fuera de nosotros algo más claro, en cuyo amor sepamos comprender que hemos decaído.

Una vez que nos enfrentamos con la responsabilidad que nos incumbe por nuestra tristeza, oremos y llegaremos a la esperanza, porque se nos mostrará el fundamento real de nuestro descontento: el conocimiento de que debemos ser completamente distintos de como somos. Un escritor comenta: “Se me dijo que yo era el retoño de un padre y una madre. Yo había pensado ser más”. Y un hombre es más. El Salvador nos dijo que cada uno de nosotros vale más que todo el universo visible.

Principiamos a actuar diferentemente cuando reconocemos la inmensidad de nuestras posibilidades. Entonces cambia toda nuestra vida, como la de un campesino cuando encuentra petróleo en la que antes creía una mera tierra de pan llevar. La plegaria se sobrepone a la tristeza al relacionarnos con el Eterno y entonces se produce el cambio. Antes pensábamos que no nos amaba nadie; después sabemos que nos ama Dios.

Si el hombre no sitúa a Dios entre sí mismo y su vida previa, no podrá sostenerse. Pero Dios no se da a ningún hombre hasta que el hombre comienza a sentir su propia vacuidad. Admitiendo la pobreza de nuestra personalidad, abrimos las compuertas de las riquezas divinas. Se ha dicho que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. Más cierto sería afirmar que no hay hombre grande para sí mismo. Plutarco podrá decirnos que Catón era muy grande; mas para Catón, Catón era débil.

Una cosa es descubrir la inanidad de uno mismo y otra quedarse ahí, porque de eso se deriva la tristeza. No resulta lo mismo descubrir que uno es nada, que hacer uso de las divinas energías que Dios nos ofreció, en lo que hay regocijo. La mediocridad es un pecado contra nosotros mismos, una especie de sacrilegio. El tedio que sienten algunos corazones no es más que la reacción instintiva de sus grandes y no desarrolladas posibilidades enfrentadas con la vulgaridad de sus vidas. A nuestro alrededor vuelan los pájaros y cantan músicas anhelantes de penetrar en nuestras almas. Pero hasta que nos reconciliemos con el objetivo de la vida, las aves se contentan con posarse un momento en nuestro tejado para volar en seguida.

Pasar de la tristeza a la alegría requiere, como un parto, un momento de trabajo y esfuerzo, porque nadie escala un nivel más alto de vida sin matar el más bajo. Antes de tal consecución la conciencia tiene por un instante una rígida y ruda tarea que cumplir. Las perlas vienen del fondo del

agua, el oro de las entrañas de la tierra y las grandes alegrías de la vida se encuentran en lo más recóndito de un corazón contrito y quebrantado.

La alegría es la felicidad del amor, amor que conoce bien su propia felicidad interna. El placer procede de fuera, pero la alegría de dentro, y, por lo tanto, está al alcance de todos en el mundo. Porque si hay tristeza en nuestros corazones, se debe a que no hay bastante amor. Para ser amados hay que ser amables; para ser amables, hay que ser buenos; para ser buenos, hemos de conocer la bondad; y conocer la bondad es amar a Dios, al prójimo y a todos en este mundo.

Misterio del sufrimiento

Dios respira sobre el hombre su sabiduría; cuchichea en su conciencia; le habla en sus perplejidades, y grita con sus dolores. El sufrimiento es un misterio demasiado grande para que la razón comprenda su pleno significado, ya que esa comprensión exige una grandeza de alma y una entrega de espíritu para la que pocos están preparados.

La pena y el sufrimiento parecen hallarse estrechamente vinculados por el mismo cosmos, como si las grandes decisiones espontáneas del hombre pudieran turbar la paz y concordia de la vida. Nuestro sistema solar comenzó con esfuerzo y trabajo, como gran complicación sideral que fue. Nuestro propio planeta tuvo su edad glacial, con grandes inundaciones precipitándose entre oteros y montañas, y nuestra tierra, en general, presenta tumultuosos cambios de estaciones.

Pasando al hombre, vemos en él dos clases de sufrimientos: los puros y les impuros. Los impuros son los que sobrevienen sin culpa nuestra, como son las pestes, epidemias, accidentes, etc. El padecimiento puro es el que nace de nosotros mismos, como los dolores físicos dimanados del abuso de las leyes de la salud: exceso de bebida, disgustos, ansiedades y temores causados por la violencia de la ley moral.

Jamás ha de pensarse que porque uno sufra, es necesariamente culpable o está siendo castigado. En general los desórdenes y males del mundo siguen al hecho de que el hombre alza bandera rebelde contra el Creador, pero en ningún caso individual puede afirmarse que el sufrimiento se deba a culpas personales. Cristo, que murió en la Cruz, no cometió delito alguno. El inocente puede padecer lo mismo que el culpable.

Más importante es este problema: ¿Qué puede uno hacer frente al dolor y el sufrimiento? Se han ofrecido varias soluciones. Una es el estoicismo, que aprieta los dientes y soporta el dolor, para probar apatía e indiferencia entre los males del mundo; otra la da el budismo, que ve en todo sufrimiento el resultado de un deseo. Cuando uno aplasta los deseos y busca la unión con el nirvana de la inconsciencia, se logra disminuir el sufrimiento y vencerlo al final. El Antiguo Testamento, como se revela en el libro de Job, reconoce que nos enfrentamos con un misterio que la razón no puede descifrar. Job interroga a Dios, y Dios se presenta y contesta pre-

guntando a Job: “¿Dónde estabas tú cuando yo puse los cimientos de la tierra?”. Después de terminar Dios de preguntar a Job, éste observa que las respuestas del Señor tienen mucho más sentido que las de los hombres. La filosofía final de Job se resume así: “Confiaré en Él, aunque me mate”.

La opinión cristiana es que el mal se debe fundamentalmente al pecado. De aquí que el modo de vencer el sufrimiento sea vencer el pecado. Para hacerlo así, el hijo de Dios tomó naturaleza humana. Al identificarse con el hombre cargó con sus culpas como un padre con las deudas de un hijo descarriado. En cuanto hombre, hubo de sufrir como tal y en nombre del hombre; en cuanto Dios, sus sufrimientos deben tener infinito valor y anular todos los débitos del hombre. La resurrección fue la manifestación final de que el amor de Dios es más fuerte que el pecado. Si el dolor o el sufrir fueran insolubles, el Padre Celestial nunca los hubiera adaptado al modelo de su Divino Hijo.

De ello sacamos la lección de que la perfección se alcanza mediante el trabajo, el sacrificio y la abnegación.

A veces es el ser propio quien nos lo impone, y otras veces nos son impuestos. Entonces es necesario llevar pacientemente la cruz por amor a Aquel que murió por nosotros. Si una madre da a su hijo una medicina amarga, el niño, aunque proteste, sabe que se la ofrece una mano amorosa y por-su bien. El amor no puede extinguir el sufrimiento, pero sí disminuirlo, como el amor quita dureza a toda una noche en vela al lado de un hijo enfermo. Habiendo la seguridad de que el amor y los sufrimientos que se tuvieron por nosotros amenguaron nuestros pecados, podemos encontrar la paz resignándonos a la voluntad divina. Como Dante dijo: “Tu voluntad, Señor, es nuestra paz”. Franz Werfel, continuando tal idea, propuso este lema a los amantes de la paz: “No venganza, sino expiación; no castigo, sino penitencia”.

Nuestras maneras

Nuestro Bienaventurado Señor nos aconsejó: Cuando ayunéis, no os entristezcáis ni pongáis la cara contrita”. Además, advirtió a sus oyentes que se vistieran de modo que nadie conociera que ayunaban. La tristeza es atea y no cristiana Y es atea, no sólo porque uno no cree disponer de ningún medio invisible que le ayude, sino también porque desvanece las esperanzas según los días suceden a los días y van transcurriendo el espacio de nuestra vida. Muchos que tienen el estómago vacío o una tribulación íntima lo anuncian en sus rostros, lo registran en sus voces y lo muestran en sus actos. Su disposición es triste, taciturna, displicente, caprichosa, irritable, amargada o agresiva.

Si todo no ha ido bien en la oficina o en la fábrica, el marido, al volver, responde a su mujer con monosílabos, si es que responde algo. Mas si suena el teléfono y le llama un cliente, todo es cordialidad y dulzura. Esto desmiente a los que dicen que el mal humor no es, en realidad, culpa nuestra, y que puede deberse a haber dormido en mala postura, o a que el reuma moleste más que otras veces, o a que a uno le duele un callo y sabe que va a llover. Tales excusas son las mismas que se dan en las Universidades para pecados tales como acusar de todo a nuestros abuelos, según hacen los freudianos, o a los capitalistas, según hacen los marxistas. La verdad del asunto es, como dice Shakespeare, que la falta no está en las estrellas, sino en nosotros mismos. Las circunstancias externas condicionan nuestra perspectiva mental y nuestras inclinaciones, pero no las causan.

Así como hay una teoría acertada y otra desacertada acerca del sol y la tierra, existen una teoría justa y otra injusta acerca de las circunstancias externas. Si giramos en torno a lo que ocurre en el exterior, éste determinará nuestras maneras y actitudes. Pero si hacemos que lo externo gire en torno a nosotros, podemos determinar la importancia de su influencia. O lo exterior determina nuestras maneras, o nuestras maneras determinan nuestra perspectiva del exterior. La olla que al hervir derrama su contenido puede enfurecernos hoy y, sin embargo, podemos ver lo mismo y no tomarlo después por lo trágico. Continuando esta figura retórica, cabe decir que hay gente que en una disputa de amor se empeña en tener la olla derramándose constantemente.

Los días lluviosos entristecen a algunas personas, pero el autor recuerda haber dicho una vez a un habitante de Killarney: “Mal día de lluvia”. Él respondió: “Buen día para salvar el alma”. Pensando en ello, puede parecer más fácil salvarla un día de lluvia que un día de sol. Nuestro humor y disposición no son tanto el reflejo del tiempo o de una mala postura en el lecho como el reflejo del estado de nuestra alma. Lo exterior a nosotros escapa a nuestro dominio, pero lo que tenemos dentro puede ser dominado y urdirlo según el modelo que se nos antoje. Ya lo dijo Pascal: “El tiempo y mi modo de sentir tienen poca relación; mis brumas y mi mal tiempo están dentro de mí”. Nuestras disposiciones personales son como ventanas a través de las cuales podemos ver el mundo rosado o lúgubre. Según el color del cristal de nuestras gafas, el mundo nos parecerá de un modo o de otro.

En gran extensión, lo que vemos está coloreado desde dentro más bien que desde fuera.

Dos consideraciones son útiles para desarrollar una buena disposición de ánimo. La primera recordar que una conciencia feliz da una perspectiva feliz de la vida, mientras una conciencia desgraciada nos hace miserables por dentro y nos lleva a ver miserable todo lo del exterior. Cuando nuestra conciencia nos acucia, admitámoslo o no, a menudo procuramos justificarlo queriendo corregir a los demás o hallando faltas en ellos. La prontitud con que creemos en el mal ajeno proporciona en gran parte munición para un millar de escándalos en nuestros corazones. Por encontrar máculas en el prójimo creemos distraer la atención propia o ajena de nuestro propio lamentable estado. Por lo contrario, la conciencia tranquila encuentra bien en los otros lo que le descontenta en sí.

La segunda ayuda para tener un humor grato es ejercer el espíritu de la alegría. La alegría se complace en los progresos ajenos. Ésta es una de las más raras virtudes y la última que se alcanza. Harto a menudo la mejora de los otros se considera un robo a nosotros mismos. Un hombre pierde su buen humor cuando llama a su mujer “querida” fuera de casa y “vaca” dentro. La mujer pierde su alegría cuando pasa el tiempo queriendo reprender los modales de su marido, en vez de zurcirle los calcetines. Todos tienen alegría cuando agradecen a Dios el que sus amigos hayan trabajado bien, que sean amados por los otros y que sus virtudes proclamen el regocijo de una buena conciencia.

El aumento de casos de perturbación mental

El género humano ha dado siempre por sentado que ha de haber entre ellos unos pocos individuos afortunados cuyo horizonte mental ha de estar desvirtuado y no es vaticinable. Pero lo que hoy conturba más es el número de gentes normales en conjunto, pero que, en algunos aspectos, son lo que, en lenguaje popular, se denomina “trastornados”. Algunos son jóvenes; otros están felizmente casados; varios alcanzaron la madurez y gozan de aparente seguridad; pero, prescindiendo de los de mucha edad, hay que decir, con un gran psiquiatra americano, que “los casos mentales son los hijastros de la civilización moderna”.

Dejando a la profesión médica los casos de los que padecen perturbaciones orgánicas y funcionales que afecten la mente, nuestro problema es inquirir la razón de tantos casos marginales de inestabilidad mental. Yendo directamente al punto, parece que se trata de esto: Nuestra generación ha sido educada en la idea de que puede expresarse como quiera, lo que, traduciéndolo negativamente, significa que no debe existir ninguna restricción que nos impongamos voluntariamente a nosotros mismos. Todo deseo o impulso que satisfaga el yo se considera bueno, y cualquier forma de autodegeneración o represión de las exigencias biológicas se considera nocivo para la personalidad.

El yo es adulado y mimado, hasta el extremo de que los niños se educan en la teoría de que nunca serán sometidos a disciplina y menos aún castigados o reprendidos por su egoísmo.

Cuando una persona construye su filosofía de la vida sobre el principio de que puede hacer en todo su voluntad, está expuesto a sufrir tremendas impresiones. Sucede que la mayoría de los demás hombres a quienes conoce en el mundo profesan exactamente el mismo principio. El resultado es que un individuo ve su voluntad contradicha por la de otros; el yo es negado por otro; los deseos no se realizan; y los caprichos son negados, ridiculizados y rechazados por otros *egos* igualmente inclinados a la imposición sobre sus semejantes.

Este constante choque y desafío de otras voluntades confunde la mente, le da ideas de persecución y crea infelicidad, ansia de venganza y despecho.

Algunos buscan consejos profesionales sobre su confuso estado mental y entonces se les dice que padecen un sentimiento de inferioridad. La verdad, sin embargo, es que ningún obstinado tiene sentimientos de inferioridad, sino de superioridad. Está tan lleno de soberbia, pretensiones y agresiva seguridad en sí mismo, que sus sentimientos heridos pueden, por el momento, aparecer como inferioridad. Pero no se sentirían heridos si ese individuo no tuviera un diabólico orgullo o sentido de superioridad que le haría tratar a cualquiera que no le adule como Malenkof trató a Beria.

Ha llegado la hora de que educadores, sociólogos y ciudadanos vuelvan sobre sus pasos y vean si la individualidad es completamente feliz o necesita ser disciplinada, podada y negada por sí misma. No se ha dado mejor ley para la paz interior que la del Salvador Divino: “El que quiera acompañarme, que tome su cruz y me siga”. En otras palabras, los disgustos y contradicciones que sufrimos son parte de la vida. Debemos esperar sufrirlos a causa de otros que están a menudo tan poco regenerados como nosotros. Las contradicciones ajenas nos dolerán menos cuando antes nos hayamos contradicho nosotros. La mano encallecida no sufrirá tanto como una mano blanda al chocar con una pelota dura. Las contradicciones pueden incluso asimilarse y usarse para domar nuestros propios impulsos erráticos.

La voluntad que siempre insiste en imponerse, acaba odiando su propio sistema. Los que sólo viven para el yo, terminan aborreciéndolo. El *ego* es un santuario demasiado angosto, limitado y oscuro para adorar en él con satisfacción. Las cruces son ineludibles. Los que empiezan por amarse a sí mismos, se crean la posibilidad de millones de otras cruces que les hagan llevar los que viven con idéntico orgullo. Pero los que se autodisciplinan y dominan su *ego* mediante actos pequeños de denegación propia, están preparados para cargar con muchas cruces desde el arranque y, familiarizados con ellas, la impresión es menor cuando tienen que llevarlas al hombro.

Sólo dos cosas podemos hacer con las cruces: soportarlas u hollarlas. Podemos sumirnos en el plan de vida señalado por Dios, sirviendo así a nuestra felicidad y paz internas, o bien podemos tropezar con ellas, caer y estallar en llanto. El egoísmo es la causa de muchas enfermedades mentales. La curación radica en obrar con simpatía, espíritu de perdón y autodisciplina.

Melancolía

La melancolía es un fenómeno estrictamente moderno, causado por los golpes de las alas del alma contra los barrotes de la jaula del tiempo en que se agita. El mayor analista de este tema, Soren Kierkegaard, expresó una vez su propia melancolía personal como sigue: “Acabo de volver de una reunión cuya alma y vida era yo. El ingenio rebosaba de mis labios, todos reían y me admiraban, pero acabé marchándome. El camino me pareció largo como la órbita de la tierra. Sentí ganas de pegarme un tiro”.

Este tipo de melancolía no se debe tanto a las cargas de la vida como a una reacción contra sus placeres. Nerón, uno de los mayores sensualistas conocidos, era notoriamente melancólico. En los más religiosos días del pasado, el mucho placer aumentaba el remordimiento, lo que implicaba acción de la conciencia. Pero la melancolía, diferentemente del remordimiento, está desprovista de consideraciones éticas conscientes. Es un vacío que se produce por haber consumido demasiado turbulentamente los almiarados placeres del cuerpo y que nos da un horripilante sentido de actividad estéril, romántica vacuidad y creencia en la futilidad de la vida. El hombre desgraciado principia por tratar de evadirse de sí mismo perdiéndose en un mundo de excitaciones, estimulantes y experiencias eróticas. Cada una de estas cosas no es un lecho donde pueda yacer en reposo, sino un muro de goma que le hace rebotar sobre su individualidad cuando tropieza con él. El *ego* de que trata de libertarse se convierte en causa de su tortura. Cuanto más quiere olvidarse de sí, más se encuentra. Aspira el mismo aire que exhaló y que es cada vez menos soportable y más corrompido.

Así produce la melancolía lo que puede llamarse reduplicación. El yo se enfrente con el yo. Un preso escapado de una cárcel anduvo toda la noche, dos veces cruzó un río a nado, y al salir el sol volvió a hallarse en la misma prisión de que había huido. La melancolía es así: está siempre procurando hacer evadirse de su personalidad al melancólico, pero sigue caminos circulares y vuelve de nuevo al punto de partida. La sensación no es placentera, como no suele serlo la que nos causa la primera mirada al espejo cuando despertamos. Allí están los inevitables *tú* y *yo*, y parece que apenas hay sitio para ambos en el departamento del alma. El hombre sin

objetivo en la vida anda a la pesca de placeres y él mismo se prende en su anzuelo, no con goce, sino con desilusión y sufrimiento.

En este momento pueden ocurrir dos cosas. La primera, que el hombre se aparte de su desesperación. Entonces, si es escritor, compondrá un drama o una novela probando que la melancolía es la herencia de la Humanidad. Como se ha quemado la mano en los fuegos del egoísmo, tratará de aliviarse describiendo las quemaduras como normales y los incendios como hogares donde deben caldearse los corazones. Fácil es siempre escribir a propósito de lo que puede ser la bondad, porque todos tenemos cierta experiencia del mal, pero no todos tienen gran experiencia de la virtud. Las pesadillas de la desesperación y la melancolía pueden proveer de temas al teatro y a las películas y testimoniar el fracaso de muchas almas modernas y de sus ineficaces intentos de redimirse, puesto que no hacen más que extender la epidemia.

Hay una reacción contra la melancolía que no es precisamente la desconfianza, y consiste en comprender que uno está en combate contra sí mismo. En cuanto uno comprenda que su mente está en lucha contra su personalidad, que le provoca guerra, uno principia a buscar algo que le traiga la paz. La frase de que conviene que los antagonistas hablen, usada tan a menudo en las disputas sociales internacionales, puede aplicarse a uno mismo. Es obvio que la paz no puede venir de dentro de nosotros porque éste es el origen de todas las perturbaciones. La mente es como un sauce cuyas ramas parecen llorar. Sólo el sol puede secar la humedad del árbol, y en consecuencia, la mente melancólica quiere salirse de sí misma en busca de ayuda y liberación.

Así muchas mentes modernas pueden encontrar a Dios a través del vacío del yo y de la desesperación interna. Siempre se ha sabido que los hombres llegan a Dios a través de una serie de disgustos, pero quedaba a nuestros días la tarea de encajar estas ideas en un modelo definido. La contradicción interna, que a algunos melancólicos los impulsa al suicidio, es la misma fuerza que impulsa hacia Dios al melancólico razonable. Sartre es el que habla en nombre de la desesperación del mundo, que preludia el infierno, y Kierkegaard quien habla en nombre de aquellos que, en la oscuridad de las tumbas que se han buscado, aspiran a la luz. La mentalidad moderna se ha cerrado a Dios durante mucho tiempo, pero parece ahora que ellos encuentran su camino como lo hizo al principio la historia cristiana, atravesando incluso las puertas cerradas.

Todas las culpas son nuestras

Podríamos llamar a la política un arrepentimiento aplazado. Es como limpiar el exterior de una taza para no tener que limpiar lo de dentro. A los que hacen caso del comunismo les interesa convertir todos los males del mundo en económicos, con lo que evitan a sus *víctimas* la necesidad de una mejora moral. Todos preferimos buscar la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio. Las épocas que muestran un anormal interés por la reforma de la sociedad son con frecuencia las que menos se preocupan de la reforma del individuo. Los educadores que dicen que el mal no existe y que no hay más que estados complejos, son como los que opinan que el cuerpo no tiene más enfermedades que las imaginarias.

El hecho es que el egotista piensa que todos son censurables, excepto él mismo. No es un deseo económico o de seguridad lo que hace a una persona antisocial, sino generalmente su deseo de imponerse a los otros. Hilario Belloc habló del hombre que llevaba un enorme tonel en un carro, de aldea en aldea, pidiendo a los compradores posibles lo que él pensaba que debía pedir. Al final dio la bebida a todos por nada. No tanto quería su ganancia como imponer a otros su deseo.

En la parábola del hijo pródigo, el menor riñe moralmente con su padre y luego desea la división de bienes. La división económica era una simple consecuencia de que su corazón había quedado al margen de su familia. La vida económica no debe ser una barrera que se oponga a la tradición del hogar, de la patria y de la religión. A veces la abundancia de lo material hace a los hombres creer que la felicidad puede encontrarse fuera más bien que dentro.

El hijo pródigo, después de sufrir hambre en un país extranjero, llegó a comprender el sentido de los valores cuando volvió a sí mismo. La realidad se impuso, y vio que nada le perturbaba sino su propio ser. En esto se halla un hecho psicológico absorbente. Cuando un ególatra comienza a ver que merece censura, puede llegar a un momento de abierta rebelión. En esa fase no es inmoral en su proceder, mas sí antimoral y antirreligioso en sus actitudes, palabras y pensamientos. La vergüenza y un falso remordimiento le han enloquecido y siente el vivido martirio de las serpientes que anidan en su pecho. Mucha parte del fanatismo y de los ataques que dirigen

contra el decoro los agotados libertinos, parten de la primera apasionada reacción del alma contra la criminalidad observada, el vicio descubierto o el honor mancillado. La intolerable angustia de un egotista herido es que no se siente azotado por látigos, sino por escorpiones. Ello le hace atacar a la moral, cosa ante la que, sin acusarle la conciencia, habría retrocedido horrorizado. De comprender mejor la naturaleza humana, veríamos que su odio a la bondad y a la decencia, por violento que sea, sólo indica que se odia a sí mismo. Espera durante algún tiempo una reforma interior y, si cree compensar con ello sus ultrajes a la verdad, se niega a admitirlo. Por la misma razón el comunismo, que significa odio a Dios, puede estar más cerca de la auténtica piedad que la indiferencia del mundo occidental, al cual todo esto no le da frío ni calor y, por tanto, será rechazado del seno de Dios. Pocos infiernos son más profundos que aquellos que produce una egolatría decepcionada y una conciencia demasiado cargada cuando hierven juntos en la misma caldera.

Una de las clásicas historias de la antigüedad habla de Circe, que transformaba a los hombres en cerdos, o rebajaba la masculinidad al nivel de los brutos. Circe se muestra actualmente bajo el nombre de una psicología que reduce el hombre al nivel de un animal. Pero hubo un Ulises que obligó a la encantadora a devolver a sus compañeros su forma anterior. Nuestro mundo pedagógico y psicológico necesita que alguien haga lo mismo, para devolver al hombre la conciencia de su identidad, convirtiendo el egotismo en sensatez. La gracia de Cristo llevará a los pródigos desde la zahúrda a la casa del Padre.

Influencias externas

Influencia

No sin cierto pesimismo, Shakespeare hizo decir a uno de sus personajes: “El mal que hacen los hombres persiste después de ellos, y a menudo lo bueno que realizan queda enterrado con sus huesos”. Más esperanza tenía el poeta que escribió: “Y dura el canto aunque el cantor pase”. Sin embargo, ambos autores coinciden en la importancia de las influencias ajenas para mal o para bien. No faltará quien mire el pasado día en que principió una buena influencia y diga con Dante: “Aquí comienza nuestra nueva vida”. En la galería de la memoria cuelga algún retrato que podemos reconocer como una deuda de nuestra formación o una nueva visión de la vida.

Las influencias son de dos clases: conscientes e inconscientes. La influencia consciente es aquella con que deliberadamente procuramos moldear nuestro carácter de acuerdo con una mentalidad ajena. Este género de influencia no es siempre acertado, y en cierto modo se relaciona con lo que ocurre con la propaganda. Casi todos los grandes efectos sobre los caracteres ajenos han sido efectuados indirecta y no directamente. Quien quiere “edificar” a los otros, casi siempre hace el ridículo. Ello se debe a que, aunque tiene piedad, se sale un poco de su camino para parecer religioso, pero, cuando cita textos de la Escritura, suena un tanto insincero acerca de ellos. Jesucristo condenó a los que siempre estaban diciendo “¡Señor, Señor!”, porque lo que decían aquellos labios no representaba a quien era miembro del reino de Dios.

La persona que se obstina en “dar buen ejemplo” generalmente no lo da. El mejor ejemplo lo da un hombre cuando no actúa profesionalmente, como un sacerdote, rabino o pastor cuando baja de su pulpito; como el capitalista cuando ha terminado su discurso por radio sobre la absoluta necesidad de reconocer los derechos de los trabajadores; como el jefe sindicalista cuando concluye su conferencia sobre los grandes intereses del trabajador en la justicia social y en el bien común. Cuando Pedro dijo a Nuestro Señor que otros le habían abandonado, pero él nunca le abandonaría, el Salvador replicó que antes de veinticuatro horas le negaría Pedro. Lo que decimos es menos importante que lo que hacemos.

Las mejores influencias de la vida son indeliberadas e inconscientes y se producen cuando nadie nos observa o cuando la reacción ante las buenas obras no ha sido buscada. A eso equivale la vasta influencia de una madre en un hogar al cumplir sus cotidianos deberes con amor y espíritu de abnegación, lo que deja en sus hijos una huella que se profundiza con los años. San Francisco ha influido mucho en la pintura, aunque no era artista. Los artistas grandes han influido a su vez en millones de hombres, haciéndoles amar la belleza, aunque no se propusieran ser tan recordados como lo son. La influencia inconsciente nunca se siente superior. Nuestro Señor dijo: “Soy entre vosotros uno que sirve”. De esa fundamental humildad vino el advertir a sus discípulos que el mayor de todos debía considerarse el menor. Nunca fue Él tan egregio como cuando se entregó a la muerte para salvar a los demás.

La infortunada característica de nuestra época es que la propaganda ha sustituido a la influencia personal. La política tiene un lugar primario en la vida moderna, con lo que las masas buscan más las promesas que lo que se cumple. El comunismo ha llevado a una tercera parte del mundo a someterse a su férrea zarpa de oso, porque ha prometido el cielo en forma de empanadas después que el odio haya derribado el orden existente. La gran falacia de todos los movimientos revolucionarios es que tienden a anular el valor de las vidas grandes, mediante la persecución o el asesinato de los caracteres, en interés de las promesas falsas y de las esperanzas ilusorias. Nuestro mundo tarda demasiado en comprender que quienes apagan las luces celestes apagan con ello las luces terrenas. Las influencias nacen de la energía moral, pero las promesas, como las telas de araña, se tejen en los vientres del materialismo.

Algún día surgirá un político tan devoto de la verdad que será capaz de seguirla sabiendo que, al hacerlo, se expone a la derrota. Ese día empezará la restauración de la política como principio y también el renacimiento de las naciones.

Pan y reyes

La gente habla más de su salud cuando se siente enferma y más de la libertad cuando está en peligro de perderla. Sin embargo de cuanto digamos en pro de la libertad, ha de recordarse que al rehuir nuestra responsabilidad huimos de la libertad, como toda negación de nuestras culpas personales es también una negación de otra clase de libertad. Las coles no pueden cometer males, aunque digamos que tienen cogollos o cabezas; y las máquinas calculadoras no cometen pecados, aunque sumen o resten. Acaso el pensar lo que significa la carga de la responsabilidad nacida del libre albedrío sea el motivo de que haya tantos hombres dispuestos a renunciar al gran don de la libertad.

Eso explica por qué se busca alguien a quien entregar la tarea de disponer, de pensar por los demás y de librarlos de la pesada carga de las consecuencias de las libres decisiones de cada uno. En las democracias es el comunismo más popular entre los intelectuales que entre los trabajadores o la gente inculta, por la sencilla razón de que todo intelectual está más gastado y deprimido. El que busca un alivio a sus ansiedades y a las tristes consecuencias de sus actos, se convierte en fácil presa del comunismo, que le da un objetivo en el que el mito y la esclavitud mental se entretejen como dos malos genios. Esta búsqueda de alguien a quien las mentes neuróticas puedan entregarse, explica la fácil rendición de los ánimos a las ideas totalitarias.

Dos escritores del siglo xix previeron que ese estado de cosas se produciría en el siglo xx, y uno de ellos predijo que los jefes a quienes las mentalidades libres se entregarían, procederían de Rusia. Solovief aseguró que el dirigente que dominase a las almas en nuestra generación sería el autor de un libro que tratase de la paz y seguridad para el mundo. Millones de hombres se someterían a él considerándole suprema autoridad en la esfera política y económica sin otra razón que la de prometer pan. Dostoiévski también pensaba que Rusia y el mundo cederían a la “tentación del pan y del poder”.

Es imposible dejar de contrastar esa búsqueda de un dictador y rey económico con el caso de Nuestro Bienaventurado Señor cuando dio pan a las multitudes en el desierto. Después de alimentar a las masas hambrien-

tas, ellas “quisieron hacerle rey”. Está en el corazón humano, cuando pierde el amor de lo espiritual, adorar a quienes le prometen el poder económico o al menos le ofrecen llenarle el estómago. El pueblo quería hacerle rey, en oposición a todos los reyes de la tierra, o sea que en lugar de entregarse a Él y a su sublime doctrina pensando en el pecado y en la redención, querían que Él se sometiera a ellos. No deseaban seguirle, sino que Él los siguiera. Por sinceros y entusiastas que fuesen, querían poner la divinidad al nivel de lo humano.

Él era rico y se hizo pobre por nuestro amor, mas no quería ser rey terreno por la fuerza. Un pobre ciego le paró en el camino para pedirle que le curara su ceguera, pero, si esto lo aceptaba, no bastaba la universal aclamación y sufragio de las masas para hacerle rey. Y supo poner el dedo sobre el error de todos: “Me buscáis porque habéis comido y estáis ahítos”. No le buscaban con la parte superior de su ser, sino con sus estómagos; no por su moralidad, sino por razones económicas; no por su salvadora gracia, sino porque lo espiritual dormitaba en sus almas.

Cuando se aprecian más los panes que el poder divino que los multiplica; cuando se admiran más los ríos que sus fuentes, la Humanidad aceptará cualquier rey si promete pan y prosperidad. No olvidemos que quien prometió lo espiritual no negó el pan a los pobres. Nuestras esperanzas y nuestras libertades se venden demasiado baratas cuando se entregan al que, alimentando el cuerpo, deja desnuda el alma. El problema es éste: todo el mundo se muere de hambre, porque el -mundo oriental muere de hambre corporal y el occidental perece de hambre del alma. Al primero hay que alimentarlo, pero no han de hacerlo los que niegan la libertad cuando dan harina. El mundo occidental se salvará alimentando a Oriente a la vez que reconoce su hambre de espíritu y busca al verdadero rey de corazones: el que nos brinda el pan de vida.

Pasión

Cuando se oye a un político hablar por radio o televisión sobre la crisis mundial con el mismo entusiasmo con que hablaría del precio del queso en Suiza o en Birmania, uno se pregunta si queda alguna fogosidad o algún entusiasmo por las causas grandes. Es obvio que el entusiasmo se relaciona con la pasión. Pero esta palabra, generalmente, evoca dos clases de reacciones extremas y equivocadas. Por un lado, la pasión es algo de que debemos avergonzarnos, y por otro, la pasión siempre acierta, según algunos, y, si no la atendemos, herimos nuestra personalidad.

Para revivir la pasión en los corazones hay que empezar por comprenderla. La pasión significa recibir o sufrir algo o someterse a una cosa dada. De esto se desprende que son indispensables dos condiciones para la pasión: conocimiento y un cambio orgánico o físico en nuestra naturaleza sensorial.

Primero: conocimiento. La pasión no actúa si no tenemos una idea a propósito de algo. Ninguna mujer se “enloquece” ante un mostrador de tienda si no sabe que otra está escogiendo lo mejor. Hablamos de quienes se obstinan en una idea, y la sabiduría es una idea. Nadie conoce la pasión de la tristeza sin primero conocer una pérdida o una catástrofe.

En segundo lugar, la pasión se asienta en la naturaleza corporal o animal del hombre. Es como el eco del conocimiento en nuestra estructura física, pero no es propiamente conocimiento. La pasión implica cambios sensoriales, como el rubor de las mejillas, la dilatación de las pupilas y la tensión de los músculos.

La pasión no es un reflejo, como pasa cuando a un perro se le hace la boca agua al ver vituallas. Muchas similitudes hay entre las pasiones de los animales y las pasiones del hombre, pero nunca ha de olvidarse que la pasión del hombre no se ejerce sino sobre cosas conocidas. El ojo muestra una acción refleja cuando alguien le introduce un dedo, pero la pasión es cosa consciente que sólo sucede a una criatura dotada de razón y libre albedrío.

Debe recordarse que la raíz de todas las pasiones son el amor y el odio, que se contraponen a lo primero. Por eso nuestras pasiones tienden a

buscar lo que amamos o a huir de lo que odiamos. Puesto que nos gusta dormir, pensamos inmediatamente en ciertas pasiones que se suscitan si nos niegan el descanso, como, por ejemplo, la ira, cuando el camarero en el tren nos llama con dos horas de anticipación; la desesperación cuando no podemos conciliar el sueño; la esperanza de que los visitantes que dicen venir por un momento no pasen unas horas con nosotros, etc. Conozco a un individuo que a las diez bebe la copa de despedida, empieza a andar por la sala de su casa y da a todos humorísticamente las buenas noches. Como aborrecemos ciertas cosas, surgen pasiones relativas a nuestra lucha con las dificultades inherentes. Así, tememos no tener asegurada la vejez, encontrar un perro rabioso y cosas por el orden.

Volviendo a la falta de ardor y entusiasmo en los políticos, hallamos para ello razones obvias. No tienen ninguna idea central y superior a que se dediquen con todo el fervor de su ser, ni tampoco les causa gran impresión el bien ni el mal. Nada ha contribuido tanto a matar el entusiasmo como la moción pragmática de que nada es absolutamente cierto y de que no hay nada lo bastante justo y bueno para que merezca consagrarle la vida, de lo que se dimana que no hay mal que exija morir antes que rendirse a él. La indiferencia mata a las pasiones y el escepticismo las embota. La democracia no significa que porque todas las partes deban ser oídas no haya una que no tenga la razón. Un papel cazamoscas tiene dos lados. Existen pasiones que engloban ideales dirigidos a la acción. La democracia actual encuentra difícil decidirse sobre lo que es acertado. En cambio, el comunismo ya ha resuelto lo que es erróneo para él. Todas sus pasiones se consagran al mal. Mal que hoy hace arder sus hogueras en todo el mundo. Los dirigentes de la democracia no logran tornar en ascuas las cenizas de la indiferencia. A lo sumo se enfurecen no porque pierdan dinero, sino porque se ignora lo justo y se entroniza lo malo. Pero volverá a arder el fuego de la democracia como una boya que indique a los hombres el camino de un mundo más bello y mejor.

Cinco peces para los anzuelos comunistas

Si muchos hombres se embriagan con un quinto de litro de licor, la mayoría de los comunistas no conocen otra dieta que la negación del quinto mandamiento. Estudiando a los que han sido cogidos en los anzuelos de los pescadores comunistas, o a aquellos que se enmascaran en la democracia para destruirla, encontramos que los particularmente indicados para caer en el cebo comunista pueden reducirse a cinco clases, a saber:

1. — *Odiadores*. Los fanáticos saben usar sus cerebros, aunque erróneamente, y los odiadores usan sus hastíos, aunque con exceso. Puede dimanar el odio de sentirse ridiculizados, de perder un empleo o de no tener éxito en cualquier sentido. Los que odian, para exonerarse a sí mismos, dirigen censuras a otros y desarrollan un odio inadecuado contra una clase, una raza, un gobierno, un partido, una organización de negocios, un grupo o una Iglesia. Como su odio individual es impotente, procuran conspirar con otros para socializar su resentimiento. Esto beneficia al comunismo. Como éste colectiviza los odios de los que odian, todos pican en el anzuelo —esto es, en la hoz y el martillo—, no porque admiren el comunismo, sino porque odian y el comunismo socializa su odio.

2. — *Socializantes*. No todos en nuestro mundo moderno piensan en los intereses sociales porque amen a Dios en su prójimo. Hay quienes acometen obras sociales para evadirse a la incesante acusación de sus conciencias. No entendiendo la justicia individual, creen cubrirse propugnando la justicia social; evitan la necesidad de reformarse personalmente hablando sin sentido de la reforma social, e intervienen en la moralidad de los demás para no corregir la moralidad propia. Si su conducta fuese mejor, serían verdaderamente religiosos y harían mucho bien a la sociedad. Pero el comunismo permite que su debilidad se convierta en fuerza. El comunismo les autoriza sus vicios individuales siempre que trabajen por la revolución social y señalen los “vicios” de la democracia, la libertad y la propiedad privada. Este grupo pica fácilmente en el cebo comunista porque la falta de religión de los marxistas satisface su deseo de eliminar del mundo toda idea de moralidad y virtud. Y, como las han infringido, se sienten desazonados en las sombras de la noche.

3. — *Intelectuales cansados*. Su educación debería haberles dado un propósito en la vida. No habiendo conseguido lo que querían, cuanto saben sólo es una enloquecedora mezcla de hechos no relacionados entre sí y de informes mal digeridos. La carencia de unidad entre su vida moral y su sabiduría les hace desear la unificación, pero no desde dentro, lo que exige mucha fibra moral, sino desde fuera. Eso es precisamente lo que les brinda el comunismo. Se deja de pensar, porque el partido piensa por todos. Estos intelectuales sienten entonces que tienen una misión, que pertenecen a una totalidad y que no les fatiga su libertad porque la han entregado al hormiguero del estado comunista.

Los intelectuales no se hacen comunistas por razones cerebrales. Por eso, si se discute con ellos de comunismo, nunca parecen comprenderlo. En vez de una razón para hacerse comunistas, sólo tienen la intención de huir del cansancio. Sus móviles nada tienen que ver con lo racional, lo que explica que algunos profesores hagan la absurda aserción de que son comunistas porque “el comunismo es la paz”.

4. — *Neuróticos*. Todo neurótico es antisocial. Las personas normales se sienten vinculadas a la sociedad, mientras las anormales, desarraigadas de ella a través de sus fantasías, se enfrentan continuamente con lo absurdo. Es natural que se unan a un movimiento antisocial opuesto a la cultura, a la moralidad y a la paz. El caos que los comunistas quieren crear como preludio de la revolución es de la misma contextura que las vidas cotidianas de los neurasténicos, a quienes más atrae un sistema cuanto más absurdo es. Por eso se dice de algunos: “Ésos parecen comunistas”. La relación entre los rasgos neuróticos y antisociales de una persona y las guerras y revoluciones neuróticas y antisociales provocadas por el comunismo es muy estrecha. Los neuróticos gravitan hacia el comunismo como las moscas hacia la miel. Cuando los neurasténicos recuperan la estabilidad y la sensatez, abandonan el marxismo.

5. — *Hombres satélites*. Son sencillamente gentes vulgares o testaferrros que miran el comunismo como un partido político o una teoría económica. No obedecen en acción, pero sí en pensamiento. Ven sólo lo que quieren ver, y admiran la perspectiva que el comunismo les ofrece, pero son incapaces de analizar una situación histórica. Son de aquellos que casi profesionalmente firman cualquier cosa que se les ofrezca con tal que iguale la libertad al libertinaje. El comunismo los emplea porque son cándidos y crédulos. Pertenecen a toda organización de “primera línea”, pero, como los porteros de hotel, no llevan más que un falso uniforme, con faldones que el oso ruso recorta como quiere.

Virtud

Carencia de egoísmo

Tres edades tiene el hombre: infancia, juventud y madurez. Cada una tiene sus correspondientes pasiones, que destruyen o perjudican la personalidad, convirtiéndola en esclava de algo mezquino o bajo. La pasión de la juventud es el sexo; la pasión de los maduros es la ambición de poder, y la pasión de los viejos es la avaricia. Estas pasiones no son viles por sí mismas, porque ninguna pasión lo es. Sólo se tornan así cuando van contra la buena razón y contra la ley de Dios.

Los que se entregan a los desórdenes de la carne en la juventud, a menudo los convierten en ambición hacia los cuarenta y en avaricia a los sesenta. El objetivo de su pasión ha cambiado, pero ellos no. Primero el objetivo es el cuerpo; después el yo o el orgullo; y al fin cosas que, como la riqueza, son ajenas al cuerpo y a la mente. El primer exceso de la carne se reconoce generalmente como erróneo, pero la civilización moderna no considera la soberbia o la avaricia como pecados inmundos, aunque pueden ser tan desastrosos como la lujuria.

Entre lujuria, egolatría y codicia, el primer vicio es el más fácil de dominar por el espíritu, porque sus excesos crean su propio vacío. El amor de la carne, cuando se sacia, puede crear un deseo de amor del espíritu. En cambio, el egotismo y la avaricia son muy difíciles de curar, porque son pecados que tienden a aumentarse. Los excesos de la carne producen aborrecimiento de ella, pero el orgullo y la riqueza excitan el *ego* hasta un punto en que un hombre se cree verdaderamente grande, o sinceramente, o porque se juzga a sí mismo por lo que tiene y no por lo que es.

Puesto que la egolatría y la soberbia predominan tanto en la edad intermedia, es muy importante concentrarse en este tema y en el juicio que forman los hombres de esa edad. Un día, oyendo a los apóstoles discutir entre sí respecto a quién era el mayor de los doce. Nuestro Señor colocó un niño entre ellos como ejemplo de que los menores son los más grandes. Después completó tal acto con estas palabras: “El mayor entre vosotros habrá de ser como el siervo”.

Según el rasero divino, la verdadera grandeza no depende de la posesión de grandes capacidades ni del aplauso popular. El talento que una persona tenga para cantar, hablar o escribir es un don de Dios. Nadie ha hecho

nada para merecer lo que tiene, como un niño no ha merecido el tener un rostro hermoso. “Tú, que has recibido, ¿por qué te vanaglorias como si no hubieses recibido nada?” A más riquezas de dones, mayor responsabilidad el Día del Juicio.

Cuando Nuestro Divino Señor dijo que el grande debía ser como el menor, estableció la medida de la grandeza útil y del servicio al prójimo en nombre de Dios. Servir a nuestros semejantes es necesario porque implica la constante represión de las tendencias ególatras, que pretenden exaltarnos a expensas de los demás. Aristóteles dijo que las dos tendencias que más degradaban a un hombre eran las que le inclinaban al mal carácter y al deseo mal regulado. Una de las dos están siempre presentes en todo egotista. Siempre le vemos enfurecerse con todos porque no le alaban o no cumplen su voluntad, cuando no hallamos que persigue su capricho a costa y vergüenza de sus semejantes.

El sentido de servicio corrige ambas malas tendencias. Eliminar el mal carácter al hacer que una persona se porte bien con las otras por obediencia a la voluntad de Dios. El enamorado de una mujer oculta su mal temperamento para alcanzar el cariño de la que quiere. El que ama a Dios extingue su mal carácter para ser digno del amor divino. El servicio también corrige los deseos más regulados poniendo constantemente las necesidades del prójimo antes que los deseos propios. Así se llega a no preocuparse de uno por pensar en los demás, y así se alcanza la felicidad al no tener más necesidades que la de derramar sobre nuestros semejantes la bondad que pueda haber en nuestros corazones. Por eso las almas no egoístas son siempre las más apreciadas en oficinas, escuelas, círculos, talleres y campos de deportes.

¡Qué lección nos enseña la Naturaleza acerca de la falta de egoísmo! Las nubes, retozando como corderos en los pastos del cielo, no guardan para sí sus tesoros de humedad, sino que los vierten en forma de bendita lluvia sobre la tierra sedienta. No hay gota de agua que tenga una vida egoísta. No hay brisa que no encierre una misión. Las vidas humanas no han sido enviadas a este mundo como ornamentos. Para ese propósito dispone Dios de cosas más bellas. El pájaro canta para el contento de los ajenos corazones, los ríos evitan la satisfacción de estancarse para servir al grandioso océano, el sol arde para iluminar un mundo, y todo —incluso el hombre— es bueno porque hace bien a otro.

Si hacemos bien a los demás, también debemos amarlos por amor de Dios. Ningún provecho moral dimana de hacer bien al prójimo porque pueda correspondemos ni hacerle dádivas porque él nos complazca. Ni si-

quiera hay gran mérito en hacer el bien a los que nos aman. “Si amas a los que te aman, ¿no hacen los paganos lo mismo?” El mayor provecho espiritual proviene de amar a los que nos odian y de ofrecer dones y alimentos a los que no pueden entregar nada en compensación, porque el premio se obtendrá en el reino de los cielos.

La inercia del egoísmo ocioso y de la codicia será vencida mejor que por nadie por un hombre arrodillado que suplique acceso al espíritu de amor. Las ruedas de molino se detienen cuando se aquietan las tumultuosas aguas; el tren en marcha se para cuando el carbón se enfría y la caridad se desvanece cuando declina el amor de Dios. Si la gente supiese lo feliz que sería si ayudase a su prójimo por el amor Divino, pronto nos convertiríamos en una colectividad que cantaría tanto con los corazones como con los labios.

Insinceridad

Suele darse por sentado que el modo de ser agradable es decir lo que uno no piensa, o correr un velo entre nuestra mente y nuestra lengua, o divorciar el pensamiento de las acciones. Así los labios pueden llevar frases almibaradas y las manos puñales. Las palabras son para los oídos y los puñales para las espaldas. Psicológicamente, los farsantes hábiles se conocen porque despliegan tres técnicas. Primero empiezan por estrechar fuertemente las manos, luego sonríen ante uno como queriendo decir: “¿Ve qué simpático soy?”, y después, o antes, saludan en un tono calculado para hacer que el volumen sustituya a la sinceridad.

Los niños no tienen esta doblez porque son naturales y la duplicidad es adquirida. Si su madre les encarga que digan a quien llama a la puerta que ella no está en casa, un niño dirá invariablemente: “Mi madre dice que no está en casa”. Conozco a una madre que dijo a su niño, después de presentarle a varias señoras que habían ido a tomar el té con ella: “¿Quién es mi mejor amiga?”. El niño, en presencia de todas, respondió: “La de los dientes grandes”. Cuesta algún trabajo apartarse de esa sencillez infantil que conquista el cielo, aunque luego suele adquirirse una capa exterior de insinceridad.

Hay momentos en que resulta muy difícil expresar la opinión propia, como, por ejemplo, cuando un marido oye preguntar si le gusta el sombrero nuevo de su mujer, o su corte de cabello a la italiana, que a él le parece una masa de macarrones mal partidos. Las mujeres, cuando se hallan ante algo que no les gusta, se entregan a éxtasis de alabanza para encubrir lo que piensan en realidad. Los hombres, generalmente, resuelven esto con monosílabos o con un prolongado gruñido. Cuando un hombre se enfurece con su esposa viéndola jugar a las cartas, ordinariamente la llama “querida mía” con tal frialdad que la hace pensar que debe de ser una refrigeradora. En momentos tan difíciles tener tacto no equivale a mentir, y la suavidad, aun a expensas de la verdad, sólo representa circunspección. Hay mujeres que, cuando se les pregunta qué les parece el vestido de otra, contestan que es muy bonito, aunque el tono de su voz hace sospechar que no lo es.

Lo opuesto a la insinceridad es la adulación. Ya hemos indicado que hay dos géneros de lisonja: la verdad disfrazada y la mentira franca. La

primera puede agradar, pero la segunda molesta por lo evidente. Shakespeare dice de la falsa alabanza: “Parece allanada con un palustre”. Las lisonjas que uno dirige a otro dependen o de que uno desee exaltar su propio yo, o de que quiera engañar al yo del que le oye. Son raros los que restringen sus adulaciones hasta el punto de que hagan a los demás pedirles que las repitan. Un obispo recién consagrado tuvo ocasión de que le dijeran, riendo: “De ahora en adelante nunca volverá usted a oír la verdad desnuda”.

Es insinceridad en grado menor aquella en que constantemente prometemos lo que nunca deseamos cumplir. El “Sí, hombre, sí”, figura en primer lugar en este grupo. Quienes lo dicen temen hablar lo que sienten y confunden la agradabilidad con el asenso. Hay otra forma de insinceridad, que se halla en ciertas invitaciones a comer. Un “Venga a comer con nosotros cualquier día” implica la igualmente agradable e insincera respuesta: “Sí, ya iré”. La insinceridad está en el indefinido “cualquier día”, lo que a menudo significa: “No le esperamos”, mientras la respuesta a veces indica: “Tampoco yo pienso ir”.

En el extremo opuesto de estas formas de insinceridad figuran las que identifican el insulto, el desprecio, el desdén, las ganas de ofender y la manera ruda de expresarse, con la sinceridad, el candor y la franqueza. Hay gente que se alaba de que no teme la opinión pública ni el pensamiento ajeno, y también los hay que aseguran obrar “por tu bien”, o decir “lo que tus mejores amigos no te dirían”. En realidad, esas gentes ignoran que su tendencia a criticar es una máscara de su egolatría. Temerosas de que se les señale su propia debilidad, quieren romper la guardia de los otros con un ataque emponzoñado.

Los sinceros son quienes, poseyendo un conjunto de virtudes, lo mismo hablan que escuchan; los que tanto callan como se expresan; los que no son opacos como cortinas, sino transparentes como cristales. Cuando hablan saben que algún día serán juzgados por Dios y obligados a responder de toda palabra ociosa. Esto hace que amen la verdad y, puesto que la aman, siempre serán amables y caritativos.

Cuando los buenos obran mal

El bueno, a veces, obra mal. Enfrentémonos con ello. No es lo mismo que cuando el mal surge de los malos. El mal es una excepción en la vida de los buenos y sobreviene tangencialmente en el largo camino de sus vidas. Con el malo, lo bueno es una excepción. Un gran pianista puede dar una nota equivocada, pero todos saben que sigue siendo un buen pianista. Un principiante podrá acertar con la nota justa, mas nadie ignora que no es un buen músico.

Como resultado, las obras internas de la mente son distintas por completo en el bueno cuando se equivoca y en el malo cuando procede mal. En último caso se produce lo que llamaremos un proceso, de endurecimiento. Primero, la conciencia grita; luego, tras repetidos refrenamientos, se toma tan débil que sólo cuchichea; y, finalmente, su voz se ahoga. A partir de entonces la gente así no conoce más ley moral que la que ella misma se crea, y Dios los abandona. Terrible es para el alma que Dios la obligue a caminar hacia la perfección, pero más terrible aún que la deje obrar por sí sola.

El efecto psicológico es enteramente diverso cuando los que verdaderamente aman a Dios se equivocan. La diferencia entre unos y otros equivale a la de un ladrón que roba a un desconocido y un hijo devoto que roba a su padre. El primero no siente quebranto alguno de parentesco y el segundo sí. El último ha herido a alguien al que verdaderamente ama. Además, el ladrón no suele sentir la necesidad de restaurar ningún vínculo amoroso quebrantado, mientras un muchacho bueno, ordinariamente, la siente. Hay un misterioso magnetismo que obra en el caso de los buenos. Como la limadura de acero es atraída por el imán, dejando atrás las partículas no metálicas, así los buenos tornan a Dios siempre que se hayan sacudido el polvillo de maldad que pudiera haber en sus vidas.

Imaginemos dos hombres casados con dos arpías viejas. Uno estuvo antes casado con una mujer bella, discreta y devota, que murió joven. El otro está casado en primeras nupcias. ¿Cuál de los dos sufre más? Indudablemente, el que antes conoció la felicidad y el amor. Algo parecido ocurre con el que hace mal. Quien ha conocido esa paz interior del alma que nace de la unión con Dios, padece más agonías y torturas en su pecado que

quien nunca penetró en tales tesoros. El rico que se empobrece, sufre más que el pobre que nunca fue rico. El alma que ofende al Dios a quien ama, experimenta mayores tormentos que el alma que nunca quiso hacer penetrar a Dios en su vida.

Esto no significa que los malos no experimenten congojas. En los buenos el efecto de hacer el mal es moral y conduce al arrepentimiento. En los malos el efecto es físico y psicológico. Se nota menos en el alma y más en la mente y el cuerpo. El efecto moral se convierte en disgusto, contrición y arrepentimiento, lo que conduce a una restauración del acercamiento a Dios, y, por lo tanto, a la paz. El efecto físico o psicológico se manifiesta en ansiedades, temores, preocupaciones, psicosis y neurosis. Los buenos se arrodillan cuando se engañan; los malos, si tienen bastante dinero, se tienden en el diván de un médico psicólogo. Los buenos desean que sus pecados sean perdonados, mientras los malos quieren que se les expliquen. Los buenos recobran la paz del alma y los malos han de contentarse con la paz mental.

La explicación de este fenómeno es que los buenos tienen en sí otro principio de acción que los malos. Los malos solamente son guiados por el pensamiento de la satisfacción de la carne o del espíritu y creen que no hay más mundo que éste. Pero los buenos tienen otro principio en sus adentros, y ello está por encima de la naturaleza y es lo que se llama gracia, a través de la cual están unidos a Dios. Ese elemento de gracia se levanta siempre contra sus pecados y generalmente triunfa de ellos en cuanto coopera la voluntad por ligeramente que sea. Un hombre puede no incurrir en adulterio por amor a su mujer. El principio del amor milita contra sus deseos carnales y, si caen, vuelven a la fidelidad, lo que se debe a la gracia. San Pablo escribió a los romanos paganos: “Mis acciones me desconciertan. Hago, no lo que quisiera hacer, sino lo que aborrezco. Pero si hago lo que no quiero, he de admitir que la ley es digna de todo honor”.

Eso es lo esencial. El remordimiento señala que uno admite la verdad de la ley de Dios. El niño a quien dicen sus padres que no ponga el dedo en el fuego, suele hacerlo e inmediatamente descubre que el mandato paterno merecía toda honra.

Hay dos modos de conocer la bondad de Dios. Uno es no perderle nunca; el otro, perderle y volver a encontrarle.

La religión impopular

Hoy casi todos buscan la religión, pero desean una religión que no exija mucho. Por eso el Cristianismo ha sido suavizado para adaptarse a la mentalidad moderna. Todos desean buena salud, mas nadie desea seguir una dieta ni prescindir de cosas malas para el organismo. Análogamente muchos sienten una vaga aspiración hacia el bien sin querer complementarla con el sacrificio. Las decenas de millares de hombres que el año pasado quisieron prescindir de fumar y a las veinticuatro horas vieron su resolución disiparse en humo, pueden testificar lo poco que la mente moderna está preparada para cualquier género de sacrificio verdadero o de abnegación.

No es muy fácil dar un “no” a uno mismo, y por eso muchos filósofos han construido una filosofía fundada en otorgar un “sí” a todo impulso y deseo, dignificándolo con la expresión de que es “una manifestación del yo”. Queda en pie el hecho de que cualquier progreso serio en todos los caminos de la vida exige cierta restricción. El médico, el abogado, el atleta, el artista, el cantante, el hombre de negocios, han de aprender a “despreciar los deleites y vivir laboriosos días” si han de alcanzar sus ideales. El perito en lenguas orientales o en la teología no pueda ser a la vez campeón de tenis. En todos los aspectos de la vida algo ha de sacrificarse si algo se ha de ganar, porque la mente se desarrolla a expensas del cuerpo y el cuerpo a expensas de la mente.

La religión comienza por anunciar la vacuidad del yo. El espíritu no penetra en el alma hasta que el *ego* cuelgue un cartel sobre sí diciendo: “Libre de inquilinos”. El yo, o parte individualista y ególatra de la existencia, ha de quebrarse como la cáscara de un huevo antes de dar nacimiento a la personalidad que en su principio es tan desvalida como un polluelo recién salido del cascarón. Y como el *ego* no quiere domarse ni disciplinarse, se lisonjea a sí mismo diciendo que la mortificación vale por la destrucción de la personalidad, con lo que se prepara su propio estancamiento.

Para acercarse a Dios hay que desapegarse de ciertas cosas, como el que un marido se acerque íntimamente a su mujer exige desapegarse de las otras. Dijo Santo Tomás de Aquino: “Cuanto más se adhiere el corazón humano a una cosa, más se aparta de las otras”. El corazón humano es co-

mo un río que pierde profundidad cuando dirige las aguas de su afecto por muchos cauces. Un verdadero patriota no puede servir a varios países y un verdadero religioso no puede servir a Dios y a Mammón. Por eso indicó Nuestro Señor: “Toma tu cruz y sígueme”. Obsérvese primero que la cruz es personal. La mayoría de nosotros estamos dispuestos a tomar nuestra cruz o las cruces obligadas por la costumbre y que creemos adecuadas a nuestros hombros, pero hay pocos que, como el Salvador, se apresten a tomar la cruz que se les entregue.

Lo que nos ofende son las pruebas impuestas por los ajenos, como son sus injusticias, sus palabras duras, su aparente designio de apuñalarnos por la espalda y sus otras maneras de molestar. Con todo, eso debe ser considerado como la diaria cruz del hombre verdaderamente religioso. Mucha de la fatiga de la vida espiritual se debe a la constante necesidad de hacer frente a las necesidades ajenas y a la interminable lucha contra nuestras inclinaciones bajas. Cuando vemos personas que nos ponen nerviosos, nos preguntamos si es porque se interponen entre nuestros fines, modos y deseos. En este caso nuestra voluntad aumenta el peso de la cruz.

Principia luego la tarea de aceptar a esa gente como una penitencia y nuestra paciencia y perdón han de poner el amor donde no lo encuentran. Mucha gente, en la iglesia, se sientan en lugar preferente los domingos y se ofenden si alguien les ruega cambien de sitio. Acuden a arrodillarse ante la cruz, pero no toleran molestias de nadie. Muchos hay que cantan sin convicción el himno:

*Todo el reino de mi naturaleza
ofrenda es, más demasiado corta.*

Los que cantan eso, sólo depositan un níquel cuando se pasa la bandeja de los óbolos. La religión sólo es popular cuando deja de ser verdaderamente religiosa. La religión, por su misma naturaleza, es impopular, al menos ante el *ego*.

Guerras y rumores de guerras

Hay en el mundo dos grandes males, que son el pecado y el sufrimiento. El pecado es moral y el sufrimiento es físico. El último es un resultado del primero. Las penas corporales del hombre, si son naturales en forma de ciclones, terremotos e inundaciones, constituyen en último resultado un eco, repercusión y efecto de lo que ya ha ocurrido en el universo moral. Cuando la rueda principal de una máquina se descompone, las ruedas secundarias no funcionan debidamente. Cuando el hombre elimina el pecado, elimina el sufrimiento. Si ama a Dios, cesa de odiar a sus semejantes y probablemente entablará pocas guerras.

Cuanta más moralidad, decencia y virtud haya en el género humano, más paz habrá en el mundo. Las guerras son consecuencia de una rebelión moral. Las Escrituras llegan a afirmar que la guerra es el resultado de la egolatría exagerada. Cuando la civilización abarca millones de hombres y mujeres que están en guerra consigo mismos, no puede pasar mucho tiempo antes que las comunidades, las clases, los estados y las naciones entren en guerra. Toda guerra mundial es un turbulento océano formado por los ríos afluyentes de millones de guerras menudas que existen en las mentes y en los corazones de la gente que no se siente feliz. La guerra es el final lógico de la voluntad de cada uno de nosotros.

La guerra no es necesaria, pero a veces se convierte en un mal inseparable de todo el mundo que olvide la supremacía del espíritu. Nietzsche, tras proclamar la muerte de Dios en el siglo pasado, profetizó que el nuestro sería una centuria de guerras. Existe una posible conexión entre la importancia que se da a la política y a la frecuencia de las guerras. En cualquier época de la historia en que la política haya sido el principal interés, la guerra ha sido su principal consecuencia. Esto no significa que suscribamos la opinión de Karl von Clausewitz, que creía que la guerra era el medio de continuar la política por otros sistemas. Pero sí significa que, cuando la política apoya en gran escala el pragmatismo y lo práctico, la dedicación a la verdad y a la moral queda reducida a la mínima expresión. Siendo, sin embargo, esto último esencial para la paz, la guerra, si ello falta, se convierte en una posibilidad seria. Cuando la gente está interesada en mantener la familia, cultivar las virtudes y procurar la salvación de su al-

ma, suele actuar como una balanza que equilibra el ansia de poder de la política. Mas cuando estado y pueblo dan supremacía a la política, la influencia estabilizador a de la sociedad se pierde y surgen la lucha civil, la discordia y la guerra.

Mucha verdad hay en la tesis de Pitirim Sorokin respecto a que cuanto más adelanta la civilización en el sentido moderno de la palabra, más aumentan las guerras. Siempre ha habido más guerras que paz. Desde 1496 antes de Cristo al 1861 de la Era cristiana —3358 años—, sólo han existido doscientos veintiocho años de paz y tres mil ciento treinta años de guerra, lo que equivale a trece años de guerra por cada uno de paz. En los últimos tres siglos ha habido doscientas ochenta y seis guerras en Europa.

Desde el 1500 antes de Cristo hasta 1860 se firmaron ocho mil tratados de paz que tendían a ser obligatorios para siempre. La duración media de cada tratado fue de dos años. Puede decirse que ni un solo año ha dejado el mundo de asistir a una guerra en uno u otro país. Otros dos análisis han revelado que desde el año 1100 Inglaterra ha pasado la mitad de su historia guerreando, Francia casi lo mismo y Rusia tres cuartas partes de su historia.

Nuestro mundo civilizado no halla fácil tragar la píldora de que se engañaban los falsos profetas del siglo pasado que predecían la evolución del hombre hasta llegar a ser Dios, y anunciaban el necesario progreso de la Humanidad hasta un punto donde no hubiera guerra, enfermedad y muerte. Y es el caso que ahora vivimos en un siglo de guerras. La Humanidad tiene que admitir que hay una mala tendencia en el hombre, y esa tendencia, si no la dominan la moral y la gracia, se desarrollará más rápidamente que la llamada evolución. Nuestras opiniones sobre el hombre han sido equivocadas. Al negar la posibilidad del pecado y la culpa, negamos la existencia de la perversidad íntima que nos hace la guerra. No todos los hombres se someterán a esta regeneración moral a través de la autodisciplina, pero los pocos que lo hagan serán los que pesen en el mundo.

No han de cambiar primero la política ni la economía, sino el hombre. Hemos de atajar las guerras internas. Para rehacer el mundo hay que rehacer al hombre. La condición precisa para alcanzar tiempos más pacíficos es que el ser humano vuelva a Dios.

Cultura

Orgullo y humildad

El hombre puede creer que se eleva sobre sus semejantes y sentirse superior a ellos en dos formas: por su sabiduría o por su poder, es decir, alabándose de lo que conoce, o usando dinero e influencia para alcanzar la supremacía. Tales formas de conducta siempre nacen del orgullo.

El orgullo de la primera clase, que es el orgullo intelectual, cambia de expresión según la moda de la época. En ciertos períodos de la Historia (cuando los ídolos públicos eran los hombres cultos y estimados por su intelectualidad) los soberbios pretendían poseer vastos conocimientos que realmente no eran suyos. Eran comunes los defraudadores intelectuales. Los que siempre desean parecer más que ser, pueden ser aplaudidos en su tiempo, fingiendo una intelectualidad que no les corresponde.

Esos defraudadores intelectuales son menos comunes hoy, porque nuestra sociedad no recompensa a los cultos con suficiente publicidad ni esplendor. Por ello, los mentecatos imitadores no ganan nada con fingirse intelectuales. Quedan trazas de esos elementos antiguos en ciertos círculos intelectuales donde se pregunta si uno ha leído tal libro o tal otro como prueba de si uno está culturalmente bien situado.

Hoy la forma más común del orgullo intelectual es negativa. El orgulloso no se exalta a sí mismo, pero procura humillar a los otros y así cumple al fin el mismo objetivo, que es el de encontrarse superior a sus compañeros. El cínico y el burlón constituyen ejemplos comunes del orgullo moderno. No fingen compartir la sabiduría de los cultos y se limitan a decirnos que lo que los sabios saben es falso, que las grandes disciplinas de la mente son un compuesto de absurdos pasados de moda, y que nada merece aprenderse porque todo es anticuado. El ignorante, al jactarse de su ignorancia, procura hacerse pasar por superior a los que saben más que él y da por hecho que conoce lo que ellos no, añadiendo que el estudio sólo sirve para perder el tiempo.

El ególatra de este tipo, que desprecia la ajena sabiduría, incurre en tanta culpa de orgullo como el seudointelectual a la antigua, que fingía una sabiduría que no se había molestado en adquirir.

Los dos errores, el viejo y el nuevo, serían más raros si la educación insistiera más que lo hace en la receptividad. El niño se humilla ante los

hechos y se sume en admiración de lo que ve. El maduro, muy a menudo, pregunta acerca de todo: “¿Cómo usaré esto para extender mi *ego*, para distinguirme entre todos y para hacer que la gente me admire más?”. La ambición de usar el conocimiento para nuestros fines egoístas elimina la humildad necesaria en nosotros antes de aprender nada.

La soberbia intelectual destruye nuestra cultura y coloca una nube de egolatría ante nuestros ojos, lo que nos impide gozar de la vida que nos rodea. Cuando estamos ocupados en nosotros mismos no prestamos plena atención a las cosas o personas que cruzan nuestro camino, por lo cual no conseguimos en ninguna experiencia el regocijo que nos pudiera dar. El niño pequeño sabe que lo es y acepta el hecho sin fingir ser grande, por lo que su mundo es un mundo de maravilla. Para todo chiquillo pequeño, su padre es un gigante.

La capacidad de maravillarse ha sido extinguida en muchas universidades. El hombre empieza interesándose en si es el primero o el último de la clase, o en si figura entre los medianos y pretende elevarse o no. Ese interés en sí propio y en la calibración moral que tiene, envenena la vida de los orgullosos, porque pensar demasiado en uno mismo es siempre una forma de la soberbia.

El deseo de aprender, de cambiar y de crecer es una cualidad propia de quien se olvida a sí mismo y es realmente humilde.

El orgullo y el exhibicionismo nos imposibilitan el aprender, y hasta nos impiden enseñar lo que sabemos. Sólo el ánimo que se humilla ante la verdad desea transmitir su sabiduría a Otras mentalidades. El mundo nunca ha conocido educador más humilde que Dios mismo, que enseñaba con parábolas sencillas y ejemplos comunes que se referían a ovejas, cabras y lirios del campo, sin olvidar los remiendos de las ropas gastadas ni el vino de las botas nuevas.

El orgullo es como un perro guardián de la mente, que aleja la prudencia y la alegría de la vida. El orgullo puede reducir todo el vasto universo a la dimensión de un solo yo restringido a sí mismo y que no desea expandirse.

Lo que nos estorba el mal

De cada diecisiete personas en los Estados Unidos, una padece alguna dolencia mental. De cada dos lechos de hospital, uno está ocupado por un enfermo del cerebro. Los colegiales de Nueva York, en un diez por ciento, fueron recientemente calificados como emocionalmente inestables. Hace menos de treinta años que H. G. Wells y otros, en su falso optimismo, nos decían que en breve seríamos como dioses y que la felicidad crecería con la prosperidad económica. Por el momento la religión se consideraba una especie de ambulancia que atendía a los enfermos hasta que lo hiciera el progreso científico. Pero hoy la bestia que evolucionaba hacia llegar a ser un dios ha retrocedido de pronto antes de haber llegado a hombre completo.

Un personaje de una novela de Jorge Bernanos pregunta: “¿Crees en el infierno, Pernichon?”. La respuesta es: “No necesito ir a él, porque mi casa es un infierno”. El infierno; que antes considerábamos como situado muy abajo, está ahora en el corazón del hombre. Quien en días más razonables confesaba sus defectos, admitía su culpa personal y procuraba rectificarlos, hoy es inducido a que regurgite la podredumbre que tiene dentro. Un análisis de las aguas estancadas del subconsciente parece prometer una cura, pero eso, en la mayoría de los casos, tanto salva al hombre como un análisis de las aguas que invaden un buque a punto de naufragar pueden impedir su hundimiento. El antiguo principio de la catarsis del mal se ha convertido en una curiosidad en que las mentes se deleitan a la manera del perro descrito en la Sagrada Escritura, que buscaba lo que había vomitado.

¿Por qué existe tanto interés por el crimen? ¿Cómo explicarlo psicológicamente? Es un hecho que en un año se cometen más crímenes en la televisión que en seis grandes ciudades de los Estados Unidos. En las emisiones de televisión dedicadas a los niños se ve un acto de violencia o una amenaza cada tres minutos y medio. Al fin, desde luego, la policía captura al criminal, para dejar bien a la justicia. Sería necio mostrar una cándida sorpresa ante la cantidad de mal que hay en el mundo. Ese gran interés por el crimen indica una cosa nueva: lo que nos estorba el mal. Añádase el hecho psicológico de que el mal se concreta en alguien. Al impersonalizarlo, haciéndolo social y no individual, la conciencia se tranquiliza, al menos

por el momento. Los chinos dicen en un proverbio: “Me juzgaba infortunado por falta de zapatos hasta que vi un hombre que no tenía pies”. Examinando los crímenes ajenos, llegamos a pensar que por comparación no debemos ser malos, sino incluso hasta virtuosos.

El hombre moderno está desnudo porque falsos profetas le han dicho que sus viejas vestiduras morales estaban atrasadas. Ahora ninguno de los nuevos trajes que se ponen cubren su desnudez, e incluso le molestan considerablemente. Como Dorothy Sayers indica, la preocupación de los males políticos ha cegado a los hombres respecto a los mayores pecados de la soberbia espiritual y la tosquedad intelectual. Pero que el mal dañe tanto, no debe desesperarnos. Las mentalidades sanas ven claramente las consecuencias. Según crece nuestra inestabilidad, más claro advertiremos que si la psiquiatría es la absoluta y final respuesta al problema del mal —lo que ningún buen psiquiatra mantendrá jamás—, ningún enfermo de la mente debería ser anormal, sino que debería vivir en la civilización de los santos de otros días, y ser su factor más estabilizador. Podemos ver también que las malas condiciones económicas no son la causa del mal, porque, si no, ningún rico debería ser cruel. La licencia sexual no debe considerarse como un remedio, porque, de ser así, ningún hombre irreprimible sería tiránico ni constituiría un problema social.

Dentro de poco tiempo veremos que la fuente del mal está en el corazón de los hombres. Cuando empecemos a purgar nuestros errores y pidamos a Dios perdón, retornará nuestra salud mental.

Cómo entrar en uno mismo

La mayoría de los hombres conocen a sus vecinos mejor que a sí mismos. Podemos enumerar todas sus faltas, hablar de todos sus escándalos y añadir, prudentemente, unos cuantos más, pero difícilmente reconocemos una sola falta nuestra. Sin embargo, el hombre es la única criatura del universo que puede mirarse como en un espejo, examinarse a sí mismo, juzgar de sus móviles, ver sus faltas y sus buenos hechos y sentirse complacido o enojado con su personalidad a la luz de su conciencia.

La mayoría de nosotros no queremos mirar nuestro interior por la misma razón que a veces tardamos en abrir una carta por si trae malas noticias. Algunos huyen de su conciencia eliminándola con el alcoholismo o las drogas, y otros usan la dudosa técnica de dar a las cosas nombres equivocados, como el de oscuridad a la luz, dulce a lo amargo y amargo a lo dulce. Así quieren escapar de la eterna distinción entre lo acertado y lo erróneo. Quien habla del mal con adecuadas palabras, le quita la mitad de su seducción. El sexo atrae menos cuando se llama lujuria, el pensar en lo futuro parece vicioso si lo denominamos avaricia, y el afirmar la propia personalidad pierde su esplendor si lo llamamos egolatría.

El gran historiador griego Lecky dice que el mejor signo de la completa degradación es que los hombres ha bien de los vicios como si fueran virtudes y de las virtudes como si fueran vicios. Añade: “Así se altera el significado usual de las palabras respecto a las acciones. Los hombres no se sorprenden mirando hechos infames. El pecado del mundo y su corrupción moral infestan el aire. Los hombres se sienten desnudos y no se avergüenzan, no porque sean inocentes, sino porque no los asalta ninguna sensación de culpa”.

En nuestros días, cuando algunos politices prostituyen los cargos públicos o se alían con las fuerzas del mal, lo justifican diciendo que no hacen nada contra la ley. Para ellos no hay más ley que la civil y la interpretación individual que le dan, y nunca piensan en la ley moral ni en los diez mandamientos. Incluso hombres que en su vida personal son morales, aprobarán lo que haga su partido, aunque sea manifiestamente deshonesto o inmoral. Por tal obediencia a las trivialidades de partido el número de

verdaderos patriotas que ocupan cargos públicos declina continuamente, dejando a los auténticos patriotas los campos de batalla.

Tal parálisis de la conciencia alcanza su última etapa mental cuando la justicia y la virtud son aborrecibles para la conciencia depravada como el agua pura lo es para el beodo. Sobreviene en esta mentalidad lo que dijo el satírico romano: «*Virtutem videant, intabescantque relictæ*». “Veamos y busquemos la virtud, que hasta ahora no está a nuestro alcance”. No hay peor condición mental que la de olvidar el cielo de que caímos, porque entonces perderemos todas nuestras aspiraciones a la conversión.

Eso despertar moral es el mismo para todos los hombres, como lo fue fie para el hijo pródigo cuando “entró sí mismo”. La mayoría no consideran el estado de su conciencia hasta que vuelven a su interior mediante el derrumbamiento de cuanto les rodea. Así como la pobreza, el hambre y la destrucción hicieron al pródigo volver a sí mismo, es posible que sea necesaria una gran catástrofe para producir una regeneración espiritual

Las primeras llamadas de una conciencia encuentran generalmente resistencia y rebelión. Quien odia a la religión, lo hace porque hay mal en su vida. Al empezar a despertar la conciencia, su rebeldía se toma más aguda. El hombre se convierte moralmente en un Laocoonte que sufre toda la vida un martirio debido a la picadura de la serpiente de su culpabilidad, que yace en el fondo de su conciencia. Cuando azota el remordimiento, el viejo *ego* se enloquece y se vuelve más violento que antes. Las iras y los odios del prójimo se multiplican con una proyección o un disfrazado odio de uno mismo, y el alma se siente abrumada, sin que nada pueda aliviarla. Mas todos estos violentos arranques contra la virtud no son nada más que la condensación de oscuras y amenazadoras nubes que algún día se disolverán en chubascos.

Quienes deben dar consejos a otros, nunca deben tomar demasiado en serio la aparente cólera contra el bien y la moral. Todo ello puede ser como la mortaja de la individualidad antigua de la que puede levantarse el hombre nuevo, que realmente no odia el bien, sino a sí mismo. No lo admitirá porque se lo impide su orgullo, hasta que al fin su desazón e ímpetu le hacen caer de rodillas pidiendo luz y perdón. Cuando comience a censurarse a sí mismo y no a las condiciones económicas, ni a sus compañeros, ni a su abuela, ni a sus glándulas descompuestas, encontrará las llaves de la felicidad. Había algo más que fábula en la antigua mitología que habla de la caja de Pandora, receptáculo de males sólo tolerable porque había esperanza en su fondo. El hombre moderno no se acerca a Dios partiendo de la bondad del mundo, sino del mal que hay en su corazón.

Lectura

Hace algunos años, los libros no novelescos sobrepasaron en venta a las novelas. Ésta es una afortunada tendencia en nuestra civilización contemporánea, porque el lector de un libro serio ha de mantener su mente activa, en tanto que el lector de novelas puede ser pasivo y aceptar, tal como se desarrollan, los hechos y pensamientos de los protagonistas. Es interesante comparar las revistas de libros en el suplemento literario del *Times* de Londres con las revistas de libros de muchos otros periódicos importantes. Hemos contado las novelas mencionadas en la crítica literaria de un periódico norteamericano y encontrado que se citaban veinticinco en una sola edición. En cambio, sólo se mencionaban trece libros serios. Volviendo al suplemento literario del *Times* londinense, hallamos la mención de nueve novelas contra cuarenta obras de otra clase. La novela, con todo, tiene su valor, y a veces plantea un problema económico o moral mucho más concretamente que los abstractos escritos que no tratan de ficción.

Cada uno puede atenerse a sus preferencias, pero es evidente que, para desarrollar bien la mentalidad, no basta la lectura si ésta no es seria e inteligente. Un rey polaco del siglo XVIII, hablando de los que leían mucho y digerían muy poco, reflexionaba: “Un imbécil que haya leído mucho es el más pestilente de los zopencos. Su falsa cultura es como un mayal que no supiera manejar y con el que podría romper las espinillas de su vecino y también las propias”. El estómago puede padecer indigestiones y la mente también. Si se vierten en ella demasiadas ideas y los jugos del intelecto no bastan para absorberlas, la consecuencia es un estreñimiento literario. Milton dijo que uno puede ser “muy versado en los libros y a la vez muy superficial”.

No hace mucho hablábamos de un joven colegial que se envanecía de sus muchas lecturas y decía, que Freud había desarrollado la idea del sentimiento de inferioridad. Se le sugirió que podía confundir a Freud con Adler y contestó: “Me hace mucha gracia lo que dice, porque he estado en Viena, que es donde vivía Freud”. Muchos creen haber leído más de lo que en realidad leyeron. Pocos hombres que hayan pasado por el colegio dejan de vivir en la falsa creencia de que han leído el “Origen de las Especies”, de Darwin, o “La Reina Hada”, de Spencer. Se ha dicho que algunos gran-

des genios del pasado no leyeron ni la mitad que los genios mediocres de hoy, pero comprendían lo que leían y lo incorporaban a una profunda dimensión del conocimiento.

Hay un mundo de diferencia entre una mente que posee diez mil fragmentos de información no relacionada, y una mente que es como un organismo en que cada hecho o verdad se relaciona funcionalmente con todas las otras verdades, lo mismo que el corazón se relaciona con las piernas y los brazos. El más sabio de los hombres puede leer una filosofía de la vida como devora una filosofía de la salud. La bazofia mental debe ser tan escrupulosamente evitada por los ojos del lector como la otra bazofia por los labios. En cambio, ciertas lecturas severas, como las de las obras de Platón, Santo Tormas y Toynbee, entran como hierro en la sangre y el cerebro, dándoles fuerza y consistencia.

La facilidad con que hoy podemos procurarnos lecturas contribuye a fomentar los gustos inferiores. Los que buscaban filosofía en los días de Aristóteles, poesía en los de Dante, metafísica en los de Abelardo y ciencia sagrada cuando los monasterios encerraban todos los tesoros de la sabiduría, no ahorran esfuerzo alguno para absorber cultura. Pero hoy, con lectura accesible y fácil en todos los establecimientos y en todas las esquinas, la discriminación ha decrecido en razón directa de la facilidad de hallar lecturas.

Tras algún tiempo, la lectura inútil debilita la mente más que la refuerza y se convierte en una excusa para adormecer el cerebro. Los pensamientos se vierten sobre ella como la crema de chocolate sobre un helado. La mente se torna como un reloj de arena por el que pasan las ideas como menudos granos, sin dejar nada. El hombre moderno tiene más tiempo libre que el de hace un siglo, pero sabe menos lo que hacer con él. Nuestra educación acierta al prepararnos para ganar la vida. Pero la educación no debe olvidar que, si el hombre tiene más horas de ocio que de trabajo, ha de enseñársele a emplear ese descanso. Dad a un hombre el gusto de lo intelectual, lo espiritual y lo moral y le habréis hecho feliz. Ya lo dijo un poeta latino: *“Emollit mores, nec sinit esse feros”*. La lectura mejora la conducta de los hombres y les impide obrar como si fuesen bárbaros.

La bondad en otros

De tres diferentes modos podemos juzgar al prójimo: con nuestras pasiones, nuestra razón o nuestra fe. Nuestras pasiones nos inducen a amar a quienes nos aman; nuestra razón nos hace amar a todos dentro de ciertos límites; y nuestra fe nos hace amar incluso a los que nos dañan y son nuestros enemigos. El mayor drama de la vida se produce cuando otra persona se engaña sobre nuestro punto de vista. Casi todas las disputas se fundan en una mutua incomprensión. Cada uno de nosotros es realmente un libro abierto, pero algunos de los que nos conocen no ven bien el libro. Solemos hablar con gran simpatía de los que nos leen bien y nos comprenden y con cierta desconfianza de los que no están en el mismo caso.

Quizá nadie nos entienda mejor que los santos, no sólo porque su debilidad propia les hizo rectificar el mal juicio que podían tener de nosotros, sino también porque nos consideran como almas valiosas ante Dios. San Francisco de Sales solía decir: “Bellas son las almas de los pecadores”. No amaba sus pecados, mas sí sus almas. El cura de Ars solía andar a lo largo de dos o tres manzanas de casas junto a su iglesia rural, donde había una prolongada línea de penitentes esperando verle. Escogía a los mayores pecadores y les dedicaba la mayor simpatía. El hombre conturbado nunca pide consejo a quien no reza o no ha pasado a través de muchos sufrimientos.

En la mayoría de la gente hay más bondad de la que se evidencia. Bajo la arcilla de todos los humanos se encuentra oro. Cuando la pecadora entró en casa de Simón, él siguió considerándola pecadora incluso después de verla arrepentirse. Así no le ofrecía probabilidad alguna de cambiar. No es extraño que el Divino Salvador dijese a Simón: “¿Has visto a esa mujer?”. Mas Simón no la veía sino tal como pensaba de ella. Creía conocer todos los hechos, pero, como un profesor del Colegio de Francia dijo a sus discípulos: “Buscad sobre todo los hechos, mas recordad que los hechos pueden equivocarnos”. Quería decir que a menudo se sacan de los hechos falsas conclusiones, sobre todo acerca de las personas.

Los buenos no lo son en todo, ni tampoco los malos yerran siempre. Se ha dicho: “Hay mucho bueno en el peor de nosotros y mucho malo en el mejor”. Esto nos prohíbe hablar mal de nuestro prójimo. A menudo lle-

vamos nuestras faltas hasta el extremo de poner nuestros defectos a la espalda y los del vecino delante, como en un cesto abierto. La separación de las gentes en ovejas y cabras, sólo se producirá el postrero día. Hasta entonces se nos prohíbe hacer clasificaciones. Es muy verosímil que haya numerosas sorpresas en los cielos. Habrá allí muchos a quienes no esperábamos encontrar y no hallaremos a otros que creíamos buenos. Probablemente nos pasmará encontrarnos allí.

Nuestro Señor dijo: “No juzgues, y no serás juzgado”. Por el mero hecho de juzgar a alguien nos juzgamos nosotros mismos. ¿Cómo hay mujeres que saben que otras son deshonestas si ellas no experimentan el sentimiento de la deshonestidad? Hablar mal de otro indica que se envidia lo que tiene. Algunos piensan que las buenas cualidades ajenas les han sido quitadas a ellos. La envidia es el tributo que la mediocridad paga al genio.

Un grupo de muchachas elogiaba los hoyuelos de las mejillas de una. Otra dijo con desprecio: “Lo que tiene es debilidad en los músculos faciales”. Pensaba que elogiar a una tercera equivalía a condenarla a ella.

Es una buena regla juzgar al prójimo en sus momentos mejores, y no en los malos, y no considerarle mal pianista porque dé una nota falsa en toda una noche. Preferible es atenerse a las notas en que acierta. Nada nos anima tanto a considerar bien a nuestros semejantes como la advertencia divina de que, según juzguemos, seremos juzgados. Se recoge lo que se siembra. La mayoría de las gentes piden del prójimo mucho más que Dios. Dios es más misericordioso con quienes se burlan de Él que los hombres con los dioses que crean. Cuando David pecó, Dios le dio opción de ser castigado por Él o por el hombre. David eligió a Dios como más compasivo.

Él justo impulso hacia la superioridad

El juicio más común que hoy nos merece el prójimo es el de afirmar que padece un sentimiento de inferioridad. Más exacto sería hablar de los que por su complejidad y pretensiones muestran una injusta tendencia hacia la superioridad. Conviene recordar, incluso en este caso, que hay una superioridad justa y otra que no lo es. La errónea tiende al dominio, el orgullo, la jactancia, el egoísmo, el capricho y la crueldad. La superioridad acertada es la que nos inclina a la perfección en el orden moral. Nuestro Bendito Señor indicó que no debíamos darnos por satisfechos con menos que con la perfección: “Sed tan perfectos como vuestro Padre Celestial lo es”. Eso no significa que podamos alcanzar tanta perfección como Dios, pero sí ser perfectos al estilo divino dentro de lo humano. Es notable que no se nos mande imitar a otro que a Dios. El Divino Señor no produce un carácter, sino que ayuda a mejorarlo. No considera gran virtud amar a los que nos aman. En tal caso pregunta: “¿Qué derecho tienes a la recompensa? ¿No hacen los públicos lo mismo?”. La virtud, para Él, no es democrática, sino aristocrática, puesto que nos eleva sobre el nivel de la masa. Ni tampoco constituye un acertado intermedio entre lo bueno y lo malo. La envidia de la virtud no radica en el número de los que la practican, sino en sus principios. Hacer lo que todos, puede determinar las prácticas democráticas, pero no es carácter ni virtud. Hacer más que otros equivale a la prueba del agua regia. Quien cree hacer bastante, no hace nada. La irregularidad de una bondad ingénita, la observancia del decoro común, la generosidad y el general desarrollo a que nos impulsa la naturaleza constituyen la perfección del hombre, no la de Dios. Apenas hay hombres que, si hablan con sinceridad, no reclamen alguna distinción moral, puesto que pagan sus impuestos, ayudan a los pobres y toleran las ajenas opiniones. Pero, aun así, puede la superioridad divina preguntarnos: “¿Qué haces más que los otros?”.

Es hoy común identificar al cristiano con el caballero o con un buen hombre. Debemos tender, desde luego, a un mundo en el que haya tanta buena gente como sea posible, en el que se cedan los asientos a las mujeres en el Metropolitano, en el que se auxilie a los ancianos a cruzar las calles y en el que se sea amable con los sordos. Mas no por ser así hemos de juz-

garnos cristianos. Un profesor de Filosofía de Cambridge dijo hace poco en un discurso por radio: “Mucha gente contenta de su bondad y amabilidad, y que no mira más allá, se aparta de Dios y puede estar tan necesitada de salvación como nuestro miserable mundo y hasta ser más difícil de salvar”.

La superioridad que buscan los hombres de hogaño suele ser económica o social, no espiritual ni moral. Cuando se oye hablar de quienes, superando el nivel de las masas, se consagran a la perfección espiritual, existe la tendencia a decir:

1. Eso no es más que una evasión.
2. Los que fingen ver algo en eso son afectados.
3. Aborrezco esa afectación.

La razón última de ese odio es que tal vez esas gentes que criticamos posean algo que nos falta.

Ninguna persona se expresa adecuadamente ateniéndose al nivel medio. El hombre común lo es también desde un punto de vista moral. Quien sólo aspira a ser igual que todos, se condena a sí mismo al fracaso. El desarrollo de la personalidad espiritual exige superar a los otros aun a despecho de la moral convencional. Nuestro Señor dice: “Si alguien te pide que recorras por él una milla, acompáñale dos”. La flaqueza de nuestra edad consiste en la falta de grandes hombres. Es difícil oponerse a la corriente. Algunos sienten la necesidad de apartarse de la ruta ordinaria de los políticos para salvar la política, y los economistas han de apartarse de los tópicos capitalistas y sindicales para salvar la economía. En otras palabras: necesitamos santos. No son fáciles de hacer. En primer lugar, los hombres no buscan siempre lo mejor, puesto que eso exige sacrificar lo ordinario y disciplinar la parte baja del ser. Dios puede encontrar difícil dar, porque sólo da lo mejor, que es la perfección moral, cosa que pocos desean. San Agustín dijo en un momento de su vida: “Quiero ser bueno, Señor... No ahora, sino más adelante”.

Edad

Según la ciencia médica aumenta la duración de la vida, crece el problema de la vejez. Hoy la vida tiene un promedio de 61 años en Francia, 65 en Suecia, 68 en los Países Bajos, 64 en los Estados Unidos y 27 en la India.

Cicerón, al escribir sobre la ancianidad, enumeraba varias de sus ventajas. Horacio hablaba de los viejos como “alabadores de las cosas pasadas”. San Pedro, en su sermón de Pentecostés, dice que “los jóvenes ven visiones y los viejos sueñan sueños”. La esperanzada juventud se complace en las visiones de lo futuro y la retrospectiva vejez evoca pretéritas glorías. Nuestro Bendito Señor dijo a Pedro que la vejez restringe la libertad: “Y cuando seas viejo adelantarás las manos y otro te conducirá donde no quieras”.

Cada edad tiene sus compensaciones y también un vicio particular contra el que se ha de batallar. La mocedad ha de combatir contra los impulsos no dominados de la carne. Así como la basura está mal donde no debe haberla, la lascivia parece mal en la carne. En la madurez se ha de vigilar la pasión de la egolatría o desordenado apetito de poder. Entonces las ansias de la carne se trasladan al cerebro, se pasa del sexo al egoísmo y de la carnalidad al orgullo. En la tercera etapa de la vida la tendencia a la avaricia suplanta a las otras dos. El hombre deja de ser dominado desde dentro y es lo exterior lo que le atrae, es decir, el mundo, la riqueza y las posesiones. Consciente de que la vida pasa, el viejo busca seguridad para su ser perecedero, procurando llenar sus graneros hasta la misma noche en que el ángel acude a reclamar su alma. Cuando se siente nuestra dependencia de Dios y se tiene la conciencia de que esta vida nos es dada en depósito, así como se abriga la firme convicción de que lo que hacemos aquí determina nuestra eternidad, la vejez no acarrea disgusto o remordimiento, sino una alegría como la de Simeón. Donde la vida es huera surgen varios peligros, el primero de los cuales es el alcoholismo. Los médicos sé alarman ante el hecho de que los que han rebasado la madurez emboten a menudo con estimulantes lo poco de vida que aún les queda. La causa es con frecuencia moral y física. Es moral cuando se trata de ahogar una sensación de culpabilidad o se busca una evasión de la responsabilidad por el vacío de nues-

tras vidas. Es física cuando trata de suscitar nuevas fuerzas que compensen lo que sabe que se disipa, o se persigue un mundo ilusorio donde haya una falsa sensación de poder. San Pablo pensaba en esto cuando dijo: “Sean sobrios los hombres entrados en años”. La civilización moderna tiene poco respeto a los ancianos por la misma causa que no lo tiene hacia la tradición. Se ama lo antiguo, pero no a los anticuados. Los hombres de edad, empero, deben cultivar su memoria. No cabe pensar sin entrar en el almacén de nuestra memoria para recoger las piezas fundamentales del pensamiento, ni una civilización progresa sin la memoria, que es su tradición. Los antiguos rodeaban del mayor respeto a sus mayores. La palabra griega *presbus* no sólo se usaba para denominar al anciano, sino también a un importante y respetable embajador elegido por su experiencia. De ese vocablo no sólo dimanó el término *presbyter*, sacerdote, sino también *presbyope*, con que se designa al que ve de lejos mejor que de cerca, cualidad que suele asignarse a la vejez.

Los que tienen una filosofía de la vida, no se preocupan de la vejez. Nuestros últimos días deberían ser los mejores. La noche alaba al día; la última escena supera todo el acto; y la música reserva para el fin sus más dulces melodías. Simeón, al ver al niño Jesús, cantó: “Ya puedes despedir a tu siervo, ¡oh, Señor!”. Hablaba como un mercader que, habiendo embarcado todos sus géneros, se siente impaciente de que el capitán del buque se haga a la mar.

La ancianidad que usa esta vida para adquirir la otra, se siente contenta por fuera y por dentro. Su trabajo exterior consiste en diseminar la caridad usando la experiencia para ayudar al prójimo. Interiormente procura dar al alma una perfección lo mayor posible para llegar a Dios. El secreto de saber ser viejo se encierra en el consejo que un hombre de edad dio una vez a un joven; “Arrepiéntete en tu último día”. A la respuesta del joven; “¿Quién sabe cuándo va a llegar mi último día?”, el santo adujo: “Arrepiéntete hoy, porque puede llegar mañana”.

La importancia que nos damos

Un célebre retratista de fama mundial dijo una vez que no sabía de nadie que, al posar para un retrato, no hablase constantemente de sí mismo. Esto puede explicarse psicológicamente como un deseo del retratado de impresionar al artista con su grandeza para que el artista la traslade al lienzo. Más verosímil es, sin embargo, que una egolatría profundamente arraigada provoque automáticamente la alabanza propia. Esto se advierte en un vagón de ferrocarril lo mismo que en un taller de pintor. Acaso los ricos sean los jactanciosos mayores, y ello puede deberse a que, quizá inconscientemente, confundiendo el ser con el tener, piensan que porque poseen grandeza material les es necesario ser grandes. Esas personas soberbias están más sujetas al disgusto y la ansiedad que las que no lo son, porque cualquier prueba pequeña lesiona vivamente su piel, morbosamente sensitiva. Nada conduce tanto al egotismo, el orgullo, la sensación de ser importante y la fanfarronería como el creer que un sentimiento de inferioridad es siempre malo. Si el fracaso en el afán de dominarse, o el buscar los primeros asientos en una mesa, son síntomas de enfermedad psíquica, se entronizará en quienes lo crean un orgullo satánico. La depreciación de los esfuerzos ajenos, el vivir de sueños e ilusiones, la excesiva susceptibilidad a los insultos personales y la insensibilidad con los sentimientos ajenos se convierten en normas de la conducta cotidiana.

El ególatra, solo en su supuesta grandeza, vive en un mundo de mentiras, porque oír la verdad sobre sí mismo lastima la importancia que uno cree tener. Con razón se dice que la soberbia es la fuente de todos los males. El gran poeta dijo:

*Por ese pecado cayeron los ángeles.
Y el hombre, la imagen de su Creador,
¿qué ganancia espera viviendo orgulloso?*

En el vocabulario moderno se usa poco la frase “humildad”, virtud que regula la indebida estima que puede tener el hombre de sí mismo. La humildad no equivale a menospreciarse, porque un cantante de talento no negará que sabe cantar. La humildad consiste en la verdad de vemos tal como somos y no como creemos ser, ni como el público lo cree ni como

nos describe la publicidad. La bujía que se compara con la luciérnaga se precia de mayor luz, pero si se compara con el sol se ve un débil rayo. El artista debe juzgar la pintura por el modelo, y el acuñador su moneda por el prototipo. El hombre debe juzgarse por su Hacedor y por lo que quiso que fuera el hombre. El humilde no se siente abrumado por la censura o las ligerezas ajenas. Si sin querer ha dado motivo a ellas, rectifica su ligereza propia, y si no las merece las considera con menudencia. La humildad impide también dar un valor extravagante a las distinciones y honores. La alabanza desazona un tanto porque se sabe que todo talento es un don de Dios. Se acoge el elogio más como una ventana recibe la luz, que como una batería de acumuladores la corriente. El humilde puede ser un gran hombre, pero su virtuosidad le impide tener agentes de propaganda, tocar trompetas, desplegar banderas, caer en afectaciones y buscar la adulación. Quiere ayudar a su prójimo y eliminar las pretensiones propias, como los ángeles, que permanecen invisibles mientras nos acorren.

La humildad es el camino de la sabiduría. Ningún científico hubiera aprendido los secretos del átomo de haberse empeñado en convencer a los átomos de lo que deben ser. El conocimiento sólo se consigue con la humildad antes que el objeto inquirido nos diga la verdad sobre él.

Muchas mentes no aceptan la revelación ni la fe, porque su orgullo impide el aflujo de conocimientos nuevos. Sólo las mentalidades dóciles reciben nuevas verdades. La soberbia torna insolubles a los hombres, impidiendo la amalgamación con los demás. La humildad, por el contrario, merced a su receptividad básica de lo bueno de los otros, posibilita la alegría de la unión con Dios. Por eso Nuestro Divino Señor indicó que los profesores de universidad debían tornarse como los niños para entrar en el reino de los cielos, admitiendo, como pequeñuelos, que Dios sabe más que ellos.

El perdido ideal de la verdad

La sumisión es una de las más profundas necesidades del corazón humano. Tras siglo y medio de falso liberalismo en que se negó la verdad de todo y se sostuvo la teoría de que no importaba lo que se pensase, caímos, por reacción, en el totalitarismo. El mundo se ha cansado de su libertad como los niños de las escuelas progresivas se hastían de su licencia de hacer lo que se les antoja. Entonces buscan algún falso dios que los maneje evitándoles pensar y tomar iniciativas. El nazismo, el fascismo y el comunismo nacieron en el siglo xx como reacción contra el falso liberalismo. El egotismo siempre repudia la verdad que le desafía. Por bien que le vaya, nada le satisface, y de ahí que el ególatra lo critique todo. La testa coronada vive en desasosiego, no porque le fatigue la corona, sino porque está fatigado de sí mismo. Como puede hacer lo que se le antoje, esa vida sin límites ni restricciones le parece podrida y quieta como el agua de una charca. El río es más feliz que el agua estancada porque tiene cauces y orillas, mientras un pantano es un valle libre que perdió sus costas para hacerse liberal. Los únicos realmente libres de la esclavitud y de la carga de sí mismos son los que se atienen a una verdad. “La verdad te hará libre”, dijo Nuestro Divino Señor. Sólo el boxeador que conoce la verdad sobre el combate es libre de permanecer de pie; sólo el que conoce la verdad sobre ingeniería es libre de construir un puente resistente. El que ama la verdad vive en una eterna ley de rectitud y al someterse a ella goza de paz. La verdad no es cosa que inventemos, porque en tal caso es una mentira, sino que hemos de descubrirla, como el amor. En el gran libro que C. S. Lewis titula *Cartas Infernales* figura una correspondencia entre un demonio del infierno y un joven sobrino suyo de la tierra. El diablo joven quiere ganar almas para él hablando de la verdad del materialismo. El demonio de edad le reprende diciéndole que no debe hablar de la verdad, que es la palabra usada por Dios, el enemigo del infierno. Lo diabólico es confundir las mentalidades y dejar que ellas decidan si una cosa es liberal o reaccionaria, izquierdista o derechista, moderna o atrasada. Evidentemente, el diablo antiguo ha tenido mucho éxito entre políticos y gentes parecidas.

La verdad no cambia, pero se desarrolla. Dos y dos no eran cuatro en el siglo XIII y dieciséis en el XX, pero la aritmética evolucionó hasta la

geometría y la geometría hasta el cálculo. No es fácil descubrir la verdad, sobre todo cuando afecta a nuestras vidas. Hay dos clases de verdad: la especulativa y la práctica. La especulativa equivale a la verdad del conocimiento, es decir, lo concerniente a la filosofía, la mecánica, la física y la química. La verdad práctica se refiere a nuestras vidas y hechos en lo ético y en lo moral.

La primera clase de verdad es muy fácil de aceptar, como, por ejemplo, que Londres es la capital de Inglaterra. La razón se debe a que admitirla no implica un cambio en nuestra conducta ni establece diferencias prácticas en nuestra vida. Pero las verdades morales, como la pureza, la justicia, la caridad y la prudencia, no son fáciles de aceptar porque muchas veces imponen una revolución en nuestra conducta. Por eso los hombres aceptan más las objeciones contra un principio moral que contra una teoría científica. Nuestro Divino Señor aludió a la dificultad de aceptar las verdades prácticas cuando dijo: “No vendréis a Mí porque vuestras vidas son malas”.

La verdad es un sendero estrecho con abismos a entrambos lados. Fácil es derrumbarse por la izquierda o la derecha. Tan sencillo resultaba ser idealistas en el siglo xix como materialistas en el xx. Evitar ambos precipicios y seguir el estrecho sendero de la verdad es tan emocionante como una novela. La verdad es como los filones de metal en la tierra, que frecuentemente corren en vetas muy delgadas y no en capas continuas. Si la perdemos, puede costarnos millas de excavación volver a encontrarla. Los granos de verdad son como los de oro que encuentran los buscadores y que exigen largas búsquedas. Debemos separarlos del error con gran paciencia, quemarlos en las llamas del sacrificio para eliminar las impurezas y lavarlos en las aguas de la sinceridad. Nótese cuántas veces los hombres modernos en la vida pública se acusan unos a otros de embusteros. ¿Por qué no hablan nunca de la verdad? Quizá estudiaran en la misma escuela que Pilato y, tras preguntar por la verdad, volvieran la espalda. Para descubrir la verdad hace falta mucha vida y muy virtuosa.

Necesidad de la memoria

Las experiencias del pasado se registran en la memoria, que se remonta a millares de años. Cuanto más envejecemos, más recuerdos acumulamos. Los jóvenes miran lo por venir y los viejos lo pretérito. Lo presente nos produce cierta impaciencia, debida principalmente al anhelo de inmortalidad innato en el alma humana y a la busca de alegrías que no se marchiten y de tesoros que no se corrompan. Recordando los días de colegio, muchos lamentan no haber estudiado más o no haber prolongado sus estudios. Los americanos que van a París, tras un año de estudio de francés se sienten harto molestos al advertir que los perros y los caballos conocen el idioma de Francia mejor que ellos. El desquite usual consiste en hablar el inglés a los franceses, dándoles voces. Eso recuerda el caso de un predicador que se dejó en el púlpito una nota que el sacristán encontró la mañana de un domingo. Al sacristán le hizo gracia la nota, que decía al margen: “Argumento débil; ¡hay que gritar mucho!”.

En estos tiempos parece haber una conspiración contra la facultad de la memoria. Esa conspiración arranca, generalmente, de dos cosas: una pobre teoría educativa y una mala práctica médica. Hoy la educación tiende a prescindir de la memoria. El doctor Hutchins dice que el cincuenta por ciento de la población masculina de Chicago es, prácticamente, analfabeta, dando a entender que sabe leer, pero no explicar el significado de lo que ha leído. Casi toda la instrucción actual desdén la memoria. Este descuido se debe, en gran parte, al general repudiamiento de la tradición, la cual debía caracterizar todos los avances de la cultura. El hombre moderno huye del pasado, fundándose en el falso supuesto de que nada pensado o hecho antaño merece la pena de conservarse.

A los niños rara vez se les pide nada de memoria. Como resultado, la pronunciación y la ortografía son notoriamente débiles en la generación joven. Se dice a los estudiantes que conocer las cosas no es tan importante como saber dónde informarse de ellas. Lo malo de esta idea es que, en muchas ocasiones, surgen necesidades momentáneas. Sabe uno cuánto dinero tiene en el banco, mas ello vale de poco cuando urge adquirir un diario. Puede hallarse la salud en ciertos lugares, pero vale más poseerla al margen de los itinerarios de viaje. En generaciones anteriores los estudiantes

aprendían de memoria muchos soliloquios de Shakespeare, las grandes batallas de la Historia y los nombres de los reyes ingleses durante el florecimiento de la literatura británica. En cambio, el pragmatismo y el marxismo desdeñan la memoria de la raza humana, ora porque sólo buscan lo útil, ora porque consideran antirrevolucionario lo bueno de los tiempos idos.

Por no estar acostumbrados a aprender de memoria hechos o ideas, para los hombres modernos es ahora casi imposible hablar por radio o expresarse en la televisión sin leer notas. Todos recuerdan a aquel orador del Cuatro de Julio, que habló sin notas hasta que hubo de referirse a “Aquel de quien descenden nuestros derechos y libertades”. Entonces echó mano al bolsillo, consultó sus notas y añadió: “Dios Todopoderoso”.

Otro ataque a la memoria procede del pequeño grupo de médicos que creen que el modo de tratar la melancolía, los disgustos y los fracasos de la gente consiste en recetar tabletas soporíferas para impedir el recuerdo. Esto sólo disimula la parte ulcerada, mientras por dentro persisten la infección y la podredumbre.

La memoria es la autobiografía de nuestros hechos y aunque cubramos las páginas de pintura, permanece, indeleble, el recuerdo. Como los vestigios desagradables persisten, la solución no es derogarlos, sino afrontarlos. Como la memoria contiene los datos que nuestra conciencia juzga, se desprende que lo mejor para librarnos de lo malo es limpiarnos la conciencia. Así, lo que antes nos avergonzó, principia a ser nuestra gloria. Como las cosas más desagradables son las que más se recuerdan, ¿no es ésta una evidencia de la clemencia de Dios, que nos muestra una herida para que podamos llamarle médico de nuestras almas?

Discreción

Refrenar la lengua

Nuestra época es la más habladora de la historia, no sólo porque multiplicamos las palabras con la radio y la imprenta, sino también porque a pocos les gusta ser oyentes. Hasta se pide la opinión de los jóvenes antes que tengan tiempo para aprender principio alguno. Si uno se pone la cabeza entre las manos, para pensar algo, se le pregunta si tiene jaqueca. Si algo decimos, lo hacemos por revelación del corazón. La Escritura manifiesta: “De la abundancia del corazón habla la boca”. La psicología moderna ha empezado a descubrir que el corazón, antes o después, hace expresarse a la lengua. Con acierto decía Sócrates: “Habla para que te vea”. Cuando un médico quiere comprobar la salud de un enfermo, le hace sacar la lengua. Así como este miembro registra el estado físico, también registra el estado moral. Si hay una rata en el sótano, no dejará de hacerse sentir en todos los cuartos de la casa. Si hay en el corazón envidia, odio, maldad y resentimiento, pronto lo exteriorizará la lengua. La ciencia nos dice que las vibraciones de la palabra persisten a través de los siglos. Algunos han hablado de captar en el universo las grandes voces del pasado, incluso la palabra del Señor. La palabra hablada es como la flecha que se dispara. No se puede seguir su trayectoria, pero sus responsabilidades duran siempre. Los alpinistas aconsejan a los viajeros que, en ciertos lugares, no hablen a grandes voces para que las vibraciones de la palabra no desencadenen un alud. La palabra presurosa o intemperante y el cuchicheo malicioso han provocado en la historia grandes y frecuentes crisis que han sumido en la miseria a millares de seres.

Es interesante observar cómo en la historia la ley ha reconocido los peligros de una lengua desatada. En China, el que una mujer fuese demasiado charlatana se consideraba suficiente para repudiarla. Menú, el legislador hindú, escribió: “Todo lugar reservado para el asesino de un sacerdote, de una mujer o de un niño debe reservarse también para quien levante falso testimonio”. Augusto César dispuso que fuera condenado a muerte el autor de toda difamación. El arte oratorio se ha estudiado con gran competencia a partir de Aristóteles, pero pocos han pensado en la moral del discurso. El hombre moral que decide elegir una profesión seglar se acercará

con la mayor desconfianza a la de director de periódico, por la responsabilidad que implica. Un médico poco diestro puede matar un cuerpo, pero quien usa la palabra impresa para matar un alma, o privarla de un solo grano de la verdad divina, o introducir en ella un solo germen de mal, debe ser considerado culpable del mayor de los delitos.

Así como Cristo es la palabra encarnada, toda palabra que se pronuncia es el pensamiento encarnado. Como dice Hawthorne: “Nada es más difícil que predecir que las consecuencias latentes en las palabras que se pronuncian”.

Una palabra amable alienta el corazón desanimado y una palabra cruel puede abrir, para el prójimo, el camino de la tumba. No hay en el mundo suficientes defensores de la conveniencia de levantar el ánimo. Una gran tragedia es que mucha gente es odiada en la forma más enérgica de todas. En vez de tratar de ver lo peor en la gente, más felices seríamos si procuráramos buscar en ellos siquiera un solo punto bueno.

Un día, varios barrenderos hablaban de un compañero recién muerto y que tenía de bueno muy poco. Uno, buscando en el fondo de sus recuerdos algo favorable al difunto, dijo elogiándole: “Decid lo que queráis, pero barría bien las aceras”. En todo hay algo bueno si lo alambicamos debidamente.

Sensibilidad del inocente

La sociedad sólo puede subsistir ateniéndose a una medida de lo bueno y lo malo. Pero estas medidas pueden perderse. Antaño los hombres sabían por qué las cosas eran buenas o malas y daban razones para impedir que los miembros de la sociedad actuaran de determinada manera. Por curioso que parezca, nuestra edad ha olvidado esas razones. El bien y el mal dependen en gran parte del sentimiento. Incluso cuando se dice por qué algo es malo de por sí, como el asesinato, pocos parecen ser capaces de decir en qué radica ese mal. Así, la moral se reduce a algo tan personal como el gusto y la mente viene a ser como el estómago, prefiriendo lo bueno a lo malo como podría preferir escabeche a pepino. “Todo depende de nuestro punto de vista”. El antiguo historiador griego Tucídides, hablando de la lucha de clases en que su sociedad había degenerado, observaba: “El significado de las palabras dejó de tener la misma relación que antes con las cosas, y fue interpretado como cada uno creía idóneo. La atolondrada osadía se consideraba valor real; la prudente tardanza en las decisiones se atribuía a excusas de cobarde; la moderación se juzgaba disfraz de la debilidad y de la falta de virilidad y la energía frenética valía por la verdadera virtud de un hombre. Al conspirador que deseaba su seguridad se le desdeñaba y el amante de la violencia merecía siempre confianza, mientras su antagonista suscitaba sospechas”.

Los principios falsos que hay tras esta teoría sensorial del mal y del bien son muy evidentes. En primer lugar se supone que toda experiencia está hecha para nosotros solos, sea en lo sexual, lo político, lo social o lo económico.

Nada se hace para otros, a nuestro entender, porque no pensamos más que en nosotros. Si queremos juzgar de cualquier experimento nuestro, nos atenemos sólo a que sea agradable o desagradable a nuestro yo. Y se admite que es bueno si nos place. Como el placer, la emoción o la utilidad son nuestros únicos fundamentos de juicio, a más intensa emoción o más utilidad para el yo, mejor nos parece lo que hacemos.

En contraste con esta actitud reparemos en lo que podemos llamar sensibilidad de la inocencia, que no es igual que la ignorancia o el “no haber vivido”. Se trata de conocer lo bueno y lo verdadero por haber evita-

do lo falso y lo malo. El gramático, que conoce el buen estilo, es muy sensible a los errores al escribir o hablar; el médico es muy sensible a la enfermedad o las normas de la salud; el filósofo capta en seguida un falso proceso de razonamiento; el director de cualquier orquesta, por muchos músicos que tenga ante él, percibe la nota falsa en el más pequeño y menos importante de los instrumentos. En el orden moral, cuando la Divina Inocencia se sentó a la mesa con un traidor, dijo: “Uno de vosotros va a traicionarme”. La santidad observa en seguida cualquier mancha. La reacción instintiva de los niños buenos ante el mal no se debe a carencia de madurez racional, sino a su madurez en la inocencia. Los juicios de la pureza y la inocencia son totalmente opuestos a los de la suspicacia. La suspicacia puede ser a menudo una reflexión de nuestros propios fallos. “No juzgues, y no serás juzgado”. Los pecados que más censuramos suelen ser aquellos a los cuales en el fondo somos más apegados o constituyen nuestra mayor debilidad. La pureza no sospecha de nada y busca los fundamentos de la verdad. Tiene la facultad de la comprensión, la penetración y la vista interior, así como talento para el descubrimiento psicológico, que no existe en los inficionados por el mal. Con frecuencia el juicio de un niño sobre un visitante es más correcto que la opinión de sus padres. La inocencia descubre ciertas máculas que los menos inocentes no localizan. Los adultos, incluso si buscan la verdad, tienen cierto temor a los niños, no por miedo a contaminarlos, sino porque se sienten contaminados inconscientemente por los inocentes. Cuando el Salvador dijo en la última Cena que uno iba a traicionarle, todos preguntaron: “¿Soy yo?”. Nadie se siente seguro de su bondad ante la inocencia. La sociedad que necesita salud y regeneración la obtendrá principalmente de los inocentes. Los puros pueden mirar a los impuros sin desprecio. La Divina Inocencia preguntó a una pecadora: “¿Dónde están los que te acusan?”. Jesús no condenaba porque era justo. Y por eso hay simpatía, perdón y salud moral en las alas del inocente.

Paciencia

Lo opuesto a “echarlo todo a rodar” es la paciencia, otra virtud olvidada por nuestro mundo moderno, aunque Nuestro Bendito Señor dijo: “Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas”. {*Lucas*, XXI, 19.) El origen griego de la palabra “paciencia” indica continuidad y sumisión. Combinadas ambas ideas expresan una espera sumisa, una disposición mental a aguardar el servicio de Dios y de sus santos propósitos. Quien no cree en nada más allá de este mundo, es muy impaciente porque sólo tiene un tiempo limitado para satisfacer sus sórdidas necesidades. Cuando más materialista es una civilización, más prisa demuestra. El ensayista inglés Douglas Woodruff dice que los americanos no comprenden a Roma, porque Roma no se hizo en un día. En cambio, los chinos pueden esperar siglos enteros, porque sus necesidades no se miden por generaciones aisladas.

La paciencia no es don congénito, sino que ha de alcanzarse, como la vista a distancia. El niño tiene que aprender a ver, a distinguir los objetos y a calcular lo que le separa de ellos. La vista es una facultad natural, pero ha de ganarse. Cuando Nuestro Señor curó al ciego, éste hubo de aprender a ver, porque “los hombres le parecían árboles andando”. Así pasa con el dominio de uno mismo y con la paciencia, virtudes que se desarrollan con resistencia y sangre fría. El gran problema que todo hombre ha de afrontar es el de llegar a puerto en medio de las dificultades de una tormenta. Si no sabe por qué vive, ha de sustituir un grande y consumativo propósito con una multitud de pequeños deseos, lo que hace su vida miserable e infeliz.

Para el hombre, a menudo, lo principal es el fracaso, la guerra, la dislocación, el caos y la confusión. Pero deberíamos preocuparnos del destino del alma en medio de esta “confusión” más que abominable. Ganar la batalla de la vida equivale a ganar nuestras almas, lo que se hace con paciencia y entre tribulaciones. La paciencia no es virtud que sólo hayan de practicar los enfermos y los presos. Pocas virtudes son esenciales para la paz del alma y apenas hay circunstancias en la vida en que no puedan practicarse. En cuatro grandes aspectos de la vida se puede aprender la paciencia: primero, en medio de provocaciones, como la indiferencia ajena, la incivildad y rudeza de aquellos con quienes se trabaja, y las vejaciones en la ca-

sa, la oficina y la calle. Una de las razones de que personas muy serenas en casa se muestren impacientes tras el volante de un coche, consiste en que pueden gritar a otros conductores sin que se les conozca. El anónimo les parece una protección de sus caracteres. Segundo, en las decepciones, como la lluvia que cae el día que salimos de merienda, el invitado a comer que llega tarde, la visita que se cancela y el honor que nunca se recibe. Tercer lugar ocupa en las restricciones que sufrimos el hecho de que ningún hombre puede ser su propio y absoluto señor. La lata que no se abre, la llave que no funciona, el abrelatas que no corta, provocan circunstancias en que perder la serenidad equivale a perder la calma interior. No censuremos al bastón de golf cuando la falta es del jugador. Impacientarse es agravar los males que padecemos y posponer su solución. El cuarto aspecto en que podemos ejercer la paciencia es entre injurias e injusticias. El más alto de los estados no nos inmuniza contra las críticas inmerecidas. Cuanto más nos elevamos, mejor blanco ofrecemos a palos y piedras. Conviene recordar en tales circunstancias lo que dijo Walter Winchel: “Nadie se os adelantará mientras esté dándoos puntapiés en los fondillos de vuestros pantalones”.

Hay muchos que se excusan diciendo que en distintas circunstancias serían más pacientes. Éste es un grave error, porque da a entender que la virtud es cuestión de geografía y no de esfuerzo moral. Poco importa donde estemos: lo que importa es lo que pensemos. No es tan importante lo que nos suceda como nuestra reacción ante ello. Judas y Pedro pecaron contra el Señor, quien los llamó demonios. Pero uno llegó a santo porque venció sus flaquezas con la ayuda de Dios.

Los vientos y los inviernos azotan las hierbas, las flores y los árboles y sólo los más fuertes sobreviven. Análogamente, la tribulación flagela el alma y en el fuerte crea paciencia, que se convierte en esperanza, y la esperanza engendra amor.

La paciencia es el gran remedio contra el pánico. Saber usar la razón y el buen juicio cuando todo se hace pedazos a nuestro alrededor, nos salva y salva al prójimo. Los hombres usan mejor la razón cuando están serenos y las mujeres mejor cuando el hombre la pierde. La pasión perjudica la razón en un hombre y en una mujer no. Aparte de esas diferencias, el alma paciente sabe usar su juicio y consejo cuando todas las demás se agitan y conturban. La paciencia es fuerza. Dice un proverbio oriental: “Con tiempo y paciencia, la hoja de morera se convierte en seda”. La paciencia no es ausencia de acción, sino oportunidad de ella, porque espera el momento justo de actuar, según los rectos principios y del modo recto. El yugo pesa

menos en el testuz del buey paciente y es más ligera la cadena que no arrastra, sino conduce.

¿Qué le ha ocurrido a la razón?

La razón ha sufrido un terrible vapuleo en este siglo. El escéptico antiguo negaba que la razón supiese nada superior al mundo sensible; los escépticos actuales niegan que puedan conocer nada, excepto, precisamente, lo superior al mundo sensible, esto es, lo inconsciente. Las características de una sociedad en decadencia, según Palinuro, en *La Tumba Inquieta*, son “el lujo, el escepticismo, la fatiga y la superstición”. El autor se confiesa decadente y, por lo tanto, escéptico. Franz Werfel explica cómo se puede oscilar entre el escepticismo antiguo y el nuevo: “El hombre así sólo encuentra el mundo externo en el suyo interior, aunque no tiene valor ni trascendencia. En consecuencia, se aparta de su mundo íntimo porque su vaciedad es más dolorosa que la del mundo de los hechos, animados al menos por tumultos y fragores. El exilado de su propio *ego* se sume en un mar de actividades en el que crea falsas necesidades, causando un gran daño”.

Los hombres distinguen entre su juicio y sus deseos. Un hombre puede desear la mujer de su prójimo, pero puede también opinar que no debe intentar conseguirla porque sería injusto. El juicio se funda en las evidencias y los deseos, muchas veces, en las pasiones y las emociones. Los escépticos de nuevo cuño niegan que la razón tenga validez alguna, ni conduzca al descubrimiento de la verdad, ya que no hay tal verdad, ni debe servir más que para razonar el pensamiento de que los deseos deben satisfacerse. En el ejemplo citado, el que codicia la mujer de su prójimo lo justificará argumentando que “él tiene derecho a vivir su vida” o que su “satisfacción erótica exige que la codiciada abandone a su marido”. Así, la razón se convierte para los psicoanalistas sexuales en una racionalización de los deseos o una justificación de nuestra libido.

La persona que usa bien su razón lo hace para adquirir pruebas imparciales de todo y, en tanto como le es posible, aparta sus deseos y, en particular, la zona inconsciente de su mente de lo que se proponía. Los teóricos del sexo, que niegan la capacidad de la razón para descubrir nuestros verdaderos propósitos y objetivos, hacen de la razón el producto de los deseos inconscientes. Una mujer razona cuando dice a su marido que no tire

las colillas ni la ceniza del cigarrillo en la alfombra. El marido puede razonar y decir que esas cosas son buenas para la alfombra misma.

La exagerada importancia que prestan al subconsciente los psicoanalistas sexuales, ha contribuido mucho a minar la razón y extender la curiosidad psicosexual. Decir que el carácter se halla en los subterráneos de nuestra existencia y en los montones de detritos de lo inconsciente es cometer el error de creer que cabe salvar a un barco que se va a pique analizando el agua que inunda su cala. Tales teóricos empiezan usando la razón para destruirla.

Si la teoría fuera verdad y nuestros caracteres fueran formados por nuestros deseos inconscientes y por la libido, ¿cómo tal teoría puede probar la verdad? Para que algo sea verdad, hay que establecer una correspondencia entre lo que se cree acerca de una cosa dada y el hecho, como, por ejemplo, afirmar que París está en Francia”.

Esa peculiar teoría psicoanalista de que deseos y libidos constituyen la personalidad, no tiene ninguna base objetiva a que referirse. No hay ahí ninguna Francia con un París que sirva de punto de arranque. ¿Cómo vamos a saber que la interpretación psicoanalista de los sueños de un paciente es verdad si no hay evidencia externa que permita probarlo? Las interpretaciones de los psicoanalistas son tan arbitrarias y subjetivas que cada uno da diferentes versiones, sin coincidir en nada, excepto en el vago acuerdo general de que los sueños tienen relación con el sexo. Si la teoría psicoanalítica a propósito de la razón está justificada y la razón es sólo un tamiz de nuestra libido y nuestros deseos sexuales, no hay ningún motivo para tomar la teoría en serio.

Sostener que la razón se limita a explicar nuestros deseos es autoritarismo del más desatado, porque acepta de antemano la interpretación de los sueños, cosa que no puede ser probada en el mundo objetivo de los hechos. La razón está aherrojada tras los telones de acero y de bambú, Para que las naciones democráticas conserven su libertad, lo mejor es descartar la doctrina autoritaria de que la razón es siempre instrumento del instinto. Pascal escribió hace mucho tiempo algo que vale para nuestra época: “El castigo más intolerable para el alma humana es vivir a solas y pensar sólo en sí”. Por esta razón el alma se esfuerza constantemente en olvidarse de sí misma, ocupándose en cuantas cosas impiden la introspección. Ésta es la causa de todas las actividades tumultuosas.

Cómo juzgamos las cosas

Es muy fácil calcular cuál será el juicio de diferentes grupos de personas sobre cualquier asunto que atraiga la atención pública, como combatir al gobierno, usar un puesto político o militar para engrandecimiento propio o robar la mujer de otro hombre. Uno puede predecir la reacción suscitada sobre cualquier problema moral con asombrosa exactitud. Pocas gentes comprenden lo mucho que revela su verdadero carácter por el juicio que forman sobre esas cuestiones morales.

El principio de estas predicciones está en el viejo proverbio latino que dice, traducido literalmente: “Las cosas se reciben según la disposición del que las recibe”. Si se vierte agua en una zanja, en un vaso y en una hoguera, la reacción será completamente distinta. Si se instala una verdad en una mente sincera, otra indiferente y otra malévola, cada una la recibirá de modo completamente distinto. ¿Por qué niños educados exactamente lo mismo difieren tanto? Será porque tienen una disposición distinta o un modelo individual determinado por sus elecciones, decisiones y deseos, cosas que les hacen obrar tan opuestamente como diferentes estómagos al recibir una misma vitualla.

La sabiduría de las personas no determina tanto su reacción como su conducta, ni tampoco lo que piensen, sino cómo viven. Eso indicaba Nuestro Señor al decir: “Todos los que hacen el mal odian la luz, y el que cumple la verdad viene a la luz”. Tal es la razón de los ataques a la moral y la verdad. La mente carnal está en enemistad con Dios. ¿Hacen bien los estudiantes en defraudar o quebrantar un código jurado? La respuesta depende de que se obre mal o bien. En los textos santos se atribuye la falta de fe a la inmoralidad. Los que prefieren la oscuridad, aborrecen la luz. Nadie odia el Evangelio mientras lo cumple, pero sí cuando se reprenden sus malos hechos en nombre de ese mismo Evangelio. El asesino no cree en *el* quinto mandamiento. El malo soporta la sacra palabra mientras no penetra en su conciencia ni sondea su corazón. El beodo no condena la hipocresía ni un pródigo la avaricia. Los malvados están en temor constante de descubrirse a sí mismos sus acciones porque les causan ansiedad, temor y sensación de culpa. La verdad roba a los hombres la buena opinión que tienen de sí mismos y ello los ofende. Una criada negligente reprendida por la su-

ciudad de los cuartos, dijo: “¡Bien limpios estarían si no fuera porque el sol hace ver los rincones sucios!”. El hombre honrado que vuelve a su casa por la noche, desea la calle bien iluminada, mientras el ladrón odia los faroles porque pueden delatar sus delitos. La religión se ama o se odia por esos mismos motivos. Todo depende de que nos inclinemos al bien o al mal. Las malas pasiones pueden producir una ceguera moral que, si continúa, puede hacernos odiosas todas las verdades. El agnosticismo, más que una posición intelectual, es una actitud moral, o mejor, la defensa intelectual de una vida que teme la luz.

Quien vive en la verdad, tiene nuevos horizontes de verdad constantemente moviéndose ante él. Hay quienes alardean de que la buscan, pero acaso murieran de susto si la encontraran. Hay quienes llaman a la puerta de lo verídico, pero no desean que se abra porque la verdad crea responsabilidades, y que no es sólo objetiva, sino también subjetiva. Es objetiva por independiente de nosotros. Dos y dos suman cuatro, queramos o no. Y es subjetiva cuando, poseídos por ella, no queremos defraudar a nuestro prójimo sumando dos y dos para hacer tres. Como la doctrina es la fase intelectual de la verdad divina, al obedecerla pasamos a su fase práctica. No basta creer en la verdad: hay que aplicarla. Cuando el hombre la posee y ella posee al hombre, éste se convierte en muy diferente de como era antes. La verdadera vida responde entonces a toda la influencia de Dios y a él le cabe decir en su alegría: “Mi alma espera en el Señor”.

La actitud adecuada con los que difieren de nosotros

Todos creen en lo absoluto de la tabla de multiplicar y convienen en que dos y dos suman cuatro. Ibsen, sin embargo, dijo una vez: “Acaso dos y dos sean cinco en las estrellas fijas”. A esto replicó G. K. Chesterton: “¿Cómo se sabe que hay estrellas fijas a menos que sumemos y sepamos que dos y dos son cuatro?” Muchas personas se adhieren a ciertas causas con la misma energía con que creen en la tabla de multiplicar, como, por ejemplo, dirigentes sindicales, presidentes de cámaras de comercio, demócratas a ultranza, republicanos incorruptibles, etc. Las mayores convicciones se encuentran en el campo religioso, aunque en la sociedad moderna esto provoque menos complicaciones sociales que los conflictos entre grupos económicos. Por otra parte, ¿por qué los que creen firmemente en una verdad religiosa consideran a los que la rechazan fanáticos o estúpidos? ¿Por qué los que no llevan una vida trazada y acompasada niegan toda bondad y verdad, excepto la que ellos determinan por su cuenta? ¿Por qué asumen una posición cínica y burlona ante el creyente?

No queremos decidir aquí qué grupo tiene razón, sino la actitud que debemos asumir ante unos y otros respecto a sus convicciones. La mejor respuesta al primer problema la dio San Agustín hace 1.500 años: “*Sic ergo quæramus tamquam inventuri, et sic inveniamus tamquam quæsituri*”. “Busquemos la verdad como si fuéramos a encontrarla, y encontrémosla con la intención de seguir buscándola siempre.” Los que ya tienen una filosofía, no deben contentarse con una ociosa adhesión a ella, sino seguir estudiando para profundizar el conocimiento que tienen, o para descubrir que las que suponían verdades profundas eran meras adhesiones emotivas o prejuicios heredados, sin fundamento en la razón y la historia.

El segundo problema consiste en definir la actitud que debemos tomar hacia quienes difieren de nosotros. La respuesta es caridad, amor, benevolencia y reconocimiento de la bondad de los sentidos y sentimientos ajenos. A veces, esto se llama tolerancia. Pero la tolerancia no es buena cuando niega, en sus principios, la bondad y la verdad y asegura que da lo mismo que el asesinato sea una bendición o un crimen, o que el niño debe ser enseñado a robar en vez de a respetar los derechos del prójimo.

Hay otra y mejor forma de tolerancia porque la inspiran la verdadera caridad y el amor de Dios. Un hombre virtuoso puede atenerse absolutamente a su filosofía personal y lo hace, no porque considere las opiniones ajenas tan buenas como las propias, sino porque sus propias creencias son muy reales para él que no cree que nadie sostenga otras con menos razón, menos amor y menos devoción.

Trátase de un caso como el de una madre muy intolerante respecto al amor de su hijo. No le cree más hermoso que cualquier otro, ni más inteligente, sino que no consiente que ninguna otra madre ame a sus hijos menos que ella. No quiere convencer a esa otra madre de que su hijo es un lobo, ni de que sea opinable que el niño merezca amor o no. Puesto que ella quiere tanto a su hijo, debe desear que los otros sean muy amados, para que todos estén unidos por el vínculo del amor. Es frecuente la tendencia a condenar la opinión de un grupo, clase o raza, simplemente porque esa opinión les pertenece a ellos. Un espíritu caritativo sugeriría el deseo de buscar la verdad de la opinión ajena o de interpretarla tan amablemente como sea posible. Todas las cosas tienen algo bueno. El mal no posee capital propio, sino que vive de la bondad como un parásito. Amando la bondad parcial de los otros, nos acercamos a ese centro de bondad que es Dios. Tal fue la táctica de Nuestro Señor cuando habló a la adúltera junto al pozo. No había nada de común entre la Divina Bondad y la vida pecadora de la mujer, excepto el deseo de un trago de agua fresca. Jesús empezó por eso... y la indujo a declarar que Él era el Amor y el Salvador del mundo.

Cómo se cierran las mentes “abiertas”

Nada es tan interesante en nuestro escenario social como ver lo a menudo que los que se jactan de tener una “mentalidad abierta”, concluyen con ella del todo cerrada. La gente infernalmente soberbia ocupa, a veces, el lugar más humilde, para atraer así la atención, y tal hacen con frecuencia los que alardean de que sus mentes están en un estado de suspensión hasta que encuentren la verdad. Lo cierto es que esos suelen ser los más refractarios a ella. Es elogiabile tener la mente abierta como un camino que conduce a una ciudad que constituye su destino. Pero la mente abierta es condenable cuando equivale a un abismo o una trampa. Los que hablan mucho de su amplitud mental son invariablemente los que gustan de buscar la verdad, pero no de encontrarla. Aman la caza, mas no la presa; y admiran las huellas de la verdad, pero no el hallarla. Andan por la vida loando el que se ensanchen los horizontes de la verdad, pero sin ver nunca el sol.

El descubrimiento de la verdad puede resultar embarazoso, como, por ejemplo, cuando despertando por la noche, nos damos cuenta de lo muy egoístas que somos. La verdad entraña grandes responsabilidades y por eso muchos hombres abren la mano para saludarla, sin abrazarla nunca. El verdadero pensador que desea una verdad a toda costa, tiene que pagar doble precio por ella, empezando por el aislamiento de la opinión pública o del gusto de las masas. El hombre que llega a la conclusión de que el divorcio prepara el camino del hundimiento de la civilización, debe prepararse a que lo condenen al ostracismo los Herodes y los Salomones. Su disconformidad con el criterio de la masa atraerá sobre su cabeza la oposición y la burla. Además, el que descubre una verdad ha de afrontar sus deberes cara a cara o tomar la cruz que imponen. Esos dos efectos de llegar a la verdad —uno negativo, la oposición, y positivo el otro, la carga de la nueva idea— infunde temor a muchos hombres que, en su cobardía, mantienen una “amplitud” mental que les impide llegar a nada que signifique responsabilidad. Es su deber corregirse moralmente o alterar su conducta. Pero tales “mentalidades abiertas” caen en una trampa, porque si temen modificar sus costumbres, como la verdad pide, se acercan rápidamente al comunismo.

La razón de esto es que la mente abierta no desea la verdad, porque significa el deber. El hijo de un labriego evitará pasar junto al montón de leña porque sabe, que, si lo hace, deberá llevar una carga a su madre. Tal verdad crea un deber que él desea eludir. La responsabilidad es lo que más quieren eludir las “mentalidades abiertas”. El evitar la verdad es negativo y no cabe sostener mucho tiempo esta actitud. Se busca, pues, algo que libre de toda responsabilidad, y se encuentra en el comunismo. En el comunismo todas las responsabilidades se desvanecen y queda uno exento de toda obligación y decisión.

Una voluntad originalmente débil busca algo a lo que pueda incorporarse como a una voluntad total. Tal es el partido comunista. El partido se convierte en la razón de ser del irresponsable; piensa por él; es su existencia e interpreta todos los hechos de su vida sin darle una obligación personal. El partido se convierte hasta en historia, porque el calidoscopio de los hechos los hacen juzgar en términos materialistas. El que siendo uva suelta habría de afrontar vientos y tempestades, ve su personalidad triturada en el inmenso vino colectiva del lagar del pensamiento comunista. Stephen Spender, poeta inglés que abrazó el comunismo, dice: “El partido no sólo fiscaliza nuestra teoría y conducta, sino también nuestro conocimiento de la realidad”.

Uno se convierte en lo que Klaus Fuchs, el que vendió secretos atómicos a Rusia, calificó de “esquizofrénico vigilado”. “La mente abierta” se ha cerrado al fin, al hallar, no la verdad, sino la “impersonalización vigilada”.

Lo moral para las mentalidades amplias es dar con la moral, aunque entrañe un cambio de conducta, antes de dar en el comunismo y convertirse en mentecatos vigilados.

Silencio

Ya dije que vivimos en la época más habladora de la historia del mundo. En otros tiempos hacían falta diez o quince millones de hombres para comunicar a otros lo mismo que hoy transmite uno solo en una conferencia radiofónica. El amor al ruido en la civilización moderna se debe, en parte, a que la gente es íntimamente infeliz. El ruido los exterioriza, los distrae, y les hace olvidar sus disgustos, al menos por el momento. Hay una íntima conexión entre una vida vacía y una paz sórdida. El mundo necesita acción para progresar. Pero también ha de saber por qué actúa, lo que requiere pensamiento, contemplación y silencio.

El mundo está en peligro de convertirse en un portillo, que estorba el camino de todos y no detiene a nadie, o en un lugar desde donde se mira todo sin ver nada. Félix Frankfurter habla del efecto que causa a los gobiernos un exceso de facundia. Todo se hace entre ruido y alboroto. El proceso deliberativo se perjudica y el gobierno puede tener que pensar demasiado rápidamente. Creo profundamente significativo el que la Constitución de los Estados Unidos se redactase a puerta cerrada, y conviene recordar que se enarenaron las calles de Filadelfia para proteger a la Convención contra los ruidos del tráfico. Añádase que cuando Jos apóstoles recibieron al Espíritu Santo se hallaban también a puerta cerrada y llevaban nueve días de silencio, esperando el advenimiento de la sabiduría espiritual.

La primera necesidad del mundo oriental, es la acción, y la del occidental, el silencio. Oriente, con su fatalismo, no cree que el hombre haga nada, y Occidente, con su dinamismo, cree que el hombre lo hace todo. Un término medio sería ideal para que el silencio preparase la acción. Quien calla todo el día de hoy, hablará mucho mejor mañana. Hasta las amistades maduran con el silencio. Si los amigos se hacen con las palabras, el silencio conserva el amor. Los mejores amigos son los que saben guardar los mismos silencios. Como Maeterlinck escribió: “Hablar es a menudo, no como los franceses lo definen, el arte de ocultar el pensamiento, sino un modo de suspenderlo y sofocarlo, con lo que no queda nada que ocultar... Hablar pertenece al tiempo; el silencio, a la eternidad”.

Los antiguos espartanos solían decir que un tonto no sabe callar y las Escrituras sentencian que “la voz de un necio se distingue por su abundancia de palabras”. Bien hace nuestra Iglesia poniendo en su jardín letreros que dicen: “Deja el mundo mejor que lo encuentres”, aun cuando nadie puede mejorar el mundo hasta que cada uno mejoremos mediante el silencio, la contemplación y la plegaria. Es preciso a veces dejar que el mundo se cuide del mundo. La existencia se vive más eficazmente retirándose de vez en cuando de la acción y entregándose a contemplaciones donde se aprende la terrible derrota y futilidad que nacen de una absorción excesiva en la acción y sus pormenores.

En todos los Estados Unidos crece lo que se llama un movimiento pro-retiro, cuyos militantes se retiran a fin de semana a un lugar apartado del campo para pasar el tiempo en silencio, rezos y purificación de sus conciencias. Los antiguos romanos solían tener un lebrillo a la puerta de sus casas de negocios, y cuando cesaban en su trabajo, al finalizar el día, se lavaban las manos como para indicar que se desentendían de sus ocupaciones. El silencio produce una humildad de espíritu que podríamos llamar pasividad prudente y en que el oído es más importante que la lengua. Dios habla, pero no en ciclones y sí en los céfiros y brisas suaves. Bien les consta a los sabios cómo, permaneciendo pasivos ante la naturaleza, el alma gana conocimiento porque comunica más con la voluntad del Señor. El sabio no dicta a la naturaleza sus leyes, sino la naturaleza al sabio. El hombre no dice o impone su voluntad a Dios, sino que espera una anunciación en silencio, como María.

Esto le enseña la lección de que para tornarse sabio debe hacerse silencioso. El espejo no habla, pero refleja bosques, crepúsculos, flores y rostros. Las grandes almas ascéticas, inclinadas a pasar años en meditación, adquieren una radiante belleza que no tiene que ver con sus rasgos. Parecen reflejar en su exterior, como el espejo, el Cristo que llevan dentro. Lo que realmente importa es lo que pasa dentro y no fuera de nosotros. La rapidez de las comunicaciones, las noticias que transmite la radio a todas horas, las noticias de mañana conocidas la noche antes, hace que la gente viva en la superficie de sus almas. El resultado es que muy pocos vivan dentro de sí; que sus cosas las determina el inundo. En vez de llevar con ellas su propia atmosfera, como la tierra al girar alrededor del sol, son como barómetros que registran todos los cambios del mundo externo. Sólo el silencio puede darles un santuario íntimo, al que les quepa retirarse para reposar, como en un jardín escondido donde, como el hombre antes de la caída, camine al lado de Dios en el fresco atardecer.

Sólo en la soledad nace la espiritualidad verdadera, porque el alma se presenta desnuda ante su Dios. En ese momento existen las dos únicas realidades del universo. De ese descubrimiento brota el amor al prójimo, ya que entonces uno ama a su semejante, no por los servicios que pueda prestarnos, sino porque vemos que es también un hijo de Dios real y potencialmente. Aunque la verdad no es personal, la personificamos con la contemplación.

Tú

Placeres

El placer es muy peculiar. Para poseerlo no se ha de buscar directamente, sino a través de algún intermedio. El más ávido bebedor de combinados bebe uno en busca de placer, pero no lo experimenta al tomarlo. El placer no se crea a sí mismo, sino que lo determina la posesión de algún bien o la consecución de algún propósito. Nuestra compleja sociedad moderna tiende a la creación del placer de masas más que al individual. Películas, programas de televisión y anuncios se hacen pensando en la masa, y, generalmente, en su más bajo denominador común. Se quieren satisfacer las cosas que los hombres poseen colectivamente, más que sus individualidades. Es mucho más fácil encontrar un programa de televisión sobre un combate de boxeo que sobre Shakespeare. Como dice el filósofo inglés C. E. M. Joad, “las cosas que nos son peculiares a cada uno y pueden en su forma de expresión resultar diferentes de todo, no pueden ser distribuidas en bloque por una agencia comercial. Cuando un hombre desea gozar un placer individual, sea un cigarrillo no idealizado por la propaganda, o una página del *Diario* de Pepys, ha de aislarse de las cosas que prefiere la muchedumbre.

La mayoría de los placeres de hoy tienen algo que ver con el movimiento, y en el caso de los jóvenes con la velocidad. Uno de los ingredientes de la diversión moderna parece ser un rápido cambio de escenario y paso. Una persona de cada cuatro, en los Estados Unidos, cambian de dirección cada año. La mente inquieta torna inquieto el cuerpo. Los novelistas se mueven más que los filósofos o pensadores, porque los novelistas, generalmente, escriben sobre las experiencias de los sentidos y los filósofos sobre el pensamiento.

Sócrates no salió nunca de Grecia, Kant permaneció en Königsberg, Bach estuvo permanentemente en Leipzig y Schubert pasó la mayor parte de su vida en Viena. Pero hoy muchos novelistas se ausentan de su país en busca de nuevas experiencias. Existe cierta relación entre la vida sedentaria y la adquisición de las verdades superiores del espíritu. Sólo los estanques quietos reflejan las estrellas. Cuando un cuerpo está saciado de placeres, encuentra más satisfacción en buscarlos que en conseguirlos. El obje-

tivo de la vida no es ir a tal o cual sitio, sino la emoción de dirigirse allí a gran velocidad. Joyce Kilmer, en su delicioso poema *Peniques*, describe un muchacho que llevaba en la mano algunos peniques. El placer de conseguirlos se ha disipado y su posesión lo harta. De pronto los deja caer y, al verlos rodar alrededor, recobra toda su ansia de adquirirlos. Al placer de poseerlos ha sustituido el nuevo de recobrarlos. No hay millonario que no diga: “Me retiraré cuando tenga un millón”. El millón acaba ahitándole, pero su placer ya no es tener dinero, sino buscarlo.

Cuando la mente humana pierde sus objetivos en la vida, le basta identificarlos con el movimiento como placer en vez de perseguir una finalidad. La literatura moderna refleja esto cuando se limita a concatenar experiencias que no conducen a nada ni pintan moral alguna. Las mentes no inquietan de dónde vienen ni adónde van. Nunca comienzan, nunca se desarrollan, nunca terminan, sólo se paran. Nada en la vida tiene forma, modelo, regla o destino. Nada enlaza las cosas, excepto la sucesión en el tiempo. La aguja atraviesa el paño, pero no le da forma.

No se puede hablar con la boca llena. El proceso de pensar queda impedido en razón directa de la intensidad de sus satisfacciones sensitivas. A más intensidad de éstas, menor concentración de pensamientos. De esto se desprenden dos importantes verdades. La primera es que, como dice la Escritura, la lujuria estorba al espíritu y a la mente. La segunda es que los placeres corporales desempeñan un importante papel si ayudan al alma. La facultad de relajación adscrita a los placeres sensibles es un beneficio para el hombre porque le descansa el alma. Cuando el placer hace esto es verdaderamente placentero.

Psicología del hombre y la mujer

Hoy no se establece diferencia entre la educación del hombre y la de la mujer. Esto es acertado desde el punto de vista de las oportunidades que abre a los dos, pero adolece de falta de perspicacia si consideramos las diferencias psicológicas que los separan. La primera, tan obvia como a menudo señalada, es que el hombre es racional y la mujer intuitiva. El hombre queda a menudo desconcertado y confuso por los llamados “razonamientos de mujer”, que escapan completamente a la comprensión varonil, porque no cabe analizarlos, discriminarlos y ordenarlos de una manera lógica. Las conclusiones femeniles surgen en globo; los edificios de sus argumentos no tienen vestíbulo; se pasa directamente al salón de una conclusión y a menudo por una puerta falsa. Lo inmediato de las conclusiones femeninas sorprende al hombre porque éstas sobrevienen sin fundamento aparente, aunque sean tan inconfundibles como las razonadas deducciones varoniles.

La segunda diferencia es que el hombre gobierna la casa, pero la mujer reina en ella. Hay que gobernar con el sentimiento y el amor. Las órdenes del padre son como mandatos escritos de un rey, mientras la influencia de una mujer es más sutil y sentida y menos agresiva. Las disposiciones del padre suelen ser más bruscas e intermitentes, mientras de la madre parece emanar una quieta radiación constante que lo invade todo, como el crecimiento de una planta. Ambas cosas son necesarias para el hogar, porque la justicia sin amor resultaría tiránica y el amor sin justicia equivaldría a la tolerancia del mal.

La tercera diferencia está en cómo reaccionan hombre y mujer, ora en trivialidades, por ejemplo, que se agrie la crema, ora en las situaciones críticas, tales como la pérdida de un empleo. Al hombre le conturba poco lo menudo, exceptuando que el perro del vecino se le lleve el diario de la mañana. Los choques cotidianos de la vida no molestan al hombre, porque son como gotas de agua que absorbe la esponja de su virilidad. En cambio, a la mujer le conturban mucho las cosas intrascendentes, porque tiene el raro talento de convertir hormigueros en montañas.

Cuando llegan las situaciones críticas de la vida, la mujer, en virtud de su dulce facultad de reinar, puede dar gran consuelo al hombre. Parece

recobrar la razón y el buen sentido en el momento que el hombre está a punto de perderlo. Cuando el marido siente remordimientos, tristeza e inquietud, ella le proporciona calma y seguridad. Así como el océano, agitado en su superficie, es sereno en sus profundidades, el esposo en el hogar es la superficie revuelta y la mujer la quieta y profunda estabilidad.

Una cuarta diferencia es que la mujer se satisface con la mediocridad menos que el hombre. Por ello el hombre se apega más a lo material y mecánico y la mujer a lo biológico y viviente. Cuanto más se ocupa una en lo material, más se materializa. Nada embota tanto el alma respecto a los mejores valores de la vida como el hacer cuentas. La mujer, como portadora de la vida, es menos indiferente a los grandes valores y más fácilmente decepcionable por lo material y humano. Eso explica la frecuente convicción de que la religión es más propia de mujeres que de hombres. Ello no se debe a que, como la mujer es más tímida, parezca más verosímil que busque evasión y refugio en lo espiritual, sino a que, como menos hundida en lo material, fácilmente se entrega a ideales superiores a su terreno. Esas diferencias, en vez de oponerse, se correlacionan en el matrimonio. El hombre es como las raíces de una planta y la mujer como la rama que lleva el fruto. Uno está en comunión con la tierra y sus negocios. La otra, con el cielo y la vida. Uno se relaciona con el tiempo; otra, con la eternidad. Los dos se funden en el palacio de la encarnación, donde la eternidad se toma tiempo y la palabra carne, mientras lo divino se humaniza en la persona de Cristo. Estas diferencias no son irreconciliables, sino más bien formularias. Las funcionales corresponden a ciertas divergencias psíquicas que los unen como se unen el arco y el violín, produciendo la música de un hogar y las alegrías conyugales que simbolizan el místico matrimonio de Cristo con su amada, la Iglesia.

El lado sombrío de lo bueno

Las guerras frías, las contribuciones elevadas, las amenazas comunistas y la inseguridad general, nos han acostumbrado a ver la parte oscura de este mundo. Hay alguna justificación de esto, porque nunca en la civilización cristiana ha habido tal ataque en masa a la decencia, el honor, los derechos personales y la libertad como en la hora presente. Pero si se justifica el hecho de mirar la parte oscura de la vida en lo malo, nada justifica que miremos la parte mala de lo bueno. Una cosa es sentirse disgustados ante las dolencias del hombre y otra disgustarse de que haya buena salud. Si la enfermedad ofrece sombras, ¿por qué verlas en la salud? En una palabra, ¿por qué hay tantos que ven lo malo de la virtud, la bondad, la sinceridad, la pureza y el honor?

En otras épocas, aunque los hombres perdieran la virtud, no dejaban de admirarla; aunque huyeran del campo de batalla cuando más necesario era el valor, admiraban al héroe que luchaba y sufría, aunque tiraran el mapa del camino de la vida, seguían persuadidos de la necesidad de usarlo. Pero en nuestra generación los hombres buscan sombras hasta en las más radiantes virtudes. Al amor de la verdad se le llama dureza e intolerancia; a la pureza, superstición y creencia en mitos y totems; de los benignos se dice que carecen de esfuerzo; se califica de debilidad a la humildad; los que rezan y creen en Dios, son llamados evasionistas; los generosos son acusados de buscar aplauso; los contemplativos son considerados vagos; y quien consagra a su mujer y es un devoto padre de familia, tiene la recompensa de que se lo aplique el apelativo de visionario.

Puede perdonarse a una civilización que vea el lado bueno de lo malo, pero ¿no debe examinar su conciencia cuando principia a temer el lado malo de lo bueno? La reacción normal y recta ante la sombra es pensar en la luz, porque, a más negra sombra, se desea luz más brillante. La bondad necesita poca explicación porque ella misma se explica y se hace propaganda. Pero el mal, las tinieblas y el sufrimiento requieren explicación. No sólo se comprende la existencia de Dios pensando en las cosas buenas del mundo, sino también acordándose de que en el mundo hay mal, ya que éste es un parásito de la bondad y no subsiste por sí solo. La oscuridad no es una entidad positiva, sino la ausencia de luz y sólo inteligible en térmi-

nos de luz. Casi todos los sufrimientos del mundo son comprensibles como el abuso de algo profundamente bueno, abuso que ni el mismo Dios nos veda para toda la eternidad, a fin de no negamos el ser libres.

De aquí la tendencia a ver lo malo de las cosas, a no ser que ello también se deba a que nuestras conciencias están tan cargadas de culpas y de escondidas dislocaciones morales que, para tranquilizarlas, menospreciamos lo bueno de los demás y lo reducimos al nivel de los peores, o bien convertimos el altruismo en mediocridad. Se cree que nunca se describe mejor a los que ocupan cargos públicos que cuando no contamos lo mejor de ellos. La sartén se siente desgraciada si no llama negro al cazo.

Mucho cambiaría nuestra perspectiva del mundo si los formadores de la opinión pública, en vez de ver sólo la parte negra de lo malo, se fijaran en lo brillante de lo bueno, y elogiase a los políticos, hombres de negocios, dirigentes obreros, padres y otros que demuestran grandes virtudes o integridad moral. Entonces el mal del mundo podría ser dominado más rápidamente. Cuando hay una epidemia nos anima saber que existen remedios para ella y muchos que se encuentran sanos, pero si a nuestros doctores se los acusa de estar enfermos y a nuestros profesores de ser unos ignorantes y a todos los que mandan de ladrones, ¿qué esperanza nos queda?

No hagamos que los niños dejen de escribir porque derramen la tinta. Ya está el mundo bastante descorazonado y, por lo tanto, necesita aliento, inspiración y buenos ejemplos. Será, sobre todo, más feliz si se le ofrece un modo de vida y un Redentor que diga: “Yo soy la luz del mundo y el que me siga no caminará en la oscuridad”.

La formación del carácter

Pocos discuten hoy la opinión de que el carácter se forma en virtud de influencias exteriores a nosotros, como el ambiente del hogar, el del colegio, la pobreza, la riqueza, la propaganda a que uno vive sometido y la vecindad en que se cría. Este criterio, si se lleva a su extremo, conduce a la destrucción del sentido de la responsabilidad, y no debe olvidarse que la responsabilidad es la característica de la libertad. Las influencias que nos rodean condicionan, pero no determinan el carácter. Nuestro Señor puso el dedo en la llaga al decir: “De los corazones de los hombres parten sus malvados designios y sus pecados de adulterio, fornicación, asesinato, robo, codicia, malicia, engaño, lascivia, envidia, blasfemia, soberbia y locura. Todos esos males nacen de dentro y hacen inmundo a un hombre”.

El corazón es el cuño que se imprime en la vida humana; el yunque en que se forjan hábitos y rutinas; el timón que conduce el avión de la vida. Sir Walter Scott dijo una vez a su yerno Lockhart: “No aprenderemos a sentir y respetar nuestra vocación y destino hasta que se nos enseñe a considerarlo todo como mera luz de luna que refleja lo que nos depara la educación del corazón”.

La reforma de la conducta externa y el hallazgo de ambiente adecuado es esencial y así nos lo ordena la ley civil. Pero ello realmente sólo se refiere a los efectos y no con las causas; la reforma social es sólo superficial y equivale a cortar la parte alta de un yerbajo cuyas raíces se dejan intactas. Muchos intentos de reforma social para resolver problemas, como la delincuencia juvenil, cambiando de ambiente, se limitan a construir más piscinas y más salas de baile. Una de las dificultades con que tropieza la reforma social es que nunca empieza a operar hasta que las cosas están muy mal. Mientras el pueblo no sea incitado a levantarse contra los abusos, no apoyará la legislación social. Recuérdese que todos los crímenes contra la sociedad se fundan en ideas falsas y malvadas, y mientras éstas no se alteren, no se alterará la sociedad. Un león no se vuelve manso porque se le encierre en una jaula y a un caballo salvaje no se le desbrava porque se le pongan bridas y estribos.

Sólo en un sentido limitado es verdad que las circunstancias hacen al hombre, porque esto no pasa de ser así más que hasta la extensión que el

hombre lo permite. No tanto influye lo exterior en lo íntimo como lo íntimo en lo exterior. Si el depósito está limpio, todos los conductos que aflu-
yan a él han de ser puros. El mal tiene sus raíces en el corazón. “El hombre
es como piensa su corazón.” Las estalactitas de las cavernas ofrecen un
perfecto ejemplo de cómo se forman los hábitos en virtud de los pen-
samientos. El agua de la superficie de la tierra penetra por suelo y rocas,
llevando un ligero sedimento. Las gotas que caen hasta el suelo de la ca-
verna forman una concreción de materia y, poco a poco, se convierte en
una columna de piedra. Similarmente, si los pensamientos, deseos y reso-
luciones del corazón llevan en sí un depósito de nuestros pensamientos y
decisiones más íntimos, y éstos son malos, no tardarán en construir fuertes
pilares de malos hábitos. Lo mismo ocurre, al revés, cuando los sentimien-
tos son buenos, santos y puros.

Si las cosas que nos agradan forman nuestro carácter, la vida puede
quedar inculcada, pero sólo si el corazón es impuro. Las palabras salen de
los pensamientos como las avicillas de los huevos. Y si la voluntad da
combustible a los malos pensamientos, se ejecutan verdaderas transgresio-
nes. A nadie que lleve un cubo de agua enfangada en la mano se le creerá
si afirma que la recogió en una fuente cristalina. El corazón es el centro de
la vida, el trono donde la virilidad se asienta y reina; mientras el subcons-
ciente retiene los pensamientos y deseos del corazón que no se tradujeron
en actos. El mal no es un ladrón que irrumpe en nuestra casa, sino un in-
quilino a quien la casa ha sido arrendada. Si guardamos el corazón limpio
y a Dios con él, cambiaremos por ese hecho el ambiente que nos rodea.

Memoria

La memoria es uno de los factores que más descuida la educación moderna. En las generaciones pasadas, los niños tenían que aprender de memoria poesías, verbos irregulares y fechas históricas importantes; así sucede aún en muchas escuelas de Europa. Acaso el menospreciar la memoria se deba a la moderna tendencia de rebajar cuanto sea esfuerzo, disciplina y educación. Pero es terrorífico el castigo consecuente, como saben los hombres de negocios cuando buscan una mecanógrafa con buena ortografía.

Dios ha bendecido a algunos concediéndoles notables facultades de retentiva. Se dice que Temístocles sabía de memoria los nombres de veinte mil ciudadanos de Atenas. La Historia consigna que Ciro conocía los nombres de todos los soldados de su ejército. Por su parte, Aristóteles indica que los hombres de tan vivida memoria para los detalles, no suelen tener buen juicio. Ello puede deberse a que la memoria, al apilar demasiado de prisa los pormenores, tal vez destruya las ideas abstractas que definen lo esencial.

Lord Bacon y Coleridge sostenían que lo que se graba bien en la memoria, no se olvida nunca. Esto lo evidencian las personas que en la ancianidad, al evocar los recuerdos de su niñez, extraen de los almacenes de su memoria nombres, lugares e incidentes con precisión tan extrema, que hace tornar a vivir el pasado. Así como los antiguos palimpsestos ocultan bajo el polvo que los cubre sus superpuestos escritos, análogamente la memoria guarda cuanto hemos visto, oído, dicho y hecho. El hoy es el producto de nuestro ayer y lo presente equivale a la cosecha de lo pasado. Los fragmentos de nuestra memoria son como islas momentáneamente no comunicadas, pero que pueden formar un todo continuo si deseamos el agua del mar que las baña.

Oculto por el poder retentivo de la memoria puede hallarse el fundamento del que será juicio definitivo sobre nuestra persona, porque ¿qué es la memoria sino una autobiografía infalible? Así como al fin del día el hombre de negocios halla en el libro de caja indicación de todos sus créditos y débitos, al acabar la vida la memoria nos dará indicación de cómo seremos juzgados. Coleridge comenta: “Quizá sea ése el temido libro del

juicio, en cuyos misteriosos jeroglíficos están anotadas todas las palabras ociosas. En la misma naturaleza del espíritu viviente puede estar dispuesto que cielo y tierra decreten que un solo acto, un solo pensamiento se desprendan de la viva concatenación de las causas a todos cuyos eslabones, conscientes o inconscientes, el libre albedrío, que vale por nuestro propio y absoluto ser, es coextensivo y está presente”.

La memoria es fuente de infelicidad para muchas personas de hoy, y de aquí sus intentos para ahogar sus recuerdos en alcohol. ¿Qué explicación tiene la gran cantidad de pastillas somníferas que consume el público americano? Se ha calculado que en Norteamérica se venden las suficientes para hacer dormir a cada persona veintidós noches por año, o insensibilizar a nueve millones de gentes las trescientas sesenta y cinco noches del año. Sin duda parte de ese medicamento es necesario para aliviar dolores, pero muchas veces se usa con el fin de “olvidar” o “despreocuparse de las cosas”. La memoria tiene la peculiar facilidad de introducirse en nuestra conciencia sin aviso previo, sin permiso. A veces, cuanto más ingratos son los recuerdos y más procuramos olvidarlos, más de repente aparecen y con más vividez relampaguean ante nuestros ojos. Es un hecho psicológico que, cuanto más teme el ánimo una cosa, más surge ésta del pasado, como un fantasma, para torturarnos. Recordamos mejor lo que más odiamos y tememos y procuramos impedir que se presente a nuestra mente. No me extraña que Lady Macbeth reflexionase: “¿Qué puede hacerse para arrancar de la mente una congoja profundamente arraigada?”.

A la gente le hace ingerir soporíferos lo mismo que la lleva a tenderse en los divanes de los psicoanalistas: el deseo de huir de algo desagradable, que no logra borrar de su mente y es a menudo culpable. Señalamos estos tristes hechos para recordar a los atormentados por temores y ansiedades que hay un remedio distinto a las tabletas narcóticas y es el de enfrentarnos conscientemente con nuestras culpas y procurar el perdón de Dios. También se puede llevar buena vida sin pretender olvidar nuestros yerros.

Cómo las cosas se encaminan mal

Es fácil comprender por qué un alcohólico bebe, un ladrón roba y un hombre infeliz critica. Pero, ¿por qué es habitual que un hombre sobrio se tome beodo, un hombre bondadoso sea cruel con otro y un marido amante de su esposa le sea infiel?

Para concretar esto hay que estudiar los estímulos y objetos que mueven la voluntad hacia la acción. Hay dos clases de estímulos o excitantes, unos adecuados y otros no. En el orden sensitivo el estímulo de la vista es el color, y un cobertizo pintado de rojo puede ser un estímulo inadecuado; el estímulo adecuado del oído es el ruido, a pesar de lo cual el silbato de un policía puede no ser idóneo; el objeto adecuado de la curiosidad es un objeto extraño, y una piel de armiño sobre unos pantalones con rodilleras es inadecuado. Cosas así pueden deleitarnos o interesarnos un momento, pero no nos producen satisfacción o felicidad completas.

Toda facultad o talento que poseemos tiene una finalidad que debe cumplir del todo. La facultad específica —intentar la perfección de la mente— consiste en saber buscar la verdad, y la facultad o perfección de la voluntad debe ser la capacidad de perseguir la bondad. Una sola verdad, como el conocimiento de la carga eléctrica que contiene un átomo, no satisface por entero a la mente, ya que ésta aspira a conocer toda la órbita de la verdad y no un segmento de ella. Una buena comida apacigua el estómago, mas una sola hazaña no agota la voluntad, que se juzga incompleta mientras no consuma sus más altos y mejores ideales.

Si la mente humana se hallara de pronto ante la verdad en su plenitud, es decir, con la verdad divina, que contiene todo lo conocido y por conocer, no estará en libertad de rechazarla, porque para conocerla se ha hecho nuestra mente y sólo eso la puede satisfacer. Es un caso como el del hombre que encuentra la mujer ideal que ambicionaba su vida. Ninguna otra puede satisfacer el ideal que entonces se descubre. Si la voluntad se enfrenta con el amor divino y le ve morir por el prójimo, encarnándose en una naturaleza humana, se sentirá irremisiblemente atraído por él. En el ciclo no habrá libertad de opción porque, una vez conseguido lo perfecto, no se deseará más y, sin embargo, se será completamente libre, porque está formando parte del Amor y el Poder que hace todas las cosas.

En esta tierra no se enfrenta uno con el objeto total de nuestra existencia, que es Dios, ya que nos atraen objetos imperfectos, falsos ideales y dioses de latón. Nada de lo que vemos, oímos o conocemos es tan atrayente que nos sirva de imán y nos arrastre hacia la perfección de la personalidad.

Ahora estamos en condiciones de resolver el problema que planteamos antes, El hombre, libre para elegir, puede sustituir una idea adecuada por otra inadecuada, abandonar deliberadamente el camino, aunque posea su carta geográfica; tocar adrede una nota falsa, aunque tenga la partitura ante los ojos. Para producir una quemadura en la piel se requiere un objeto caliente, pero en días muy fríos se puede conseguir el mismo objeto con una barra de hierro aplicada a la epidermis y que nos dará sensación de ardor. Así como la piel confunde, a veces, el calor con el frío si se tienen los ojos cerrados, la persona que por un momento oscurece su razón y su fe puede confundir un falso bien con uno verdadero. El toxicómano y el comunista, al contrario, se han consagrado a un ideal de un modo deliberado, sabiendo que no puede conducirlos a la felicidad perfecta, por lo que sus aspiraciones son siempre equivocadas. Es optar voluntariamente por medio niño en vez de por uno entero. Sólo se les apartará de su error ofreciéndoles ideales adecuados respaldados por la oferta de la consecución de una personalidad que dé satisfacción completa y no parcial. En el caso de los hombres sobrios que se embriagan ocasionalmente, sólo hallamos una sustitución de un falso ideal. Generalmente, el descontento que siente el que de tal forma se embriaga le hace abandonar el ideal falso y recuperar el buen sentido. Si la gente conociese las cosas, sabría que el vacío que se siente después de suscribir falsos ideales es, realmente, la voz de Dios, que avisa: “Seguís un falso sendero; volvedos atrás. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

Fe

Para aquellos que trabajan por Dios

Los que trabajan por adquirir fortuna por gozar de la vida o por otra cosa parecida acometen su tarea de modo muy distinto a los que trabajan por Dios. La característica peculiar de los últimos es que abandonan todas las satisfacciones de que pueden prescindir pensando que todo pertenece a Dios, como si a este efecto hubieran recibido aviso concreto o misión especial. No se quejarán de su suerte como si estuvieran sometidos a una especie de martirio. Además, no buscarán ninguna recompensa extraordinaria porque saben que nada hay mejor que el servicio del Amado.

La diferencia entre el que trabaja por Dios y el que trabaja por sí mismo, es la que hay entre un criado a sueldo y el hijo o la hija que trabajan en su casa para sus padres. No hay hijo o hija capaz de descansar si de su trabajo depende la vida de una madre. El amor destruye y rebasa toda imposición del “basta”, del deber y de la legalidad. El amor transforma el trabajo de tal manera que deja de serlo si se hace por amor. Mientras no se trabaje más que por órdenes de otro, cuanto se haga será metódico y mecánico. Pero cuando el hombre se identifica en espíritu con su tarea, ésta le parece expresar una gran idea como instrumento de simpatía y afección y, si se acomete con pasión y entusiasmo, rebasa todas las lindes de lo mecánico.

Los enfermos siempre miran de un modo distinto al médico que los visita y les cobra, que al que dice: “No, hombre, no; sólo he venido para charlar un momento”. Nuestro Bendito Señor no dedicó palabras de simpatía al siervo que, tras su jornada en el campo, sirve la mesa a regañadientes. Los que aman a su señor nunca piensan que servirle sea un sacrificio. Nada debe considerarse sacrificio porque es sólo el pago de parte de una deuda que tenemos con Dios y que nunca podrá ser reintegrada. En cuanto nos quejamos de nuestro trabajo, lo echamos todo a perder. Comenzamos a pensar en las maravillas que hemos hecho en la vida y no en la tarea y en las herramientas que tenemos delante, y menos en el mejor modo de manejarlas eficazmente. Tan pronto como protestamos contra nuestro destino y deploramos las pesadas cargas que nos abruman, nos tomamos inadecua-

dos para todo; las cargas se hacen más agobiadoras que antes y acabamos perdiendo la capacidad de afrontarlas.

La honestidad de intenciones, la pureza y sinceridad de los motivos, el buen ánimo con que acometemos nuestras tareas, pesan más ante Dios que la labor que desarrollamos. Ya nos advirtió que debíamos servir con contento la mesa de Nuestro Señor, incluso después de labrar el campo y dar el pienso al ganado. Aunque más tarde nos llegue la hora de comer y beber, trabajemos primero por la gloria del Señor, comiendo nuestro pan con corazón alegre y descuidado, no sólo para nuestro regodeo, sino para recobrar fuerzas y poder seguir sirviendo. La Creación, sin hablar ya de la redención, nos ha hecho incurrir en una deuda de la que no pueden descargarnos ni nuestros mayores deudores. Si nuestros servicios al Señor no pueden enjugar nuestra pasada deuda, mucho menos nos permiten cubrir la futura. Todo aliento que Él nos preste como complemento de nuestra obediencia debe ser mirado como una dádiva de gracia y amor.

Existe una hermosa anécdota del gran espartano Brasidas. Quejándose un día de que Esparta era un estado pequeño, su madre respondió: “Hijo, Esparta te ha caldo en suerte y a ti te compete embellecerla”. Todos somos trabajadores en este mundo y cualquiera que sea el destino que nos haya tocado en él, estamos obligados a embellecer la tierra.

Desnudez interior

Un eterno problema femenino se plantea así: “¿Qué me pondré?”. Probablemente esto comenzó al día siguiente de la rebelión inicial, cuando Eva, mirándose la hoja de higuera, debió de decir: “¿Qué otra cosa me pondré?”. También pudo ser que se volviera a Adán y le dijera: “No tengo ni agujas”. En cualquier caso es interesante notar que, en el relato de la caída, tal como la describe el Génesis, se advierte que Adán y Eva no repararon en su desnudez hasta después del pecado. Probablemente una refulgencia de su alma, brillando a través de su piel, había ocupado el lugar de sus ropas. Acaso la gloria que acompañó a Cristo en el Monte de la Transfiguración fuera su divinidad brillando a través de su humanidad. Así era la interna santidad de nuestros primeros padres: en cierto sentido, una vestidura no hecha con las manos. Al perderse la interior belleza del alma, fueron necesarias ropas exteriores. Quien va desnudo por dentro, ha de vestirse por fuera. Los originalmente revestidos de gracia y santidad no se sienten desnudos superficial ni íntimamente.

La psicología moderna ha recuperado esa verdad reconocida en el libro de la Biblia al admitir la realidad de que el excesivo lujo por fuera es a menudo un signo de que no se lleva nada dentro. Los “mecanismos defensivos” son intentos de esconder algo que falta y que puede ser expresado por la desnudez espiritual. Por ejemplo, una joven que quiera parecer instruida cultivará el acento y usará la jerga de la intelectualidad y principiará sus conversaciones con frases como ésta:

“¿Ha leído usted el libro del profesor Schlamz sobre “Las relaciones subalternas del Yo con la libido sexual en los esquizofrénicos introvertidos?”.

A menudo el hombre que ha ganado mucho dinero encontrando pozos de petróleo o merced a un incremento, no ganado por él, en el valor de las fincas, procurará ocultar su ignorancia o su desnudez intelectual considerando que toda charla, excepto sobre el dinero, es “una pérdida de tiempo”. Este presuntuoso afán para esconder la desnudez espiritual y moral se manifiesta de forma negativa. Hay estudiantes de colegio que, queriendo compensar la importancia que no les damos, intentan lograrlo usando ropas de aspecto llamativo. No falta quien use malos vestidos, no hechos a la

medida, y con rodilleras, para llamar la atención del prójimo. El método es viejo. Hace siglos. Platón, hombre de gusto, que tenía su casa bellamente alfombrada, fue visitado por Diógenes, que vivía en un tonel y decía cosas desagradables a propósito de los que no eran tan pobres como él. Diógenes, estando malhumorado, visitó a Platón y golpeando las alfombras con el pie, dijo: “Piso el orgullo de Platón”. “Sí —dijo Platón—, y con más orgullo aún.”

El alma debe ir tan bien aderezada como el cuerpo, o mejor, y los psicólogos aciertan al decir que un exhibicionismo exagerado en los dos sentidos es muestra de esterilidad interior. Lo externo es lo primero que capta el ojo, y existe una tendencia natural a juzgar el contenido por el envoltorio. Unos diamantes ofrecidos en un paquete de papel de periódico hacen sospechar de su valor. Esto no disminuye el mérito interno del hombre. El “limpiar el exterior de una vasija llena por dentro de corrupción y mugre” provocó algunas de las palabras más severas de Nuestro Señor. Los que sólo se cuidan de lo externo para encubrir lo interno son como los que construían algunos templos egipcios, magníficos por fuera y que dentro sólo contenían la imagen de una serpiente o de un cocodrilo.

Mucha sabiduría y posibilidad de paz se encierran en el consejo de un escritor del siglo m que, hablando a un grupo de mujeres jóvenes, dijo: “Vestíos con la seda de la piedad, con el raso de la santidad y con la púrpura de la modestia y tendréis por galán a Dios mismo”.

Preocupaciones

El mundo y el hombre moderno están aprendiendo la misma lección en la presente crisis: la incapacidad de ambos para salvar su yo. Un siglo y medio de orgullo ha hecho al hombre sentir que toda la carga pesa sobre él solo y que, si se libra de ella, puede sobrevenir un derrumbamiento. Esta clase de orgullo engendra la mayor de las desesperaciones, en la que cae el que no puede apreciar nada exterior a sí mismo.

Pudiera ocurrir muy bien que el mundo estuviera siendo humillado para que aprenda la verdad de que Dios es algo más que una inscripción en una moneda. Desde luego, Dios no ayuda con sus brazos a sostener nuestra carga si no le prestamos colaboración. Poner en Dios todas nuestras preocupaciones equivale a deponer nuestro yo en Dios, porque el yo es nuestra peor preocupación. Un padre puede, por algún tiempo, no ayudar a su hijo en sus estudios si al principio le oyó decir que aprendería solo; y análogamente Dios se cierra, a veces, al hombre hasta que le ve en intensa necesidad de ayuda. Incluso entonces Dios no fuerza la voluntad del hombre, sino que quiere que éste examine, resueltamente, la importancia del yo y del conocimiento, y que comprenda que ha agotado todo su capital, que el mundo no puede ayudarle y que nada le queda en cielo ni tierra más que Dios. El más amargo trago que puede beber un hombre es la confesión de su completa impotencia. El mundo dice entonces que un hombre está en su peor momento cuando, en realidad, está en el mejor. El hombre se halla en su peor trance si desespera y nunca mejor que cuando, humillándose, solicita la ayuda de Dios.

Citemos unas palabras de nuestro Divino Señor: “El que se humille, será ensalzado; el que se ensalce, será humillado”. La sentencia expresa una profundidad psicológica muy grande, así como un hecho espiritual. ¡Cuántas veces vemos a un hombre dotado de más pretensiones que capacidad, y de más confianza en sí mismo que recursos, dirigiendo una Empresa! Su mismo ensalzamiento produce su humillación y su supuesto encubrimiento motiva su nadería.

En cambio, los que devoran su orgullo y confiesen su falta de facultades para ejecutar grandes tareas, suelen crecer en la estima de los hombres. El mundo deportivo aprecia tradicionalmente al modesto. El ambien-

te pugilístico sabe que el combatiente sin renombre y de pocas posibilidades sabe ganarse, con su valor, el entusiasmo del público. Los comediantes se ensalzan cuando se dejan humillar aparentemente por un compañero o ceden el primer lugar al astro de la escena que viene de fuera. La humilde violeta cercana a la tierra es más cantada por los poetas que el aparatoso girasol que, de continuo, alza la cabeza hacia la fuente de luz.

El humilde descarga en Dios las cosas que más le preocupan, como sus cuidados familiares y de negocios, sus frecuentes tropiezos e incomprendiones con sus semejantes y el cultivo de su propia alma. Habría mucha menos ansiedad en el mundo si las almas admitiesen que a menudo una Providencia que nos ama permite que caigan sobre nosotros pruebas que tienden a purificarnos de pecado y a alejarnos de lo dañino. Generalmente, el prójimo no desea que le hablemos de nuestros disgustos porque bastantes tiene de por sí. Sólo nos queda, pues, la solicitud de Dios. De dos modos podemos hacerle partícipe de nuestras preocupaciones: con la oración y con la fe. La oración dice a Dios lo que nos agobia; la fe cree que Dios nos librará de la carga. No hay hombre que pueda trasvasar sus cuidados a una cosa. Si ha de haber alivio para lo que abruma el corazón humano, ha de haber tras el universo, no un vago poder, sino un Padre amoroso. Quien cuida de los gorriones y de los lirios del campo, el que conoce hasta cuando se desprende un cabello de una cabeza, no debe ser indiferente a nosotros cuando por nosotros efectuó el mayor acto de amor conocido en el mundo.

Algunos piensan equivocadamente que lo mejor, cuando hay preocupaciones, es alejarlas de nuestra mente y olvidarlas buscándonos placeres. Pero no es fácil ignorar las ansiedades. El remedio del doctor Johnson para curar el dolor de muelas —que consiste en no hacerle caso— es muy útil para aquel a quienes las muelas no le duelen. Quien se entrega a los placeres, probablemente engendra sus propias angustias. La mayor de todas, que es un sentimiento de culpabilidad personal —cuya negación ha producido muchos trastornos mentales—, sólo puede aliviarse entregándonos al amorosísimo Dios. Aristóteles decía, empero, que los hombres se reirían si les dijese que participaran sus penas a Júpiter, ya que la misión de éste era la de conmover al ciclo con el trueno, no de atender a los hombres en sus congojas.

Para resolver nuestras cuitas, Dios no debe ser sólo personal, sino estar en todo, incluso en la partícula de polvo de las contrariedades humanas. Porque comprendía plenamente nuestras dificultades, Jesús, en su infinita

misericordia, pudo decir: “Venid a mi todos los que trabajáis y estáis pesadamente cargados, y encontraréis descanso para vuestras almas”.

Humildad

Ciertas palabras desaparecen del vocabulario hasta que algún incidente —o un escritor— las desentierra como si fuesen tesoros olvidados. Uno de tales vocablos es “humildad”. Pero ocurre, con frecuencia, que cuando se resucitan palabras expresivas de grandes virtudes ya dadas de lado, se usan en un sentido enteramente nuevo. Por ejemplo, en China, a los que se niegan a aceptar la dominación de los rojos, se los acusa de falta de humildad. El gato que se rebela contra la posibilidad de ser devorado por el ratón puede también ser calificado como de falto de esa virtud.

La humildad no significa que otros nos atropellen; no es pasividad, sumisión ni menosprecio de uno mismo, no es condena ni encogimiento propio; tampoco es la humildad enemiga de la grandeza ni maniática de lo imposible, porque cuando Dios se hizo hombre dio este consejo: “Sed perfectos como vuestro Padre Celestial”. La humildad no es el reconocimiento de que uno es humilde, porque entonces se convierte en vanidad; la humildad no es ese autodesprecio que prepara para el abatimiento o el cinismo; ni tampoco consiste en creer que nuestros talentos son menos valiosos de lo que son en realidad. Un hombre de seis pies y tres pulgadas cuya mucha estatura se admire, no sería humilde si dijera: “Sólo mido cuatro pies”.

La humildad es la verdad sobre uno mismo. Es decir, una virtud que nos impide valorarnos en más de lo que somos. Evita, pues, un desordenado amor de nuestra propia excelencia y rechaza el deseo de ver inferiores a los demás. Verse uno mismo como realmente es, significa que no hemos de confundir nuestra personalidad imaginaria con la real. La real es lo que somos ante Dios y ante nosotros mismos si nos examinamos la conciencia. Una cantante de ópera, indudablemente notable, no es humilde si nos dice que canta muy mal. Su humildad consiste en reconocer que ha sido enormemente dotada de voz y en dar gracias a Dios. El reconocimiento de esta verdad debe quedar contrapesado por un reconocimiento de sus limitaciones. Porque se crea buena cantante no se debe imaginar, necesariamente, una buena acróbata. La humildad refrena a su alma de intentar lo imposible. En esto fallan principalmente los que poseen un talento especializado. Muy a menudo los científicos, porque conocen hechos experimentales, son

interrogados sobre si creen en la inmortalidad o en Dios, y sin humildad alguna hablan como maestros en todos los temas porque lo son en uno.

La humildad tiene un lado positivo y uno negativo. El positivo consiste en aprovechar las capacidades e inteligencias de cada uno, siendo los carpinteros buenos carpinteros; los futbolistas buenos jugadores; los comediantes actores divertidos, y los médicos buenos médicos. Pero la humildad, en su lado negativo, les impedirá rebasar la línea de la prudencia y, así, los empresarios de pompas fúnebres no actuarán como comediantes en los entierros; los teólogos no serán científicos, y los científicos no serán teólogos. De este modo la humildad modera nuestro apetito de perfección sin destruirlo.

Nadie es humilde si no cree en Dios y no se reconoce muy dependiente del poder que le creó, el amor que le redimió y el espíritu que le santificó. Nuestra imperfección ante Dios tiene su compensación inmediata en el hecho de que Dios nos dio voluntad para, con nuestra cooperación, convertimos en sus hijos. Si nos humillamos, somos ensalzados, y dejando de vivir al nivel humano, gozamos la gloriosa libertad de los hijos de Dios. En el trato con el prójimo buscaremos lo mejor que tiene y lo peor en nosotros. Así nos purgaremos de nuestras faltas e imitaremos las buenas cualidades de nuestros semejantes.

Los hijos de una familia sin amor se tornan rebeldes, recalcitrantes, tercos, egoístas y crueles. Los adultos que viven en un mundo sin amor y sin Dios terminan desesperados, que es en lo que para el amor propio. Los que son amados se tornan amables, serviciales y prestos a amar a los demás. El humilde nunca será vencido por la adulación y si le alaban dedica esta alabanza a Dios: "*Fecit mihi magna, qui potens est, et Sanctum nomen ejus.*" "Quien tiene poder ha hecho grandes cosas para mí, y santo es Su nombre."

Modos de pensar

En otros tiempos se creyó que el sol giraba alrededor de la tierra y, en efecto, tal es su movimiento aparente cuando lo vemos purpúreo al salir y al anochecer “hundirse como una hostia sacrosanta en el flamante cáliz de occidente”. Mas ahora sabemos que la tierra se mueve en tomo al sol.

Hay dos modos de mirar la relación del sol con la tierra, y si el uno es acertado y el otro erróneo, análogamente hay dos modos de mirar la relación entre una persona y los acontecimientos cotidianos o ciclo de la rutina de la vida. Hay quienes viven de modo que todas sus cosas quedan determinadas por lo que les sucede en el mundo. Se entristecen cuando las estrellas toman posiciones en el campo de batalla de la noche y se alegran cuando brillan los ojos de la mañana. Si la lluvia agota las mejillas de la naturaleza, es corriente que las lágrimas humedezcan las suyas propias. Lo que pasa en el mostrador, en la oficina o en la calle, la emponzoñada flecha del sarcasmo, las críticas que de nosotros oímos y los gritos y alborotos de los niños modelan tan frecuentemente nuestro modo de ser, que adquirimos el matiz de la experiencia que en cada momento se nos impone. Si giramos en torno a las circunstancias, nuestros sentimientos se tornan variables como las estaciones, retrocediendo ante todo servicio duro y desmayando ante toda contrariedad. Hasta el amor se reduce a naderías, de modo que los únicos cantares de amor que ahora oímos en programas de radio y televisión tratan de “¡Qué felices seremos los dos cuando nos casemos!”; y ya no se oye hablar de “Hebras de plata decoran el oro”, ni la historia de la felicidad de una pareja que mutuamente se promete “Para ti una niña y para mí un niño”. Edna St. Vincent Millay se expresa así:

*Soy en tu corazón sólo el verano,
sin que tú hagas del año cuatro estíos.*

Las condiciones que una vida exige para ser feliz son que las pruebas y vicisitudes de la vida no se nos impongan ni determinen nuestros modos de ser. Debemos arraigarnos de tal forma en nuestra íntima alegría y paz, que podamos comunicarla a quienes nos rodean e incluso a otros. Tennyson habla de que tal carácter tiene “poder de obrar sobre sus propios actos y con ellos influir en el mundo”.

Hay quienes irradian buen humor y dicha porque ambas cosas están en su interior, lo mismo que otros parecen tener hielo en la cabeza y convertir en invierno todo el año.

El problema radica en poseer la interior constancia en la paz que sosiega las profundidades de nuestra alma, incluso cuando su superficie, como la del océano, sea agitada por tormentas de preocupaciones. Lo mejor es orar para independizarnos de los malos modos de ser, lo que tiene dos ventajas: primera, extinguir nuestras malas disposiciones al decirlas a Dios. Una forma equivocada consiste en distinguir nuestros malos sentimientos respecto a los seres humanos para que nuestros semejantes no se sientan resentidos, piensen vengarse o nos correspondan con disposiciones igualmente malas'. Traerlos a Dios es agotar sus odios, como el hielo se funde en contacto con las llamas. Una falsa teoría de la psicología moderna es que demos a las inclinaciones psicológicas una resolución fisiológica, como "olvide la cosa bebiendo", o "si las pasiones son muy fuertes, satisfágalas". Si todo yerno hiciera esto con la suegra que le mortificara, la población del país se reduciría en un diez por ciento. Bien está descargar nuestro mal humor, pero descargarlo en nosotros o en nuestros semejantes termina en la resaca de una embriaguez o en una esclavitud que no podemos quebrantar.

La segunda ventaja de la plegaria está en que reemplaza nuestras malas inclinaciones con buenos sentimientos. Al orar, la sensación de la presencia de Dios y de la ley se torna más íntima, y, en vez de querer aplastar a nuestro enemigo, imitamos la actitud de Dios con los suyos, lo que entraña clemencia y amoroso perdón. Si oramos bastante, podemos llegar a un punto en el que no nos sintamos satisfechos mientras no devolvamos bien por mal. Gradualmente comprobaremos que es mucho más triste ser malhechor que víctima, y notaremos que el injuriador merece más piedad que el injuriado. Llegaremos a desembarazarnos de nuestros malos modos y cultivaremos la constancia de no desquitarnos nunca, como hizo Esteban, que, siguiendo el ejemplo de nuestro Señor, perdonó a los que le lapidaban. En los aprietos de la vida nada alivia tanto ni da tanta fuerza como el consolador poder de la plegaria.

“Mucho hay de noble en la razón”

Todo hombre que viene al mundo lleva con él una magna luz, que es la razón, o facultad de conocer lo verdadero y lo justo. Algunos tienen una luz más, que es la de la fe. Muy afortunados son éstos, porque disponen de una iluminación extraordinaria en los problemas de la vida. Así como el ojo no tiene luz propia y necesita la del sol, también la razón, si ha de ser perfecta, necesita el don de la fe. Nuestros ojos son los mismos por la noche que de día, pero no vemos en la oscuridad porque nos falta la luz solar complementaria. Si los que tienen fe poseen una más aguda capacidad de valorar las cosas y un sentido moral más profundo, ello se debe a que los bendice una luz de que *los otros carecen*. Pero aquí sólo nos interesa una sola luz, que es la razón. En estos días de propaganda supersticiosa, negación del intelecto, exaltación del sentimiento y dominación del instinto, bueno es recordar su dignidad al hombre, como Shakespeare hizo al decir: “Mucho hay de noble en la razón”.

Toda persona está iluminada por la luz de la razón, que es un reflejo de la sabiduría de Dios. Los hombres somos como volúmenes impresos por la tipografía divina. Todos tenemos la libertad de escribir en esas páginas la autobiografía de nuestro carácter. Escribamos mal o bien, indiscutiblemente va escrito en la cubierta el nombre del Divino Autor. A pesar de los borrones morales, debidos a nuestro descuido ético, el sello divino va estampado en cada página sin que lo manche nuestra pobre escritura. La razón se manifiesta en diferentes modos y ocasiones.

En el mundo antiguo el arte hacía la civilización y la cultura; en nuestro mundo los hace la ciencia. El arte es la expresión de ideales bellos a través de lo real. Miguel Ángel decía que en cada bloque de mármol se encierra una forma admirable y que sólo se necesita quitar lo inútil para revelarla. La ciencia, en cambio, se interesa más por la ley y el orden. Todo invento nuevo, toda ley recién descubierta, sea biológica, astronómica o física, constituye un descubrimiento en el verdadero sentido de la palabra. Colón no habría descubierto América si América no existiese.

Los sabios dan con secretos ritmos, melodías o leyes que Dios había colocado ya en el universo. Como Miguel Ángel quitaba al mármol lo in-

necesario, el sabio saca a luz, eliminando lo superfluo, lo que ha estado escondido en el cosmos desde el principio.

Todo científico es una especie de corrector de pruebas y no el autor de la ley que enuncia. Pocos son los grandes sabios que pensaron lo contrario, aunque confundieran el papel carbón con el original. Conocían la diferencia entre descubrimientos e invenciones. Muchos pensaron como Wordsworth, quien decía: “La humilde floreci11a deshojada debe producir pensamientos que a menudo arrancan lágrimas de lo profundo de nuestro ser”. Pero tales pensamientos no les son dados a los que no piensan y buscan la razón. La ventana deja entrar la luz, pero no para los ciegos.

Los sabios de nuestra civilización moderna tienen una admirable ventola sobre la mayoría de los hombres y es que poseen una visión más honda de la creación. FU aran científico Eddington se enamoró tanto de sus hallazgos en la física matemática que terminó un tratado científico con un capítulo sobre el misticismo. Esto era ir demasiado lejos. En cualquier caso reconocía, con Jeans, que todos nuestros descubrimientos científicos sólo nos llevan hasta el marco de una gran pintura. Entonces debe tomar la palabra el filósofo.

Bienaventurado el hombre para quien el universo no es opaco como una cortina, sino transparente como una ventana, y para quien el Autor de la razón está presente teas todo verdadero acto de raciocinio. Como expresaba Jorge Herbert:

*Quien mira por un cristal
puede en él parar la vista
si, mirando más allá,
en el cielo no se fija.*

Pascua de Resurrección

La Pascua de Resurrección rememora el que nuestro Divino Señor saliera de la tumba a los tres días de crucificado. En muchas ocasiones Él había predicho: “Ningún hombre me quitará la vida, mas yo permitiré que de mí salga”. Varias veces en que intentaron apedrearle dijo a sus enemigos que sería inútil porque, según sus palabras: “Mi hora no ha llegado aún”. Sólo cuando Judas entró en el huerto, libertó el Señor las fuerzas del mal y les permitió hacer sus peores obras. “Ésta es vuestra hora.” Dios tiene su día, pero el mal tiene su hora, aunque todo lo que puede hacer es apagar, de momento, la luz del mundo.

Lo más peculiar en la Pascua de Resurrección es que los discípulos habían oído decir a Jesús que romperla los lazos de la muerte y, no obstante, cuando lo hizo, ninguno lo creyó. Hubo de convencerlos más allá de toda sombra de duda. De todos los escépticos de la historia del mundo no hubo uno que igualara a los apóstoles, discípulos y mujeres santas. Voltaire y los análogos a él eran niñitos crédulos comparados en escepticismo con los que habían seguido a Jesús. Los intentos contemporáneos de explicar la creencia en la Resurrección por razones psicológicas, no tienen en cuenta aquella duda. Los discípulos no esperaban que Jesús resucitase, y, por lo tanto, no imaginaban ver un hecho que deseaban ardientemente. La misma María Magdalena, que en la primera semana fue informada de la Resurrección, no lo creía ni cuando vio a su propio hermano alzarse vivo de la tumba. La mañana del domingo fue al sepulcro con bálsamos y perfumes, pensando ungir un cadáver y no hallarse con el Salvador resucitado. De camino las mujeres se preguntaban: “¿Quién nos quitará la piedra de la tumba?”. Su problema era saber cómo entraban y no si el Salvador salía.

Cuando Magdalena encontró el sepulcro vacío, no se le ocurrió pensar en la Resurrección, sino que buscó a algunos de los discípulos y les dijo: “Se han llevado el cadáver y no sé dónde lo han puesto”. Cuando oyó un rumor entre los arbustos, ni siquiera miró porque no esperaba ver al Salvador, y supuso que andaba por allí un jardinero. La creencia y el esperar un hecho son dos factores absolutamente esenciales para la producción

de visiones o imágenes psicológicas. Pero esa fase faltaba en el caso de los discípulos y amigos de Jesús.

Convencida, finalmente, por la vista, el oído y el tacto, de que Jesús se había levantado, Magdalena corrió hacia Pedro y Juan para darles la noticia. La respuesta fue una explicación típicamente masculina del supuesto fenómeno. Dijeron: “Es una invención de mujeres, que ya sabéis cómo son. Siempre están imaginando cosas, porque son supersticiosas y crédulas”. Cuando, al fin, se convencieron en el terreno empírico, costó siete días de comprobaciones el convencer al resto de los apóstoles, uno de los cuales llegó a pedir la prueba científica de poner un dedo en la mano y una mano en el costado herido del Salvador, el cual profirió estas palabras: “Bienaventurados los que creyeron sin ver”.

Hace pocos años Frank Morison, un escéptico como los apóstoles, decidió escribir una especie de novela policíaca sobre quién robó el cuerpo de Jesús, dando así origen al “mito” de la Resurrección. Su propósito inicial, como lo indicó en su obra *Quién movió la piedra*, nunca llegó a puerto, sino que encalló en las rocas, haciéndolo desembarcar en una costa inesperada: la creencia en la Resurrección.

La Resurrección da la única respuesta a la cuestión de la disensión que todos advertimos entre cuerpo y alma. En el curso de las edades y hoy se tiende a sacrificar el alma al cuerpo. La Resurrección revela que ambos son sagrados. Ninguna doctrina meramente racional de la inmortalidad puede hacer lo mismo con perfección. Respecto al Señor resucitado, aquel hecho le levanta en la historia y hace posible para Él entrar en nuevas relaciones con el género humano. De quedar entre nosotros carnalmente, no hubiera estado cerca de los hombres más que para permitir el contacto de una mano o un abrazo, pero, al ascender al Padre y enviarnos su Espíritu de amor, se trocó, no en un ejemplo que imitar ni en un hecho que recordar, sino en una vida que vivir y una comunión que compartir. Ahora a todos nos es posible abrazar las cruces y pruebas de este mundo, sabiendo que “las contrariedades de esta vida no se pueden comparar con la vida que nos espera”.

La credulidad de los incrédulos

Una edad sin fe es una edad de superstición. Tan esencial es al corazón del hombre la creencia religiosa, que cuando lo abandona busca una falsa forma que llene ese vacío. La casa no arrendada a la bondad ve ir a morar en ella siete demonios, cada uno peor que el primero que allí entró. Cuando los ánimos dejan de preocuparse de su destino final, lo sustituyen por el misterio de lo que ocurre después de la muerte o el misterio de averiguar cómo ha sido asesinado alguien. Pero el misterio sigue existiendo. Carlos Marx, el fundador del comunismo, negaba el espíritu y la mente, pero volvía a admitirlos al hacer de la historia una mentalidad que, invariablemente, produce conflictos de clases. A toda época de materialismo ha seguido una era de superstición en que las mentes creen en todo con fanatismo y los peores objetos se convierten en santuarios o en ídolos a los que se dedica adoración.

¿Por qué millones de hombres aceptan la superstición del nazismo, el fascismo y el comunismo a no ser por el vacío que dejó en su alma la pérdida de la fe? La esencia de la superstición política consiste en identificar lo político con lo sagrado, como la esencia de la superstición económica es la identificación comunista de la clase trabajadora y el mesianismo. La gran jactancia del siglo XVIII fue la de que Dios y lo “sobrenatural” serían exorcizados examinándolos a plena luz. Pero lo que ocurrió al ser negada la fe religiosa fue el resurgimiento de una serie de supersticiones políticas que están muy cerca de hacer del mundo una casa de locos. Véase si no tiene el comunismo un *ersatz* o lema cuando, con heterogéneo acento pronuncia en la O. N. U., y desde sus centros de propaganda de Méjico, América del Sur y China, la “condenación” de millones de hombres que osan violar su “mito” o protestan contra su “religión atea”. Si una grandiosa Faz de Amor no se inclina hacia el género humano, la turbada mente de éste se llenará de mil aviesas y horrorosas máscaras. Cuando la religión es fuerte purga el espíritu de sus ansiedades y temores y de las congojas y psicosis que los psicoanalistas procuran extirpar de las almas sin fe. Incluso cuando el psicoanálisis efectúa lo que llama una “transferencia” del estado mental, nunca apacigua al hombre que siente en el alma algo espiritual superior al yo y digno de adoración. La fe de un hombre no es como el

serrín de una muñeca. No se puede rajarle, verter el serrín sobre un diván, analizar el árbol de que procede, volver a ponerlo en su sitio y hacer una criatura nueva.

El sediento viajero que en el desierto confunde un espejismo con un oasis, es supersticioso. Ha abandonado la razón y toma un sueño por una realidad. Nuestro siglo xx, impaciente ya tras su largo viaje por el mar de la vida, después de haber desdeñado un puerto y tirada la brújula, convierte las nubes en islas y los bancos de bruma en imaginarios continentes. Tras negar a Dios, encuentra necesario hacer dioses formados, no con oro, plata y arcilla, sino con ciencia, psicología y economía.

Prescindiendo de la teología que pueda haber en esto, queda en pie el hecho psicológico de que no es probable que quienes tienen una fe ahincada y profunda en Cristo, Hijo de Dios, se sometan cobardemente a farsantes indignos. Esto se probó experimentalmente en los casos de los misioneros cristianos de China, que resistieron hasta “lavados de cerebro”, cosa que no pudieron hacer los carentes de fe. El libertarse de la dependencia de quienes mienten y abusan se logra con lealtad a la verdad y al amor.

El grave peligro de la pérdida de fe está en que entonces otros insistirán en dominarnos y en que nuestras mentes se hallarán tan confusas que puede que hasta insistamos en dar nuestro asentimiento. Dos mujeres chinas, después de ser víctimas de un “lavado de cerebro” en una prisión comunista, fueron puestas, al fin, en libertad. Ambas mujeres tornaron a la relativa independencia de sus casas y familias, mas a las pocas semanas pidieron a los comunistas que las volvieran a llevar a la prisión, porque deseaban ser dominadas. La superstición se manifiesta no sólo en la credulidad, sino también en el servilismo. La Escritura dice que los últimos tiempos se caracterizarán por la negativa a recibir una enseñanza sólida.

Muchos viven en la ilusión de que rechazar la fe religiosa es una prueba de su inmunidad a la credulidad. La verdad es que también ellos aceptan la autoridad, pero es la vaga, vaporosa y anónima autoridad de “ésos”. “Ésos nos están poniendo negros”, y cosas por el estilo

Se oyen con frecuencia. ¿Quiénes son “ésos”? El hombre de fe conoce al menos uno cuya guía acepta. Pocas cosas son más extrañas que la prontitud con que muchas gentes que se llaman cultas aceptan un dictado de Malenkof y alaban su gloria. Grande es, en verdad, el vacío dejado en el corazón por el exilio de Cristo.

